

# AQUELLOS LABIOS QUE NO BESÉ



Joan Becker

---

AQUELLOS LABIOS QUE NO BESÉ

---

**JOAN BEKKER**

Primera edición

Sept 2019

Luces: ©Luz Maestre

Cámara: ©Claudia Bekker

Acción: ©Amanda Sanh

©JOAN BEKKER

Todos los derechos reservados .

Contacto [aquí](#)

## Dedicatoria

A Salomé.

Alguien que me ha salvado la vida y no lo sabe del todo.

## Agradecimientos

A Luz Maestre, por su portada y apoyo.

A Vanesa María Mulero, por leerlo en un día y ser mi primera lectora cero.

A Esther Mor, por acceder a prologar el libro de un desconocido.

A Ivonne, Bego y Rosa, por darme la oportunidad de conocer por dentro este mundo.

A Bella Hayes por su compañía y aprecio.

A Sigrid, por decir que nadie escribe historias tan bonitas como las mías.

A Félix, por bajar el volumen de la tele para que pudiera escribir.

A Denís, por llenarme de besos cada vez que acababa un capítulo.

A Patrick, por su compañía constante y la calma que me transmite.

A Vinyet, por ser ese unicornio de dos años que endulza todos mis malos momentos.

A la niña de hielo residente en Madrid, tú ya sabes por qué.

## ADVERTENCIA

Este libro habla recurrentemente de temas delicados como la muerte y la depresión. Si eres una persona que está pasando por un mal momento y crees que leer sobre esto puede afectarte, hazlo con precaución y siéntete libre para dejarlo para otro momento.

índice

NOTA DE AUTOR

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

## NOTA DE AUTOR

Hola, ¿qué tal?

Bueno, me presento.

Me llamo Joan Francesc, me puedes llamar Joan, pero pronunciado Xuán, no Yo-jan. Si el catalán se te hace difícil me puedes llamar Juan Francisco o Juanfran. Si te gusta Italia acepto Giovanni Francesco, pero François no me hace mucha gracia. En fin, soy yo, el becario, el de los cafés.

Si me conoces sabrás que yo empecé en todo esto como portadista, director de proyectos y asesor de marketing de diferentes escritores. Al final se me hizo bola y acabé escribiendo un libro. Me costaba mucho empatizar con los escritores así que me convertí en uno. Solía pensar que no era para tanto crear mundos, que no hacía falta apegarse tanto a los personajes. Pero mira, *zas en toda la boca*, y me alegro, porque he aprendido mucho.

*Y eso que yo era arquitecto...*

A ver, que me voy por las ramas. Ahora me presento para los que no me conocéis. Soy un norirlandés de madre catalana, de ahí el nombrecito, que no pega con el apellido ni con cola. Tengo veintiocho años y estoy felizmente *recién* casado y soy padre de cinco criaturas. Soy arquitecto de formación y director artístico y de marketing de profesión. También soy el que cocina en casa, hincha del Chelsea, seguidor de Kim Kardashian y proyecto fracasado de jugador de tenis.

Escritor desde hace un mes. Este es mi segundo libro, el primero ya lo publicaré. Empecé escribiendo algo *light*, con comedia, pero no conseguí encontrar la chispa en la historia, así que me dije: «¿y por qué no intento hacerles llorar?»; y a eso he venido. La historia que presento es un drama que se centra más en los sentimientos que en los hechos. Transcurre en la Barcelona de los años 60-90, una época que no he vivido, pero que la siento como mía gracias al centenar de series y documentales que he visto.

Me parece que fue una época apasionante por la revolución social, económica y tecnológica que se fue dando poco a poco, hasta que en los dosmil se aceleró de manera muy radical. La vida se veía de otra forma por aquel entonces, me ha gustado volver al pasado, a escribir un romance sin tecnología ni redes sociales de por medio. Tampoco es que sea romance, yo lo veo más como un drama psicológico atemporal.

Vaya, parece que me estoy haciendo mi propio prólogo. Yo solo quería presentarme.

En fin, muchas gracias por querer o intentar leerme. Pido perdón por las faltas de ortografía, los catalanismos y los despistes. El castellano no es la lengua con la que crecí.

No te voy a pedir que me dejes una reseña o un comentario, pero si lo quieres hacer, que sea sincero. Piensa que estás ayudando a otros a decidir si el libro les merece la pena o no, no la estás escribiendo para alegrarme a mí.

Ya estaría todo.

Ya me voy.



## PRÓLOGO

Joan Bekker me pidió un prólogo para la bonita historia que ha escrito. Claro, rodeado de escribientes y *juntaletras* varios, se le ha pegado la afición, y también ha decidido a aportar su granito de arena en este mundillo que nos ha unido a varios.

Tras la sorpresa por esta petición tal especial caí en la cuenta de que no he hecho nunca un prólogo.

¿Y qué se pone?

Mis libros no tienen prólogo. ¿Deberían tenerlo? ¡Madre mía! ¡Y yo, una sin prólogos, haciendo para otra persona!

«No puede ser tan difícil», me dije a mí misma, «solo hay que hablar un poco del autor, de la obra sin pretender una reseña ni sinopsis, de la relación con él, ese tipo de cosas».

Lo que no es ninguna sorpresa, si te has cruzado con este muchacho por las redes, es que es un tipo divertido y con mucho que dar, y lo que es mejor, que se muere de ganas de ayudar sin pedir nada a cambio. Bueno, a mí me ha pedido un prólogo, pero eso es más un honor que una petición.

En cuanto empiezas a leer, una sensibilidad muy especial se desprende desde los primeros párrafos. El lector que se anime con esta obra está a punto de descubrir una cautivadora historia de amor, muy poco habitual, contada a través del tiempo y cartas. ¿Género epistolar? ¡Vaya! Pues... No exactamente, pero con un importante guiño a este género en su concepción.

Me ha sorprendido. Además de tener las ideas muy claras en lo que el mercado exige, tiene historias preciosas que relatar. Esta que estás a punto de comenzar, te seducirá.

Las personas no son siempre lo que parecen, las primeras impresiones y los juicios a priori son algo peligroso. No se suele tener la oportunidad de conocer realmente a alguien que nunca te interesó, por cercana que sea. Lo más probable es que no le demos la oportunidad, ahí radica la dificultad.

«Aquel no me gustó, me dio la sensación de ser un oportunista».

«Aquella me parece antipática, muy seca».

Si lo pienso con detenimiento, puedo encontrar con facilidad muchos ejemplos en mi vida a los que aplicar estas frases.

¿Y si algo me obligara a conocer de verdad a esas personas? ¿Y si no son lo que pensaba y me estoy perdiendo a alguien maravilloso al lado? Los seres humanos nos lo ponemos difícil, sobre todo los adultos. Los niños, en su inocencia, lo tienen más fácil, cosas de su inexistente coraza.

A todos nos ha defraudado alguien más o menos querido, incluso meros conocidos. Las relaciones sociales son complicadas. Ni que decir tiene lo que se ha complicado esto desde que existen las virtuales, también sea dicho.

Creo que ha llegado el momento de conocer a Toni y a Claudia. Os esperan aquí, a unas pocas líneas.

*Esther Mor*



# 1

Me enteré de la muerte de Claudia un domingo. Estaba desayunando chocolate caliente con rosquillas, como ya tenía costumbre desde que era pequeño. Fuera invierno o verano mi madre nos lo preparaba a mi hermano y a mí, después de hacer correr las cortinas del ventanal de nuestra habitación para que nos entrara la luz del sol y así nos despertásemos con el dulce olor del cacao. Pero el momento más esperado era el breve instante en el que sumergíamos, con mucha cautela, el dulce redondel azucarado en el chocolate aún humeante, y fingíamos que se nos caía en el interior de la taza.

Cuando me llamó Adriana, la hermanastra de Claudia, estaba justamente disfrutando de ese pequeño placer de cada domingo. En medio de un sorbo sonó el teléfono y el ruido casi provocó que me atragantase, tan concentrado que estaba en la fruición de mi ritual dominical. Primero no reconocí su voz, hacía bastante tiempo que no habíamos hablado. Me comunicó con voz medio llorosa que Claudia había muerto. De momento no supe qué decirle, pero reaccioné rápidamente y le transmití mi pésame. Lo sentía por ella, sobre todo, porque sonaba afectada; pero no podía sentir mucha pena por Claudia, tampoco me alegraba, está claro; más bien me sentía liberado. Claudia había sido para mí un problema incómodo que ahora se había acabado.

Sin embargo, me lo callé —no soy tan cruel ni grosero— y pregunté cuándo era el entierro aparentando más aflicción de la que sentía. «Serás hipócrita, Toni», pensé de mí mismo; pero no se puede obligar a nadie a sentir lástima. Me olvidé de preguntarle cómo había muerto, ella tampoco me lo dijo. «Quizá me lo quiere ocultar», pensé al colgar el teléfono. Pero ¿por qué lo tendría que ocultar? «Tú también... Está muerta, el cómo y por qué dan igual». Sin embargo, ¿me lo podría haber comentado!, habría sido lo más normal. Claudia no había muerto de vieja, era evidente. Debía de estar enferma. «Quizá no se acordó de decírmelo, se la escuchó muy afectada, seguro que fue eso». Bien, lo cierto es que la conversación por teléfono había sido tan corta que tampoco invitaba al comentario, eran cosas de las cuales me podía enterar en el funeral, «allí me lo dirán, seguro. A ver quién va...».

El chocolate se había enfriado, la rosquilla estaba derretida, pero mi placer todavía era más grande. Hacía tiempo, Claudia, que no me causabas placer. De hecho, poco me has causado. Cuando nos conocimos en la ONG de la India sí que me hacías sentir felicidad, porque tenías una conversación agradable e interesante. «Fue después, Claudia, cuando no comprendiste que tú y yo no podíamos emprender el mismo camino» pensé en aquel instante, mientras saboreaba el chocolate.

Adriana, visiblemente afligida, me recibió en la funeraria con cierta frialdad. No entendía demasiado bien por qué quería ponerse en contacto conmigo. Habría podido prescindir de mi presencia después de tanto de tiempo sin vernos. Se acercó a mí y me susurró al oído que, al salir del funeral, nos teníamos que reunir para hablar de algunas cosas.

La ceremonia fue triste y silenciosa. El calor era sofocante, pienso que todos teníamos ganas de que se acabara. Claudia tenía pocos amigos y en cuanto a la familia solo restaba su

hermanastra. El marido de Adriana no había podido trasladarse a Barcelona. El sermón del cura fue estándar, frío y rutinario. Ninguno de los presentes se atrevió a comentarme el motivo de la muerte; unos se limitaron a saludarme con la cabeza, otros, ni siquiera eso. Incluso, me pareció, o al menos me dio la impresión, de que un par de sus amigas me miraban mal. Poca gente la acompañó en sus últimos momentos; siempre había estado muy sola. Quizá se lo había buscado.

Adriana la quería y, a pesar de ello, nunca volvió a Barcelona a visitarla, prefería estar lejos de ella, incluso después de casada. No quise ir al cementerio, me inventé una excusa. Esas situaciones me deprimían. Te das cuenta de que no eres nada, un trozo de carne comestible y poco más. Todo se va en un instante: todo por lo que se lucha, quiero decir. No voy nunca a los entierros, lo tengo por norma. Solo a los de la familia y porque me siento obligado. Adriana se creyó mi excusa, o, al menos, puso cara de convicción.

—Después, Toni, no te olvides, tenemos que hablar —me dijo, poniéndome la mano suavemente sobre el brazo izquierdo.

—Cuando quieras —le contesté.

—Vamos a comer, pero primero necesito quitarme el traje de luto.

—Está bien, ¿quedamos en la parada de metro de Paseo de Gracia?

—¿Como en los viejos tiempos?

—Sí, como siempre...

Volví a casa, metí el pescado que había sacado del congelador a la nevera, pues empezaba a deshielarse, después me distraje con el periódico. Venía toda la información sobre los Juegos Olímpicos. «Qué lástima que Claudia no haya llegado a ver la inauguración el 25 de julio. Le habría gustado». Busqué su esquelera, pero no estaba. «¿Por qué razón será, Toni?» me pregunté, «si Claudia no era nadie, pasó sin pena ni gloria por esta vida; al igual que la mayoría de la gente... Tampoco creo que escriban la mía el día que me muera, ¿quién lo haría? No tengo a nadie tampoco, quizá algún amigo, los amigos tendrían que estar en la muerte también. Ella sí que habría hecho saber a todo el mundo mi muerte, si me hubiera sobrevivido, claro... No es el caso. Pobre Claudia, se ha ahorrado un dolor innecesario. Nadie más habría sentido mi muerte». Iba cavilando mientras me arreglaba. «Me has adelantado, Claudia, lo siento. Te habría dolido. Yo, en cambio, no puedo decir que esté más triste que cuando murió el vecino de al lado, ese con el que jugaba al ajedrez». Perdí un buen contrincante, ¡y tanto que lo era! Me hacía el “jaque mate del pastor” sin darme cuenta. Si me hubieras visto, me habrías abucheado. «¡Esto te pasa porque no ves venir nada!» Y quizá tenías razón. Desde entonces no he perdido ninguna partida más. Me gusta ganar. Prefiero no jugar a perder. No puedo hacer más, cada cual es como es.

Mi madre, después de darme el chocolate caliente, me regañaba también por todo lo malo que había hecho durante la semana. Y recuerdo que siempre me decía: «Toni, tienes que saber perder. Tienes que reconocer cuando te has equivocado. Eres demasiado frío y calculador, pero no eres lo suficiente previsor. Ninguna mujer te querrá, y si alguna loca osa hacerlo, le dolerá toda la vida». «Ya cambiaré, madre, te lo prometo». ¡Qué mentira!, no se cambia y bastante bien lo sabía mi madre, porque mi padre era igual que yo, hasta que se puso enfermo y se convirtió en el más manso de los hombres.

Llegó la hora de comer. Terminé de vestirme y cogí el metro. Cuando llegué Adriana todavía no estaba. Recordé las veces que habíamos quedado allí para vernos sin que lo supiera Claudia. También habíamos hecho el amor a escondidas en una pensión de la calle de Carme. No nos pedían el carné de identidad. Subíamos unas escaleras y el mundo era todo nuestro. Éramos

jóvenes, vivíamos el presente. Y el presente era nuestro amor, no nos importaba nada más. Solo las caricias, los besos en nuestro cuerpo lubricado por el deseo, las posturas, el placer. Claudia se hundió muchísimo cuando lo descubrió. No lo aceptó e hizo todo lo que pudo para que no volviéramos a vernos. Adriana me dijo que se iba a Sevilla, que había encontrado un trabajo.

—Pero, Adriana, es muy lejos, ¿y nuestra relación? Creía que me querías —le reproché.

—De momento —me contestó—, tendremos que dejarlo estar. Quiero el trabajo y tengo que escoger.

—Está claro, vete, pues, si mi amor no te puede retener.

Y quizá mi error fue que no insistí. Mi madre me recriminó otra vez que no sabía perder, y añadió esta vez, que tampoco sabía luchar por lo que quería.

Adriana me escribió los primeros meses de estar en Sevilla porque añoraba su tierra; pero como los humanos nos acostumbramos a todo, nada más hacer amigos y amigas dejó de hacerlo. Yo solo le contesté una vez. No me ha gustado escribir nunca, ni siquiera postales, a pesar de que no puedo negar que me gusta recibirlas, quiere decir que se acuerdan de ti y esto siempre se agradece. Pero si no respondes los amigos se cansan. Es comprensible, no puedo reprocharles por ello.

Inmerso en estos pensamientos llegué, con un cierto retraso, al Paseo de Gracia. Adriana, vestida con ropa gris, llevaba en las manos un paquete no muy gordo. Parecía que le estorbaba, y me lo entregó lo más rápido que pudo.

—Creía que no venías —le dije.

—Toni, ¿quieres que te recuerde las horas que llegué a esperarte tiempo atrás, aquí mismo, porque no venías nunca puntualmente?

—No, forma parte de un pasado que no quiero recordar —le contesté. Tenía razón, ¿quién era yo para reprocharle quince minutos de retraso?

Fuimos a uno de los restaurantes nuevos del Paseo de Gracia.

—No quiero comer mucho, estoy con ansiedad, he perdido el apetito —me dijo Adriana.

—Habríamos podido dejar nuestra cita por otro día.

—No, eso no, tengo que volver a casa, mi marido me está esperando.

—¿Eres feliz, Adriana? —le pregunté con ojos inquisitivos.

Adriana miró hacia otro lugar y me contestó:

—Y tanto que sí, no lo dudes, además tengo dos hijas pequeñas. Somos una familia muy avenida. Mi marido es un buen hombre.

—Pues... me alegro de que seas feliz, te lo mereces —le dije, mientras la observaba y comprendí que para mí ya era una desconocida.

—Estás más delgada. —Intuí que, feliz, quizá no lo era tanto como ella me decía, pero no quise preguntarle nada más. Ella ya formaba parte de un pasado que no quería remover.

—Hago régimen, porque después del embarazo aumenté de peso, y no me gustaba. Escucha, te he hecho venir porque ayer, cuando estuve en casa de Claudia... —Al pronunciar su nombre se le bañaron los ojos de lágrimas que no llegaron a escabullirse—; encontré entre sus objetos personales un fajo de cartas dirigidas a ti. Pensé que las tenías que conservar tú. Léetelas, Toni, hazlo para rendirle el homenaje que todos le negamos en vida. No creo que Claudia fuera una persona que se mereciera muchos cumplidos, pero necesitaba comprensión y ninguno de los que la rodeamos hicimos el mínimo esfuerzo por comprender sus más íntimos sentimientos. Estoy segura de que, en más de una ocasión, la juzgamos injustamente, yo misma me siento culpable. Tú, Toni, tampoco la escuchaste. Ahora está muerta y no te costará mucho olvidarla... pero, antes, lee su

testamento. Estas cartas son su testamento. Cumple su última voluntad.

—De acuerdo —le contesté— lo haré por ti, Adriana, porque era tu hermanastra, porque la querías.

—Más la tendría que haber querido. —replicó con los ojos humedecidos.

Acabamos de comer en menos de quince minutos, nos dimos un beso en la mejilla y nos separamos para siempre. No pude evitar el recuerdo de nuestras despedidas de años atrás. ¡Cómo habían cambiado! En aquel entonces Adriana me retenía para que no me fuera, me hacía hablar, me besaba sin sosiego, me abrazaba muy fuerte hasta que la luz de la luna ponía punto final a aquella cita secreta y, por eso mismo, más deseada.

Al llegar a casa, abrí el paquete que contenía el fajo de cartas de Claudia, y las dejé encima el escritorio. «Les echaré un vistazo después de cenar». Me fui al cine, a Verdi, reponían *Regreso al futuro*, me habían hablado bien de ella. A la salida, me di un paseo sanador. Sin querer pasé por casa de Claudia. Las luces estaban apagadas. Por primera vez, desde que me había llamado Adriana, sin saber por qué, me lamenté de que Claudia ya no estuviera. Percibí el vacío. Y la recordé tal como Natalia me la presentó. Aquellos primeros años de pura amistad fueron buenos. Reconozco que tengo buenos recuerdos de esos primeros días. Después se llenaron de recelos y oprobios.

Hacia las diez volví a casa. Después de cenar, ya impaciente, tanto que me sorprendía, que no sabía explicar por qué; abrí la primera carta del fajo. Estaban numeradas hasta la decena. La leí atentamente.

Barcelona, 4 de febrero de 1991

Estimado Toni:

Tengo que romper nuestro silencio. Lo tengo que hacer, a pesar de que no te guste, o no me comprendas. Tengo una necesidad imperiosa de hablarte. No sé dónde estás, ni tú quieres que lo sepa, ¿o quizá ahora sí? Ojalá que todavía estés vivo y te haya dado salud hasta ahora y te siga dando por muchos años. Y que hayas sido feliz durante el tiempo que ha transcurrido —para mí una eternidad— desde que nos dijimos el último adiós.

Pero no puedo seguir en mi laberinto de soledad sin hacerte saber, aunque sea por última vez, que no te he olvidado. Ya lo sé, no tendría que decírtelo, pero ni tú ni nadie puede ponerle límites al corazón. Te lo había advertido, yo no soy como las otras.

Tengo que romper este silencio porque sé que tú no lo harás, y te comprendo si trato de ponerme en tu lugar; pero esta vez, haz un esfuerzo —el último quizá— para ponerte en el mío. Si quieres, me puedes complacer, lo sé. Si quieres todavía me harías la mujer más feliz del mundo. No, no puedes, ¿verdad? Ni quieres. ¿Por qué? No lo entiendo. O no lo quiero entender.

Te escribo en nuestro vigesimoquinto aniversario. No te acordarás, seguro. Para ti no tiene importancia. Sí, ya hace veinticinco años que nos conocimos en la ONG. Nos presentó Natalia, ¿te acuerdas de la primera vez que nos vimos? Entonces los dos éramos muy jóvenes. Me pareciste a un chico listo y vivaracho. Pero, te lo confesaré: físicamente no me gustaste lo más mínimo, pensé ¿este chico no vale ni un desayuno! Pero después de hablar contigo en el autobús, en las reuniones de la ONG, sobre muchas cosas... ahí supe que eras especial. Me acuerdo de la conversación que mantuvimos un día sobre el colegio donde nos habíamos educado; tú me contabas que encima de la pizarra habías visto colgado un crucifijo, y a cada lado, un retrato de los dictadores que hemos tenido en nuestro país, y que, los jueves, te tocaba confesar; y los viernes, tenías que comulgar, tanto si querías como si no, porque si no lo hacías, primero te clavaban una hostia sin consagrar, y después te daban la consagrada a pesar del comportamiento poco cristiano que habías demostrado; y, para remediarlo, porque no podía quedar así, te apuntaban a clases de catequesis.

Si reincidías le comunicaban a tu padre: «Señor... es un mal ejemplo para los otros niños, no lo podemos consentir de ninguna forma, lo lamentamos mucho, si no fuera por eso el niño saca buenas notas, pero, está claro, el rendimiento escolar no lo es todo. Adiós, ¡hasta aquí hemos llegado!». Y te tenías que buscar otro colegio. Cuando cumpliste los catorce, te cansaste de hacer el hipócrita y no volviste a entrar ni en un aula ni en una iglesia. ¿Lo ves cómo me acuerdo de todo?

Te encontré encantador y me fui acostumbrando. ¡Demasiado que me acostumbré!, porque después —cuando volvimos a España— tuve que contentarme con verte solo un día a la semana, de lejos, y si no te veía, créeme que me iba angustiada a casa y por la noche te abrazaba, te besaba, te mimaba en sueños. Y tú no sabías nada. Ni lo sospechabas. Al fin y al cabo, ¿por qué tenías que enterarte? El amor perfecto lo deja de ser cuando se verbaliza. Entiendo por qué algunos poetas escondieron el nombre de su amada. Yo leo mucha poesía, no lo sabías, ¿no, Toni?

Me gustan mucho los poetas del Renacimiento, del Barroco, los románticos... Me aficioné a la poesía cuando Salomé, una compañera de la escuela, ganó un premio literario y me regaló un ejemplar de su poemario. Me dijo:

—Claudia, para ti, porque sé que eres sensible y entenderás estos poemas mejor que nadie.

Y lo hice, vaya que sí, y me gustaron, los entendí, y así fue que le pedí que me dejara libros de poesía. Después me compré yo unos cuantos y fui redescubriendo poco a poco un mundo íntimo y apasionante que ya me tiene cautivada por siempre jamás.

Tengo que comunicarme contigo, Toni, quiero verte otra vez, porque, a pesar de todo tu despecho y tu desprecio, eres la gasolina que hace funcionar mi motor. Durante todos estos años he ido consumiendo las reservas que me dejaste, pero se agotan y me siento morir. Ahora no te creas que te chantajeo emocionalmente. Aprendí la lección, eres insensible a mi deferencia, bastante que lo sé y ya he sufrido por eso. Y sufro todavía. Desde hace unas semanas, sobre todo, porque siento que te escabulles, que me dejas un vacío doloroso e inexpiable. Y según tú, y ya lo ves que tengo buena memoria, te tenía que olvidar en tres años. No me creíste entonces, cuando te avisé de que yo no soy como las otras.

Quería romper nuestro silencio y ya lo he hecho, ahora todo será más fácil. Mi sentimiento es incontenible, no puedo hacer más, pero ahora estoy contenta, me siento mejor.

Estimado Toni, estés donde estés, respóndeme. Mi corazón late con dificultad si tú no estás.

Claudia.



### 3

La carta de Claudia me sorprendió un poco, puesto que después de tanto de tiempo, a pesar de mi indiferencia manifiesta y mi comportamiento poco amable con ella, seguía apreciándome, según desprendían sus palabras. La última vez que nos habíamos visto, casualmente, en la Oficina Central de Correos, solo nos intercambiamos un frío saludo, ninguna palabra salió de mis labios; y ella me clavó una mirada profunda que no supe interpretar. Pensé que ya se había desintoxicado de mí, porque ningún amor resiste el desdén durante mucho tiempo.

Supe por mi hermano que, curiosamente, vivía en la misma escalera de vecinos que Claudia, donde nunca quise acercarme desde que discutí con él; que Claudia se había puesto a trabajar de taxista, después de dos años de paro, porque la ONG donde ambos colaborábamos hizo suspensión de pagos y fuimos despedidos —como es normal en estos casos— los que solo nos dedicábamos a viajar y establecer conexiones. La indemnización y la prestación nos permitió vivir el primer año.

Durante aquel año, me vi forzado a apretarme el cinturón, ahorrar y abstenerme de ciertos caprichos, puesto que la situación todavía podía empeorar. Cada domingo miraba con detalle los anuncios del diario y los lunes acudía a las empresas de trabajo temporal, pero mi escasa formación me impedía aceptar determinados trabajos; así que, finalmente, cedí a una propuesta de un amigo de la fábrica que se encontraba en circunstancias idénticas.

Miquel me propuso montar un pequeño taller de reparación de calzado.

—Yo sé mucho, ya te enseñaré Toni; no sufras, ya verás como damos un pelotazo —me dijo muy convencido.

Pedimos ayuda al INEM y recurrimos a todos los bancos y cajas para pedir un préstamo. Tuvimos que hipotecar nuestros bienes como fondos de garantía, y con una palmadita en la espalda nos desearon mucha suerte. Si no nos iba bien, entonces nos quedaríamos sin nada, perderíamos la casa y la dignidad. A pesar de que nunca me había gustado arriesgarme, y me daba miedo la aventura, Miquel, muy campechano y optimista, me animó y me convenció.

Miquel, emprendedor como todos sus antepasados, pequeños empresarios muy osados, me enseñó el oficio y, en poco tiempo, la clientela del barrio del Buen Pastor, donde nos habíamos instalado, respondió como esperábamos. El negocio no daba mucho, pero como decía mi abuela, cuando tenía la mercería en la calle Menorca: “de peseta en peseta, se llena la *caixeta*.” Cuando se pusieron de moda los zapatos con suela de goma vimos peligrar un poco el negocio, pero nos rehicimos vendiendo plantillas y cordones para las zapatillas deportivas. Como el taller estaba en un local muy pequeño donde cabíamos apenas Miquel, yo y los zapatos que nos traían o que ya teníamos terminados, pagábamos poco de alquiler y de retribución. Además, teníamos la tienda abierta desde las ocho de la mañana hasta las nueve del anochecer. Teníamos que luchar, pero estábamos dispuestos.

Mientras yo procuraba ganarme la vida poniendo tapetes, lustrando o forrando zapatos, a veces, apuestos y resecos del sudor del cliente; Claudia procuró hacer lo mismo conduciendo un taxi. Según me explicó mi hermano, Claudia no podía soportar estar encerrada en otra fábrica y prefería trabajar en la calle, en contacto con la gente y con la ciudad. Estimaba la ciudad, no la

habría abandonado nunca; y, además, le gustaba conducir, de forma que tener el taxi le pareció una buena solución a sus necesidades e inquietudes.

Recuerdo que, en la ONG donde trabajamos juntos durante ocho años, un día nos explicó a Natalia, Lola, a mí y a otros compañeros, como había aprendido a conducir. Su primera experiencia al volante había tenido lugar a los veinte años. Su manera de hablar era muy graciosa, sabía contar historias, aunque fueran incongruentes; explicadas por ella, resultaban creíbles y divertidas.

—Era un jueves a las seis de la tarde, afortunadamente todavía era de día y el cielo estaba despejado, porque por la noche no habría tenido el valor de empezar las prácticas. Subí al coche, me acomodé, el instructor —el señor Fajardo— me aseguró que iríamos por calles poco transitadas, para que no sufriera y...

—No hacer sufrir a los demás —le dije.

—Sí, también —me respondió, y se puso a relatar.

*«No tiene que tener miedo, Claudia, conducir lo están haciendo ahora mismo millones de personas. Ahora, escúcheme bien, vamos a poner el coche en marcha». Puse atención a sus instrucciones que se me quedaron por siempre jamás grabadas, porque las dijo con una voz muy gruñona: «Ponga la llave en el contacto», y lo hice, eso fue fácil. «Asegúrese que la marcha está en punto muerto. Gire la llave». La mano me temblaba. «Tranquila, Claudia, no tenemos ninguna prisa». Respire hondo. «Ahora pise el acelerador», Y yo pisoteé el pedal derecho bruscamente, como el tono de su voz. «Algo más de velocidad no nos hará mal, dele un poco de gas. Así, ¡ya está bien! Ahora, suéltelo y pise el embrague. Al mismo tiempo vaya poniendo la marcha a primera y vaya soltando el pedal izquierdo, suelte el embrague, le digo». Me puse nerviosa y le reprimí que eran demasiadas cosas a la vez. «Tranquila, es una cuestión de coordinar los pies, mientras va pulsando el acelerador, vaya aflojando el pedal izquierdo... así, ahora adelante».*

—¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa?

—¡Qué el coche se pone en marcha!

—Y tanto, de esto se trata, ¿no? ¿A qué ha venido, si no? Ponga mucha atención ahora.

—Señor Fajardo, este enser corre mucho...

—Pero si solo va a veinte kilómetros por hora, acelere algo más.

—Ni de broma, ¡y ahora menos! Vamos traqueteando.

—Venga, pise el pedal, no tenga miedo.

*Obedecí, estaba avergonzada, tenía la sensación de estar haciendo el ridículo.*

—Un poco más, con suavidad.

*Me dijo que todo iba bien, que ya me acostumbraría.*

—Le cogerá gusto a la velocidad.

—No creo, yo soy diferente, créame, yo no soy como los otros. A mí la velocidad...

—Ahora no hable, mire si lo hace bien, que ya me está llevando la contraria y solo hace cinco minutos que conduce.

*Empecé a cambiar de marchas antes de que él me lo dijera.*

—¿Seguro que no había conducido nunca, usted?

—No, le aseguro, Sr. Fajardo, nunca había cogido un coche, pero soy muy observadora, eso sí, es una de las pocas virtudes que tengo, y me he fijado como lo hacen los otros.

—*Pues ha aprendido, sí, señora.*

*Cuando llegamos a una curva me dijo: «Reduzca la marcha antes de entrar, y cuando salga, acelere». Y así lo hice. Me gustó, me lo estaba pasando bien, ya no tenía miedo. Al día siguiente ya estaba ansiosa para volver a coger el coche.*

Claudia aprendió fácilmente y consiguió sacarse el carné al primer intento. Con el carné en la mano se compró un coche de segunda mano y nos lo mostró a todos el día que lo trajo al trabajo. Nos hizo subir y nos dio una vuelta por el polígono. Se la veía feliz ante el volante. Por eso, cuando mi hermano me dijo que se había hecho taxista, no me extrañó lo más mínimo.

Claudia empezó a manifestar su interés por mí cuando hacía casi tres años que ya trabajábamos juntos. No hice caso, porque yo no quería emparejarme ni con ella, ni con ninguna otra mujer, hasta que no tuviera más recursos y me pudiera comprar un piso. En la ONG el sueldo era bajo, y yo, de cariz ambicioso, pero bastante limitado, no quería quedar en ridículo ante una mujer. Así que no le hice caso y pensé que mi indiferencia desvirtuaría su interés en mí.

Hice como si no me hubiera dado cuenta de que me miraba, que me buscaba por todas partes, que preguntaba por mí y que se sonrojaba cuando la saludaba. Continuamos quedando con la pandilla, pero ella fijaba los ojos en mi rostro, en mis manos, o en mi ropa, parecía distraída y no seguía, como hacía tiempo atrás, la conversación de los compañeros. Cuando hablaba yo sonreía, aunque no hiciera gracia, y cuando me giraba de espaldas, me sentía observado hasta que me alejaba. Una vez escuché que murmuraba «¡Qué culito más caprichoso tiene!» Como actuaba desinteresado Claudia se creía que no me daba cuenta. Cuando se me declaró, cinco años más tarde, fue el día que nos habían despedido de la ONG, temerosa de no vernos más y perderme por siempre jamás; le dije que no sabía nada yo; que había sido muy discreta y que tenía que habérmelo dicho antes.

—No pude, sabes que soy muy vergonzosa por estas cosas —me contestó tímidamente.

No parecía la misma chica que nos contaba historias divertidas. En esos cinco años, nunca pensé en la posibilidad de ligármela, me gustaba cuando iba vestida de blanco, de morado o de rojo, porque son los colores que más me gustan, pero con eso ya tenía bastante, mirar es gratuito y no compromete, no me atraía tanto como para pedirle rollo.

Ciertamente, tampoco pensé en que su interés durara tanto, y siempre esperaba que aquel fuera el último día que me mirara o me siguiera por el pasillo. Sencillamente no le concedí importancia. «Ya se le pasará...» me dije, «tú, tranquilo». Al ver que no se le pasaba empecé a excusarme y a esquivarla, pero no tuve que hacerlo durante mucho tiempo, porque el Sr. Fortuny nos entregó el “finiquito” a Claudia, a Natalia, a Miquel y a mí, pues éramos los más prescindibles, a pesar de que habíamos pasado ocho años de nuestra vida allí. El Sr. Fortuny nos llamó al despacho uno por uno, se lamentó de que las cosas no fueran de otro modo y nos deseó suerte, después de hacernos firmar los papeles que nos otorgaban la libertad. Escuché a Miquel que masculló:

—¡Cerdo!

El mundo estaba ante nosotros, éramos jóvenes, «No tendremos problemas para encontrar trabajo», nos dijimos para consolarnos y animarnos. Miquel me llamó tres meses después, desesperado, no encontraba nada.

—Son tiempos difíciles, Miquel, todos estamos igual.

De Claudia no supe nada más después de que me confesara su amor. Le dije que no había escogido el mejor momento para declararse, y ella insistió, porque en aquellos momentos, justamente lo único que le confortaba era su sentimiento amoroso hacia mí. Le dejé claro que no

podía compartir con ella este sentimiento y que se olvidara.

—En tres años me habrás olvidado —dije tres para decir un número cualquiera, porque en aquellos momentos no estaba prestando atención a lo que me decía.

Me parecía fuera de lugar hablar de la cuestión, me preocupaba más quedarme sin trabajo, porque había escuchado que sin estudios era más difícil colocarse, que las empresas solo querían operarios muy calificados, que la industria atravesaba por una grave crisis y que la gente iba muy justa porque la inflación había subido, los precios de las cosas aumentaban cada día más, los alquileres también, y en casa solo trabajaba yo. Mi madre no había trabajado nunca, mi padre estaba enfermo, tenía la invalidez, y mi hermano estudiaba. El panorama no invitaba a hacer planes como los que quería Claudia.

Tenía que encontrar un trabajo pronto; pero tampoco quería meterme en un restaurante a lavar platos, ni a tratar con animales. Mi padre pidió trabajo a algunos amigos, pero no sirvió de nada. Cuando me llamó Miquel, por segunda vez, acepté su propuesta de la zapatería. Mis padres me dijeron adelante y me dejaron algún dinero.

Claudia me hablaba, en cambio, de mantener relaciones, de casarnos, de asociarnos y montar una granja.

—Yo sé cocinar dulces —me dijo, animada—. Sé hacer brazos gitanos, pasteles de chocolate, de manzana, buñuelos de todo tipo.

—Me harás tener hambre, Claudia. Ya lo creo, seguro que lo harías muy bien, pero estás soñando, porque yo no te quiero, ¿no lo comprendes?

—Sí, pero con el tiempo seguro que me das una oportunidad.

—Además, yo no tengo dinero para montar ningún negocio, ¿y tú?

—Tampoco, pero esto sería después, más adelante, cuando hayamos ganado algún dinero por separado.

—Claudia, sé realista, estamos los dos sin trabajo, no sabemos cuándo volveremos a tener; haces castillos de arena, no lo ves. Además, no me puedes forzar a amarte, si hubiera querido algo contigo tuve suficientes ocasiones de pedírtelo. No, Claudia, cada cual tiene que encontrar su camino.

Me la quité de encima como pude y traté de olvidarla yo también. No esperaba volver a verla.

Cuando mi hermano acabó los estudios de Biología aquel mismo año, obtuvo una beca de investigación y se fue a vivir solo; decía que en casa se deprimía y necesitaba más espacio para estudiar. Para ganar algún dinero se puso a impartir clases particulares a los niños del barrio de la Sagrera. Me daba cuenta de que me había equivocado al no querer estudiar más e ir a trabajar, porque no tenía formación suficiente y no podía aspirar a mucho. Envidiaba a mi hermano porque había sido más inteligente que yo, y le iba mejor sin haber trabajado cuarenta horas a la semana envolviendo sacos con comida.

Mi hermano —¡qué casualidad!— se fue a vivir al mismo bloque que Claudia. Todavía no la conocía, ni yo le había hablado de ella. Con mi hermano hablaba poco, no nos entendíamos mucho, teníamos inquietudes muy diferentes. En casa era el niño consentido.

Pasaron algunos meses antes de que mi hermano Artur descubriera que en su escalera vivía una excompañera mía del trabajo.

Cuando se trasladó, en octubre, lo ayudé a transportar los libros y la ropa porque me lo pidió nuestra madre. Él había alquilado un piso amueblado porque no tenía dinero para comprarse muebles. Aun así, dejamos que se llevara algunas estanterías, porque allí no tenía y las necesitaba más él que nosotros. En casa, si no hubiera sido por él, quizá nunca habrían entrado más de cuatro

libros y revistas sobre cine con las que se distraía mi padre en el sofá después de comer.

El día que acompañé a Artur a su piso, mientras él estaba comprando una cerradura nueva que evidentemente tenía que cambiarle yo pues él no tenía ni idea de cómo hacerlo, me entretuve cotilleando el interior de las cajas. En aquel preciso instante apareció por las escaleras Claudia, venía de la calle. Iba vestida con una blusa blanca entallada y unos pantalones azules anchos, encima llevaba una chaqueta gris porque ya empezaba a refrescar. Con una mano sujetaba una bolsa de papel de la churrería de abajo y, con la otra, unas bolsas de plástico llenas. Sorprendidos nos miramos. Ella se atrevió a preguntarme qué hacía allí. Le expliqué la verdad, en aquel momento no tuve suficiente sangre fría para inventarme una mentira. Me dijo que ella vivía allí, en aquel bloque, desde hacía poco, porque sin trabajo no podía pagar el alquiler de su anterior piso y se había trasladado a uno más pequeño y barato.

—Te comprendo —le dije.

No sabía cómo continuar. Ella tomó la iniciativa, me dio conversación. Mi hermano tardaba, «quizá la tienda está cerrada» pensé. Ella se animó a hacerme preguntas sobre qué sabía de los otros compañeros. Solo pude hablarle de Miquel, el único que me había contactado.

—Tú, ¿qué sabes de Natalia?

Me explicó que estaba trabajando con su tío en la tienda, pero no le gustaba sentirse tan controlada por la familia.

—Ya veo.

Tenía ganas de acabar la conversación, pero ella quería seguir, disfrutaba hablando conmigo, le brillaban los ojos. Parecía no tener ningún rencor. Abrió la bolsa de papel, sacó un par de castañas cocidas y me las ofreció.

—¿Quieres? Están riquísimas. Las he comprado para hacer un pastel. ¿No has probado nunca el pastel de castaña?

—No, nunca —respondí fríamente—, creo que no me gustaría.

—Eso no se puede decir nunca, si no lo has probado... cuando quieras hacerlo, ya sabes. Estoy en el piso de arriba.

Y me seguía mirando de arriba abajo. Creo que yo también la miraba, porque vestida de aquella manera me resultaba atractiva. Claudia se conservaba bien porque hacía deporte.

Yo no quería darle a entender nada, no quería prolongar más aquella conversación por miedo de mí mismo. Con los instintos primitivos no se sabe nunca. Finalmente escuché que subía mi hermano y la despedí, no quería que la conociera, no quería hablar de ella, ni con mi hermano, ni con nadie. Desafortunadamente, vio que marchaba escaleras arriba, de perfil, y se la quedó mirando.

—¿Quién es? —me preguntó curioso—, ¿de qué hablabas con ella?

—Una vecina, me decía que empezaba a refrescar.

\*

Tuve que ir dos veces más al piso de mi hermano contra mi voluntad, por complacer a nuestra madre volví para cambiarle enchufes e instalarle el ordenador.

—No soy su criado —le dije a mi madre

—Pero eres su hermano, necesita tu ayuda, ¿no lo ves? Él también lo haría por ti.

—No lo sé, no puedo comprobarlo

—No seas así, Toni.

Y volví con miedo de reencontrarme a Claudia. La primera de las veces ella me debió de escuchar a mí o a la puerta del apartamento. Se las ingenió para coincidir conmigo en el momento de salir de casa de Artur. «Menos mal que Artur está fuera» pensé.

Justamente, al momento de echar la cerradura a la puerta, apareció ella también bajando las escaleras. Se hizo la sorprendida, pero estoy seguro de que salió con la única misión de verme. Yo también simulé sorpresa y la saludé como a cualquier otra vecina, aunque algo antipático. Me paró y me preguntó cómo me iban las cosas, si había encontrado trabajo. Llevaba un jersey rojizo que se ajustaba bastante bien a su figura. La miré a los ojos, de color ciruela, que estaban a la sombra de un flequillo caoba despeinado, y contesté brevemente que no, que todavía estaba en plena búsqueda. Sin interesarme por su situación me hizo saber que ella estaba como yo, que qué pena de no encontrar un socio para poner una granja. Que le habría gustado que yo fuera su socio, que sabía que no quería... pero que me lo siguiera pensando.

—No me lo he planteado todavía.

—Y, pues, ¿por qué no te lo piensas?

—Porque no tengo dinero, ni conozco el negocio, ni...

—No quieres porque soy yo quien te lo pide, ¿no?

—Quizá sea esa la principal razón, porque tienes que olvidarme y si somos socios las cosas se complicarían.

—¿Y qué si se complican? ¡Mejor! ¿De verdad que no te gusto nada? —me preguntó.

—Ni siquiera me lo planteo. —Le retiré la mirada, pero ella insistió.

—¿Por qué no? ¿Tan fea soy que te asusto? ¿Te resulto desagradable?

—No es eso, no me asusta una mujer, y menos tú, pero no sé cómo decírtelo... No me atraes.

—Está bien, pues, si no te espanto, ¿por qué no quieres saber nada de mí?

—Ya te lo he dicho, no insistas. Ahora me tengo que ir. Lo siento, tengo prisa.

Y la dejé casi con la palabra en la boca. Ya en la calle, miré atrás para asegurarme de que no me seguía. Había mentido, sí que me daba miedo aquella mujer, y no sabía muy bien por qué. Y no me desagradaba del todo, pero era superior a mí.

La segunda vez que fui, se limitó a recordarme la conversación que habíamos tenido días atrás, me reprochó mi mala educación por dejarla tal y como lo hice, y le respondí con el mismo tono prepotente, con la intención y la esperanza de decepcionarla.

—Sencillamente, quiero que me dejes en paz, no quiero ser tu socio y que no se hable más. ¿Te enteras?

Y di media vuelta. Aquel día traía un jersey azul, que bonita estaba, pensé, y en cambio, ¡no la podía ni ver!

Leí la segunda carta de Claudia pasados tres días de su entierro. No podía dejar de pensar en ella, ¡la recordaba más que nunca! Justo ahora que ya no habitaba en este mundo.

Barcelona, 10 de febrero de 1991

Estimado Toni:

Te vuelvo a escribir y espero que no te sepa mal, y si te sabe, ¿sabes qué te digo? ¡Te aguantas! Es broma, no te hagas ilusiones, todavía no he podido desengancharme de mi afecto por ti porque, sinceramente, no quiero hacerlo, ese es el problema y soy consciente.

¿Has sentido alguna vez el inquietante vacío de la soledad, Toni? No te deseo ningún mal, créeme; pero, a veces, te he deseado este dolor para que así me comprendieras. ¿Has percibido alguna vez dentro de tus entrañas la llaga que engendra el deseo frustrado? ¿Te has visto rechazado por las personas que te habrían llenado de alegría el corazón? ¿Has pensado alguna vez de ti mismo que eras tan diferente a los otros que no podías pertenecer a su mismo mundo? Estoy segura de que ignoras completamente la cuestión, no sabes de qué te hablo porque has sido un hombre frívolo y afortunado.

Cómo me habría gustado conocer tu lado más cálido, pero aquello que no se tiene nunca se puede mostrar. Y tú, perdona que te lo diga, de cálido no tienes nada. Salvando los primeros años, cuando todavía eras un joven vivaz, ambicioso y emprendedor.

Recuerdo que me explicaste un día que eras un hombre que se rodeaba de amigos y no sabía qué era estar a solas en casa. ¿De qué amigos te rodeas ahora? Te considerabas un hombre afortunado. Pues, mira, ¿quieres que te diga después de todo este tiempo lo que pensaba de ti? Creía que no sabías estar solo, que te daba miedo, que no te querías encontrar contigo mismo porque eras muy inseguro y necesitabas a los amigos para que te dijeran: «Qué bien que lo haces, qué generoso eres, qué guapo, Toni, eres fenomenal». El que no sabe estar solo y necesita que los otros lo elogien es un inmaduro. Eso eras tú, lo fuiste hasta nuestro último adiós. Y quizá incluso hoy lo continúes siendo. Sin embargo, te lo repito, eres un hombre afortunado porque has sabido disimular, y la gente que te ha tomado siempre por lo que no eres te ha querido acompañar. Bueno, no sé cuántos te acompañarán al final, ¿tantos como a mí? Media docena de hombres te llorarán si te espabilas. Y mujeres, ¿cuántas? Una: yo..., si tuviera la desgracia de sobrevivirte. Espero no tener que correr esa suerte.

Por ahora yo no he sido muy afortunada. ¿Qué hace que unos tengan más suerte que otros?, ¿tú sabes a qué se debe? Yo no he huido tanto de la gente y, en cambio, la soledad ha sido mi compañera; especialmente desde que mi hermana se fue a vivir a Sevilla y mi madre tuvo aquel accidente. ¿Te enteraste?

Y de Adriana, ¿te acuerdas? Te gustaba, ¿no? No lo confesarás. A mi hermana también le gustabas tú; le tuve que decir que estabas enamorado de mí, siento decírtelo, no podía consentir que mi propia hermana me quitase a mi amor. Entonces me dejó vía libre. Es una buena hermana, siempre lo he dicho. Lástima que se haya ido a vivir a Sevilla. Se creyó mucho aquello de que fueras mi pretendiente, quizá por eso se fue. Ahora me escribe de vez en cuando. Vive en el centro, cerca de la Catedral. Tengo ganas de volver a verla, quizá vaya a visitarla por vacaciones. Se casó allí, nunca me agradecerá el bien que le hice. Si se hubiera casado contigo, a estas alturas

sería una desgraciada, porque no teníais nada en común. En cambio, nosotros, aunque tú no lo reconozcas estamos hechos el uno para el otro.

Después de mi hermana te interesaste por Lola, una buena chica. Tenía un aspecto frágil: recuerdo bien sus cejas, el color de sus cabellos, su voz. No era para ti tampoco. Pero te gustaba porque parecía un ángel, hablaba y obraba con una suavidad y una delicadeza que deslumbraban a cualquiera. A los hombres os gustan las mujeres cariñosas, dulces y sumisas. Y como ella ninguna otra. Pero ¿sabes?, las apariencias engañan. Créeme, Toni, porque yo la traté mucho; la aconsejé y finalmente me escuchó y se alejó de ti, porque le abrí los ojos. Le hice entender que no eras hombre para ella. Y es cierto, a pesar de que tú no lo reconocerás nunca. Los hombres de tu especie nunca reconocéis vuestros errores, al menos públicamente.

Lola dejó la ONG antes de que la cerraran definitivamente, era un trabajo demasiado duro para ella, ya le decía yo... se puso a hacer de secretaria en la competencia. Ya lo sabías, ¿verdad? Ahora continúa allí, lo sé porque me la encontré en la peluquería. Me explicó que continuaba en la misma empresa, porque estaba a pocos metros de su casa; desde que su marido —¿sabes que se casó?— había aprobado las oposiciones en el Ayuntamiento y lo habían trasladado a la Plaza de Sant Jaume. Su marido es un buen hombre, hace más por ella que por él. Pobre Lola, ¡cómo sollozaba el día que nos despedimos de ella! Tú le diste un beso en los labios y yo te miré entre lágrimas, lo hiciste a malas, para herirme.

Ay, Toni, me has hecho pasar momentos terribles. Primero con mi hermana, después con Lola. Estaba celosa.

Ya te lo he perdonado todo, no soy rencorosa. Te quiero volver a ver, te prometo que empezaremos de nuevo como si nada hubiera pasado. Es difícil, ya lo sé. Pero, Toni, amor mío, si hace falta me arrodillaré ante ti.

Estimado Toni, estoy un poco cansada, te dejo por ahora.

Claudia.



Al acabar de leer la carta de Claudia me di cuenta de que ella lloraba cuando la escribió. «Pero ahora ¿qué inventas?» me preguntaba sorprendido por lo que decía. No besé a Lola jamás, Claudia, tampoco es cierto que Adriana se fuera para dejarte vía libre. Bastante sabía que me ibas detrás y que yo la quería a ella, no creo que la convencieras de lo contrario. Además, tú te enteraste, no hace falta que te lo confiese. Pero ¿qué estoy haciendo? ¡Estoy discutiendo con un cadáver! Me persigues todavía. No leeré ninguna más de tus cartas, no quiero que me llenes la cabeza de ideas. Estás muerta y enterrada, Claudia, no me mortifiques más.

Fui al taller de mal humor; Miquel, que volvía de viaje de negocios en Florencia, lo notó.

—¿Qué te pasa hoy? —me preguntó—, creía que me darías la bienvenida.

—Sí, ¿cómo te ha ido por allí?

—Muy bien, ¡he conseguido el contrato!

Era una buena noticia. Miquel y yo habíamos prosperado y habíamos ampliado el negocio. Ahora también hacíamos de intermediarios: comprábamos las piezas de fabricación de zapatos y las vendíamos a las industrias españolas. Miquel había ido a unas cuantas empresas de Florencia para conseguir el contrato por el cual importaríamos la materia prima de allí para distribuirla por el resto de España. Nos vimos obligados a contratar personal para ayudarnos. Miquel trajo a su mujer al despacho para hacernos de secretaria contable. El ambiente de trabajo era casi familiar puesto que los tres habíamos compartido buenos momentos y algunos de malos, como cuando tuvimos que sacar la empresa adelante en sus primeros días. Nos entendíamos y nos teníamos confianza. Por eso, estando yo soltero, me acogieron y se preocuparon de mis asuntos como uno más de la familia.

Cuando me veían obstinado o malhumorado, enseguida me preguntaban qué me pasaba. «¿Asunto de faldas?» me preguntaba Miquel. «Ya es hora de que te recojas». No me lo tomaba mal porque sabía que me lo decía con buena intención.

Cuando murió Claudia no le dije nada, me lo callé a pesar de que Miquel la conocía, porque no quería hablar más del asunto. Pero Xènia, la mujer de Miquel, notó el desasosiego que me había provocado el acontecimiento inesperado y, sobre todo, la lectura de sus cartas. Estas revelaban una tergiversación o mala interpretación de los hechos reales. Claudia o no entendía las cosas, o las interpretaba mal, o bien, se las imaginaba; no pude llegar a ninguna otra conclusión.

Xènia me preguntó que qué me pasaba, que me veía angustiado, había huido de su interrogatorio y eso todavía la extrañó más.

—Ya es extraño que no me lo quieras explicar, porque sé que te pasa algo, ¿tan grave es que no me lo quieres decir? ¿No me tienes suficiente confianza a estas alturas?

—De verdad que no me pasa nada.

Al llegar Miquel, estoy seguro de que se lo dijo, porque después de hablar un rato con ella a puerta cerrada salió con ganas de saber qué pasaba.

—Nada, ya lo ves, por aquí todo va bien.

—Y dentro de ti, ¿también va bien todo?

—¿Por qué lo dices?, ¿no te lo parece? —respondí, y esquivé su mirada.

—Pues mi mujer me ha dicho que hace unos días que no pareces el mismo. Venga, te has enamorado, te has enfadado, hemos hecho algo mal. ¿Cuál de todas?

—No tiene nada que ver con vosotros, de verdad —contesté con media risa a los labios—. Es Claudia, ¿te acuerdas de ella? —al pronunciar su nombre me puse serio, Miquel tenía una gran habilidad para hacerme confesar.

—¿Aquella chica de la ONG que estaba por ti?

—Sí, la misma. Se ha muerto.

—¡No me digas! Pero si era muy joven. ¡Más que nosotros! —exclamó muy sorprendido, levantando las cejas—. ¡Pobre chica! Cierto es que cada día que vivimos es un regalo, tal como decía mi tía Pilar. ¿Y cómo ha sido?

Continué preguntando interesado, ya un poco con tono morboso. Miquel era un aficionado a las películas de médicos y de sangre e hígado. Xènia no compartía su gusto por el morbo.

—No lo sé, es un secreto, ni su hermana me lo ha dicho. Me parece que no estaba mucho en sus cabales, porque en sus cartas dirigidas a mí dice unas mentiras... Perdió la cabeza de tan obsesionada que estaba.

—No digas que todavía le duraba desde entonces —preguntó con ganas de cotilleo.

—Sí... antes de morir me escribió unas cartas que no envió porque no sabía mi dirección; las guardó todas en un cajón donde las encontró su hermana y ella misma me las dio.

—Caray, ¡qué historia! ¿Y qué dicen?

—Esto, Miquel, no te lo puedo decir, es correspondencia secreta, muy íntima, ¿lo entiendes?

—Sí, claro, pero si te puedo ayudar, ya lo sabes... —Miquel me dio un golpecito en la espalda.

Me arrepentí de habérselo explicado, pero ya estaba hecho. Esperaba que no me sacara más el tema. No quería hablar más. La segunda carta me había indignado mucho. Los hechos reales eran otros.

Después de aquellas dos veces en las que me encontré con Claudia en la escalera de casa de mi hermano, no la volví a ver durante un tiempo. Cuando ya casi hacía un año mi hermano me había hablado bastante, con cierto entusiasmo, de su vecina taxista, yo nunca le dije que la conocía bien; coincidí con ella en el dentista. ¡Con la cantidad de dentistas que había en toda Barcelona teníamos que ir al mismo!

El día que entré a la sala de espera y la vi allí, sentada, hojeando una Lecturas, habría querido fundirme. «¡Diantre! Qué mala suerte, esta mujer está en todas partes» pensé. «A mí que no me hace nada de gracia venir... ¡solo faltaba ella!» Me sonrió y me dio un par de besos en las mejillas. Hice lo mismo a la fuerza.

—¿Qué hay? —me preguntó—, ¿tienes problemas con la caries?

—Sí, me tienen que sacar unas muelas y me tienen que empastar otras. —No le pregunté sobre su salud dental, pero no tardó en darme detalles.

—Me tienen que hacer dos puentes —me dijo sin sacarme los ojos de encima.

«Lástima, ya podría haber venido solo a revisión y ya no volver».

—Me temo que la cosa irá para largo —añadió sonriente, como si adivinara mis pensamientos y me quisiera jorobar.

Seguimos la conversación antes de que la hicieran entrar, pues ella me preguntó cómo me iba la reparación de zapatos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu hermano, me ha hablado mucho ti, pero no le he dicho que nos conocemos, porque

por la manera en que me habla deduzco que tú no le has hablado de mí.

—Quizá no, no nos hablamos mucho.

—Ya lo dice, que eres un poco seco. Creía que solo lo eras conmigo.

—Soy un hombre de pocas palabras.

—No lo eras antes, recuerdo que eras un joven encantador.

—Ya se sabe, con la edad se cambia —le respondí—, y no siempre como querrían otros, sobre todo los que nos idealizan.

Se hizo un silencio penetrante.

Entonces vino a buscarla la enfermera y entró. Al levantarse la observé de cuerpo entero y pensé que era raro que siguiese soltera, se veía delgada y con buena figura. Cuando salió me hizo un saludo excesivamente amable para mi gusto y entré yo.

—Hasta la vista, Toni.

Parecía más bien que le hubieran hecho cosquillas allí dentro, porque salió muy alegre.

Aquello que más me temía es lo que sucedió. Cada semana nos tocaba la visita el mismo día y a la misma hora. El jueves siguiente yo llegué algo más tarde, deseoso que ya hubiera entrado y ahorrarme la conversación en la sala de espera. Pero ella hizo lo mismo y la paciente que iba detrás nuestra entró antes. El resultado fue lo contrario de lo previsto. Aquel día Claudia, con la blusa dorada y una falda azul, estaba especialmente simpática. Me pilló de buen humor y no me importó que habláramos de los viejos tiempos en la ONG, que recordáramos a nuestros compañeros, las broncas del jefe que nos habían hecho temblar, de los desayunos en la cafetería de enfrente, y de otros muchos detalles cotidianos que habíamos compartido. Aquel día me encontré a gusto con ella, porque volvía a ser aquella chica que explicaba historias y anécdotas graciosas a la hora del bocadillo de tortilla con cebolla. Me pareció que su comportamiento era el propio de una excompañera con quien me lo había pasado bien.

Todavía tuvimos que volver al dentista una tercera semana. Y una cuarta, porque los puentes no acababan de ajustarse bien. Así que me acostumbré a tratarla amablemente y las esperas se me hacían más cortas y agradables. Lo cierto es que cada día la encontraba más guapa y atractiva, pero no me atrevía a invitarla a tomar una cerveza por si se animaba demasiado la cosa.

A la quinta visita ambos nos despedimos del odontólogo y con alegría fuimos a celebrarlo. Estaba sorprendido al ver el cambio de rumbo de mis sentimientos. Me sabía mal no volverla a ver, así que no me hice rogar cuando Claudia me sugirió la idea de ir a cenar juntos. Me sentía un poco solo, porque desde que trabajaba con Miquel no tenía gente para salir los fines de semana; por eso acepté su propuesta, así que fuimos a comernos un buen menú a la Plaza Real y después, una vez el vino ya nos había hecho efecto, continuamos la gresca en un bar musical del barrio de la Ribera.

Hacía tiempo que no iba a bailar y me apetecía. Aquel anochecer Claudia traía un vestido de terciopelo azul ceñido que aún no he olvidado. Fue una noche de luna llena maravillosa. La complací tanto como pude con palabras cariñosas, sin saber muchas pues no las acostumbro a emplear, como si la quisiera compensar por mi comportamiento anterior.

Me olvidé completamente de su enamoramiento, me pareció que ya se le había pasado y que su comportamiento era el correcto, el de una vieja amiga, como yo quería. No me interesaban los compromisos.

Transcurrieron unos meses y no volví a verla. A mi hermano no le dije nada, y Claudia, por discreción, también se lo calló. No tenía demasiado sentido ese silencio puesto que nuestras relaciones habían mejorado. Yo pensaba a menudo en ella, pero no tenía el valor de llamarla, no

quería darle falsas esperanzas. Así que decidí hacer una visita sorpresa a mi hermano con la esperanza de encontrarla. No se lo vio venir.

—¿A qué se debe de esta visita, hermano? —me preguntó.

—Ya ves que no soy tan rancio como tú crees. Me preocupaba por ti, por saber cómo te iba.

—Pues bienvenido, ¿qué quieres de beber?

—¿Tienes cerveza?

Tenía la esperanza de que Claudia estuviera arriba y me hubiera escuchado. Estaba seguro de que, si era así, de un momento al otro llamaría a la puerta con alguna excusa. Y así fue. No tardó mucho en aparecer. Mi hermano nos presentó y los dos simulamos que no nos conocíamos de nada. Mi hermano siempre me hablaba de ella por teléfono.

«La tienes que conocer un día», me decía animado. Y ya había llegado el día.

—Encantado de conocerte —le dije, y le di la mano, la encontré cálida y suave. Ella me sonrió. Aquella sonrisa tenía un no sé qué misterioso, enigmático.

Estuvimos hablando los tres un buen rato y mi hermano se puso a prepararnos una cena a los tres. Había aprendido a cocinar y quería ensayar unas recetas.

—Está bien, no nos envenenes tú ahora —le dije con tono jocoso.

Claudia también aceptó la invitación. La velada fue fantástica.

Cada día que pasaba Claudia y yo éramos más cercanos, encontré en ella una persona en quién confiar. Su simpatía me daba alas. La invité al cine algunos sábados, después íbamos a merendar o cenar, llegamos a salir con cierta regularidad; pero nunca le hice proposiciones amorosas. No tenía la intención. Simplemente me llenaba de felicidad las tardes de sábado.

Un día, en un restaurante, nos encontramos con su hermanastra Adriana, estaba con unos amigos. Me impresionó, era una mujer preciosa, como ninguna otra. Me interesé por ella desde que la conocí. Claudia se dio cuenta enseguida. Le propuse recogerla en su casa cuando quedáramos, tenía la esperanza de volver a ver a Adriana. Hasta entonces, siempre habíamos quedado en la boca del metro o en la puerta del cine. Aceptó. El primer día que fui a buscarla Claudia ya estaba esperándome en la puerta y no tuve ocasión de ver a Adriana. Al dejarla todas las luces estaban apagadas. Claudia me hizo saber que estaba sola. Su familia había marchado a la casa del pueblo de su madre. Lo hacían a menudo.

Las primeras veces que la encontré en la escalera pensé que vivía sola. Mi hermano no me había dicho que existiese ninguna Adriana, quizá no la había visto nunca. Estoy seguro de que se habría fijado, ¿quién no se fijaría en aquel rostro tan perfecto?

Mis salidas con Claudia se convirtieron en un tipo de rutina, pero ya no tenían ninguna emoción. Solo esperaba el día de ir a su casa para poder ver a aquella chica cuyo nombre no osaba pronunciar en presencia de Claudia, aunque solo a través de ella pudiera obtener información. Se me ocurrió llamarla un día que Claudia no estuviera. Se puso Claudia, lo adiviné por la voz. Me extrañé, porque era hora de trabajar. Colgué sin decir nada. Lo volví a intentar al día siguiente a la misma hora. Esa vez me salió bien. Se puso Adriana al teléfono. Le manifesté mi interés por conocerla mejor. Le rogué que no le dijera nada a su hermana porque era muy celosa. Adriana aceptó salir un día conmigo. Me avisó de que era bastante arriesgado. Asumí la responsabilidad.

—No te preocupes —le dije—, somos libres, no tenemos que dar explicaciones a nadie.

Adriana ponía cara de tenerle miedo a Claudia. En realidad, sí que era un peligro porque nos podía ver mi hermano, a quien no le había dicho nada de Claudia, ni de Adriana, ni de que me

había enamorado. Supongo que nos debía de oír bajar por la escalera, pero no quiso decirme nada. Lo más importante para mí era ver a aquella mujer, después ya pensaría en lo demás.

—¿Qué puede pasar? Claudia y yo solo somos amigos, no tengo ningún compromiso serio.

—Ya lo sé, pero si no le decimos se lo puede tomar muy mal. No la conoces bien —me decía Adriana.

—Claudia no muerde. Siempre me ha tratado bien.

—Sí, pero cuando se enfada es temible, ¿no te pienses que no!

—No sufras, Adriana, Barcelona es muy grande.

Nos empezamos a ver a escondidas los jueves por la tarde, después también los lunes; nos fuimos animando, sobre todo yo, y quedamos día sí, día no, y el día que no tocaba la echaba mucho de menos. Me di cuenta de que me había enamorado locamente y de que había perdido todo el interés por Claudia, a la cual todavía veía los fines de semana para disimular. Ella no sospechaba nada. Me inventé excusas para ir dejándola de lado. Entonces fue cuando sospeché que había otra mujer que le hacía sombra. Me dijo que me había enfriado.

—No, Claudia, no es así, tú y yo no salimos como pareja. Puedo verme con quien sea.

—Ya lo sé, Toni, pero yo tenía esperanzas.

—Pues lo siento, yo no tenía intenciones románticas.

—Pero tú te has pasado todo este tiempo mirándome de arriba abajo e invitándome aquí y allá, creía que lo hacías por algo más que por distraerte, yo me había hecho la ilusión de que, con el tiempo, podía dar frutos.

—No me has interpretado bien, Claudia, ha sido un malentendido. Te invitaba a salir como a cualquier amiga.

Claudia se enteró de que Adriana era la mujer por quién yo suspiraba, pero todavía no sé cómo. Claudia se lo calló, pensábamos que no lo sabía. Creí que se había enfadado conmigo solo porque le había dado calabazas. No nos llamamos ni vimos durante tres meses.

Mientras tanto, con Adriana pasé los mejores momentos de mi vida. A ella, no obstante, le preocupaba cómo habían ido las cosas, tenía la mala conciencia de haber usurpado el amor de su hermana. Por otro lado, conmigo se lo pasaba a las mil maravillas. Se la veía feliz en la habitación del hotel de la calle de Carme. Allí se olvidaba de su nombre y del mío, nos dábamos al placer de mil maneras, cada día de diferentes maneras, y no pensábamos en nada más que en el momento en que podíamos disfrutar de nuestros cuerpos. Nunca hablamos de casamiento ni de ninguna otra forma de vida en común.

Cuando ya llevaba un año viéndome con Adriana, me dijo que se iba a trabajar a Sevilla. Me quedé helado.

—Me tengo que ir de aquí —me dijo muy seria—, me ha salido un trabajo muy bueno allí y tengo ganas de ir; me lo he pasado muy bien Toni, no sé si nos volveremos a ver, pero espero que te vaya muy bien el negocio. Adiós, me voy, se me hace tarde.

Y aquel día no subimos a la habitación ni descubrimos otra forma original de entregarnos. Aquel día fue el último que vi a Adriana. No luché para recuperarla, quizá es lo que ella hubiera deseado. O quizá no, quizá ya teníamos bastante, ¡pero fue tan efímero! No supe reaccionar a tiempo y la perdí.

A Claudia la reencontré el día que Lola, nuestra excompañera de la ONG, nos invitó a unos cuantos antiguos compañeros a su casa con motivo de su inauguración, coincidiendo con su cambio de trabajo. Estaba contenta por todo ello y deseaba compartir su alegría con los viejos amigos. Miquel, que se hablaba mucho con Lola, quería ir y me convenció, a pesar de que no me

hacia nada de gracia volver a ver a Claudia. «Con un poco de suerte no vendrá».

Suerte no tuve, allí estaba, hablando con Lola. Nos limitamos a un frío saludo. La esquivé tanto como pude. Lola no dejaba de mirarnos extrañada. Yo, de vez en cuando, la miraba muy serio. Creo que ni Lola ni ningún otro compañero se dio cuenta, ni Miquel, que estaba bastante distraído explicando sus nuevas experiencias desde que comenzó el negocio del calzado.

Lola estaba radiante, había cambiado de look, se había dejado crecer los rizos castaños, se había blanqueado los dientes y se había hecho algún tratamiento facial, porque le habían desaparecido las pecas que decoraban su cutis. Además, llevaba una blusa negra y una falda corta rosa que la favorecían mucho.

—¡Caray con Lola! —exclamé—, qué cambio —le dije a Miquel.

—Está soltera, ¿cómo te lo explicas? Una chica tan guapa, tan cariñosa...

—Hay cosas, Miquel, que no tienen ninguna explicación.

Lola vino al taller al cabo de unos días para hablar de negocios con Miquel, pero había salido de viaje y tuve que atenderla yo. Lola venía en representación del negocio textil de sus padres, venía a ofrecer sus materiales para que nosotros, como intermediarios, vendiéramos su tejido a los fabricantes de zapatillas. Le dije que ya lo hablaríamos con Miquel, que volviera otro día. Estuvimos conversando un buen rato, ella tenía muchas ganas de hablar. Un poco pesada sí que era.

Al día siguiente volvió y todavía no había llegado Miquel.

—Creí que volvería hoy —me dijo.

—Sí, pero al atardecer —tuve que hablar un buen rato con ella apenas sin ganas.

Repitió la visita al día siguiente, cuando Miquel ya estaba presente. Lola me miraba más a mí que a él. Antes de marchar se quedaron solos, pues cuando pude escabullirme, no dudé en hacerlo. El tono suave y meloso de la voz de Lola me daba sueño.

Más tarde Miquel me hizo saber que le había preguntado si yo estaba soltero y sin compromiso.

—Que yo sepa en este momento sí, le he dicho.

—¿Eso le has dicho? ¡Bocazas!

—¿Qué pasa, no te gusta Lola? Si no fuera porque estoy casado... no me importaría buscarle las cosquillas —me dijo Miquel.

—Deja el calentón o le diré a Xènia que tienes malos pensamientos. No me interesa, Miquel, aún me acuerdo de Adriana. Además, esta mujer con su vocecita y su ademán inocente parece una gata enferma y me da sueño.

—Chico, me parece que estás muy cargado de ego, le pones pegas a todas —me contestó.

Lola nos visitó en más ocasiones, a veces por cosas que habríamos resuelto por teléfono. «Viene por mí, seguro», pensaba.

Venía cuando Miquel no estaba, quizá lo habían planeado así y la tenía que atender yo, claro. Entonces ella se enrollaba y me tenía allí somnoliento horas y horas porque no sabía cómo dejarla cortada. Le decía que tenía que volver al trabajo. «Llámanos antes de venir, no harás tantos viajes inútiles». Pero cada dos por tres la tenía allí de vuelta.

Y llamaba para decir: «Ahora vengo, enseguida»; «no hace falta, envía un fax» le decía. «No hay nada como el contacto personal» me respondía.

«¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que ya estoy harto de verla por aquí?» Y Miquel con todo esto se lo pasaba bien. «¡Poco trabajo debe de tener Miquel!» pensaba yo.

Lola se encontró un día con Claudia, creo que le dijo que me veía muy a menudo, no sé qué

más le pudo decir, pero ella pensó que salíamos juntos. Miquel se encontró con Claudia otro día y le preguntó si yo y Lola todavía continuábamos siendo pareja. Miquel se lo creyó, se imaginó que lo engañaba y que verdaderamente éramos prometidos. Con todos aquellos malentendidos, de los cuales me enteré por Miquel mismo, no conseguí más que un dolor de cabeza constante, porque me molestaba mucho que la gente de mi alrededor me organizara la vida.

—¡Quiero estar solo, esto es todo! —grité, para que así me dejase en paz.

A pesar de que no tenía ganas de leer más cartas de Claudia la curiosidad me hizo abrir la tercera carta.

Barcelona, 16 de febrero de 1991

Estimado Toni:

Mientras espero tu respuesta quiero explicarte algunos hechos de mi vida que desconoces completamente, a pesar de la confianza que nos llegamos a tener en los mejores momentos de nuestra amistad.

Mucho antes de entrar a la ONG yo era una adolescente ingenua y vergonzosa que tenía miedo de todo, y quizá porque mi madre me había advertido muchas veces que los hombres solo buscáis la posesión. ¡Mi pobre madre!, se sentía engañada por mi padre que marchó cuando le comunicó el embarazo. Tenía una especial aversión al sexo.

Así fue que, cuando mis compañeras de instituto me invitaron un día para ir a la discoteca, me negué porque mi madre me había dicho que, en esos lugares, los hombres abusaban de las chicas después de embriagarlas y conquistarlas con dulces palabras que el viento se llevaba al día siguiente.

Pero mi compañera Mónica, de la cual yo tenía la idea de que era seria y nada alocada, me aseguró que no me pasaría nada, que me cuidaría y me pareció que, si ella iba, también podía ir yo. Pensé que quizá mi madre exageraba y no tenía que perder la oportunidad.

Antes de ir a la discoteca, fuimos a cenar unos bocadillos bien grandes con patatas fritas y refresco a uno de los *fast food* nuevos del centro. Allí, la más espabilada de nosotras, Nora, hizo amistad con unos chicos que cenaban en la mesa de al lado. Todas nos presentamos y decidimos ir juntos a la discoteca. A mí eso ya no me hacía nada de gracia, pero habría quedado muy mal si me hubiera ido. Fuimos a la Chapeau. Recuerdo muy bien la primera impresión que me causó aquella penumbra de luces de colores que giraban constantemente, el aire irrespirable, cargado de humo que me encendía los ojos, el trastabillar de la música electrónica que me hacía pitar los oídos. Así que entré y tuve ganas de salir. Pero me obligué a soportarlo por Mónica, y porque no habría sabido volver a casa sola desde allí.

Por aquel entonces vivía en Bogatell. Podía coger un taxi, pero mi madre me había dado poco dinero, y, además, Mónica se había comprometido a traerme a casa con la Vespa.

Allí, en la discoteca, mis compañeras, Mónica, Nora, Judit y Estrella empezaron a bailar con los chicos que habíamos acabado de conocer. Ellos eran cuatro. Desde el primer momento me di cuenta de que yo sobraba. No sabía cómo bailar aquel ruido, y me daba vergüenza mover los músculos ante tantos desconocidos, especialmente ante uno de aquellos chicos que me miraba demasiado. Se llamaba Carles. Era guapo, eso sí, no lo puedo negar; pero me daba repelús que me mirara así. Hacia las dos de la madrugada, la música cambió durante un rato. Entró gente algo más mayor, nosotras éramos de las más jóvenes, y estos pidieron algunos bailes lentos. Me dio la mano para bailar, era cálida. Nunca había cogido la mano de un hombre, sentí una corriente dentro de mí.

Me sonrojé y acepté con un susurro su proposición. Ni siquiera me oyó, de tan floja que fue mi respuesta, le tuve que repetir: «De acuerdo, bailamos si tú quieres, pero yo no sé, te pisaré



seguro». Y me cogió de la cintura y me acercó a su torso, que desprendía un olor desconocido para mí. Yo le puse suavemente mi mano en su hombro derecho y entonces, él apretó su cuerpo contra el mío, le escuchaba la respiración agitada. Parecía tan nervioso como yo, casi no tuvimos valor de hablarnos, de vez en cuando nos mirábamos. Sus ojos me decían que aquello le gustaba.

Continuamos bailando tres canciones más. No lo pisé en ninguna de ellas, me dijo al acabar que lo había hecho muy bien. Después me pidió el teléfono, me asusté. Las amigas no tuvieron tanto éxito. Mónica estaba sorprendida.

—Vaya suerte, chica, y eso que no querías venir. ¿Cómo te lo has montado para conquistarlo? Ya lo tienes en el bote.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté yo.

—Sí, mujer, a Carles, se le caía la baba, ¡te miraba de una manera! ¿Le has dado el teléfono?

—Sí, pero mi madre me regañará si lo descubre, y le he dicho que lo llamaré yo, porque mi madre no lo tiene que saber, se enfadará demasiado.

—No le habrás dicho eso —me dijo Mónica—, los chicos prefieren las cosas fáciles, no les gustan nada las cosas complicadas, ¿qué pensará?

—Pues, mira, si es un chico como es debido, nada, porque lo acabo de conocer, es un desconocido, no me fio...

—Pero esto él no lo tiene que saber, le tenías que decir que te llamara el próximo fin de semana.

—No hemos quedado en nada concreto, Mónica, en nada, me lo tengo que pensar, no sé si quiero encontrar pareja, soy demasiado joven...

—Pero, Claudia, no hace falta que te lo tomes tan seriamente, tienes razón, todavía eres muy joven, pero eso no quiere decir que no te lo tengas que pasar bien... ¿sabes por dónde voy? Quizá él tampoco se quiere comprometer... y solo se lo quiere disfrutar en tu compañía.

—Creía que eres más seria, Mónica, me decepcionas diciéndome estas cosas.

—Pero, guapa, si es lo que todo el mundo hace...

—Mi padre también lo hizo con mi madre, la utilizó, y ahora, estamos las dos solas. Ya ves cuál es el resultado de este modo de concebir la relación de pareja.

Y Mónica me contestó que quizá mi madre no había tomado suficientes medidas para evitar el embarazo, o bien se imaginó que así lo podía atar de por vida. Y añadió:

—Lo mejor, Claudia, es divertirse con precaución y no comprometerse hasta que las cosas no están claras, y si no lo llegan a estar nunca, pues, eso que te llevas, al menos has pasado un buen rato.

—Mónica, no me parece bien lo que dices, más bien creo que el sexo es aquello que nos identifica más como animales. Debería ser una consecuencia lógica y final de un amor sólido basado en la confianza y la comprensión y que, antes de irse a la cama, se tiene que conocer bien la persona. Eso sí, nunca se la llega a conocer del todo a pesar de tener con ella un tipo de conexión espiritual.

» La persona que aprecias tiene que estar presente en tu pensamiento desde que te despiertas hasta que te duermes. Tiene que ser la persona a quien le contarías, antes que a otros, cualquier cosa que te suceda durante el día. Tu pareja te verá, si te quiere bien, como a un ángel de la guarda, porque tú estarás a su lado en los momentos más importantes de su vida. Con ella tienes que compartir el dolor y la alegría. Si esa dependencia es mutua, es que uno está hecho para el otro.

—Claudia —me contestó después de pronunciar mi discurso—, me parece que con esa

mentalidad tendrá que pasar mucho tiempo antes de que hagas el amor, porque, desengáñate, los hombres quieren líos fáciles, solo si cedés, puedes conseguir el resto.

—No, Mónica, quiero pensar que no todos los hombres son iguales, quiero pensar que no todos buscan lo mismo. Quizá Carles es de estos que tú dices, ya lo averiguaré. Lo llamaré mañana mismo para quedar el sábado. Le diré a mi madre que salgo contigo, ¿me cubrirás, Mónica?

—Como amiga lo haré.

—Gracias, Mónica, eres una buena amiga, aunque no puedo estar de acuerdo contigo en todo.

A mi madre le escondí todo, solo le expliqué que habíamos ido a la discoteca, pero nada de los chicos ni de la conversación con Mónica, y todavía menos que un pretendiente tenía mi teléfono.

Aprovechando un momento en el que ella marchó a hacer la compra, llamé a Carles. Se puso él al teléfono, por el tono de la voz que adoptó al escuchar la mía, deduje que estaba contento. Quedamos el sábado, ante unos grandes almacenes de la Plaza Cataluña. A la madre, le dije la mentira acordada con Mónica. Pensé que era una mentira piadosa que la haría sufrir menos que la verdad.

Carles me parecía un buen chico, pero lo tenía que comprobar. Acudí a la cita con un poco de miedo, nunca había salido sola con un hombre. Mi madre me había dicho tantas cosas malas de los hombres, que solo rogaba porque no fueran verdad. Carles se presentó puntualmente, esto me gustó. Tú, Toni, nunca lo fuiste, ya lo sabes que siempre me enojaba contigo porque me hacías esperar media hora antes de presentarte sonriendo, como si nada, y de tus labios nunca salió una disculpa.

Carles vino muy bien vestido, con gusto. Yo también me había puesto ropa nueva. Mi madre me preguntó por qué tenía que estrenar el vestido de rayas, que me lo tenía que guardar para cuando vinieran los parientes de Agramunt. Le dije que sencillamente me apetecía, que me dejara en paz. Se extrañó, pero atribuyó mi mal humor a la adolescencia. Me dijo que no llegara tarde y que fuera con cuidado.

—No sufras, madre, Mónica es una chica seria —Y agaché la mirada porque decir esa mentira me costó más que la otra.

Cerré la puerta y no quise mirarla, para que no me viera roja como un pimiento.

Carles me invitó a un batido en una de las terrazas del Paseo de Gracia. Estuvimos hablando de sus estudios y de su trabajo. Pensé que era un poco egocéntrico, pero mi madre ya me lo había advertido, que los hombres sois así, que no podéis hacer más que fardar de vuestros logros.

Por aquél entonces yo había acabado la E.G.B, solo tenía catorce años, pero parecía mayor de edad, y tenía que decidir si el siguiente curso quería continuar estudiando o dejarlo y buscar trabajo de aprendiz en una tienda, o mercado o vete a saber dónde... porque con esta edad... Lo interrumpí para explicárselo. Mi madre necesitaba dinero, por eso, me urgía a que me pusiera a trabajar; pero a mí me gustaba estudiar y me había sacado el graduado escolar con notas altas. No lo tenía claro, me sabía mal por ella, que tenía que trabajar muchas horas para poder mantenernos dignamente.

—Lo ves, madre —le decía—, ¿qué pasa si no estudias? Que tienes que hacer tareas en casa de los otros, además de las de nuestra casa, y yo no quiero encontrarme en la misma situación.

—Pues estudia, hija, consigue un buen trabajo. Pide una beca, y si te la dan, adelante —dijo finalmente.

Carles, según me explicó, trabajaba en una copistería desde hacía dos años. Él ya tenía los

dieciocho, y se estaba sacando el carné de conducir. También hablamos de su familia. Tenía dos hermanas mayores, me dijo que era el niño consentido de casa, que hacía lo que quería.

—Pues que bien, porque yo no tengo hermanos. Y mi madre me controla mucho.

Carles escuchaba con atención todo lo que le decía, que era muy poco. Él fue el protagonista de la noche. Me aconsejó que estudiara el Bachillerato, durante esos tres cursos podría decidir si quería continuar estudiando en la universidad e incluso podía buscarme algún trabajo a media jornada para ayudar en casa. Me pareció que era un chico sensato.

Al llegar a casa, me estaba esperando mi madre sentada en un sofá, enfurecida.

—¿Qué haces aquí, mamá? ¿Cómo es que no te has ido a la cama? Debes de estar cansada...

—Lo estoy, hija, pero tengo que hablar contigo seriamente.

—¿Qué pasa, no te encuentras bien?, ¿te han despedido? ¿por qué pones esa cara?

—Hija mía, ¿me explicarás dónde has estado?

—Con Mónica —le contesté. Mi madre me clavó una bofetada que me quitó las ganas de mentirle por siempre jamás.

—¿Dónde has estado? —me repitió—. Sé que me estás mintiendo.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté con el rostro encendido, avergonzada, sollozando.

—Ha llamado la madre de Mónica para hacerte saber que la han hospitalizado por una infección leve de orina. Te quería pedir algo para ella, pero ya hablaremos después. Ahora quiero saber dónde diantre has estado y con quién.

—Con un chico —le contesté—. Pero, mamá, es un buen chico, solo hemos ido a tomar unos batidos. No quería que sufrieras innecesariamente.

—Lo quiero conocer —me dijo.

—No madre, es muy pronto, todavía no. Más adelante... lo asustarás.

—¿Por qué lo tengo que asustar? Si es un buen chico, no tiene que tener miedo de nada. Dile que te venga a buscar aquí, cuando hayáis salido un par de veces más.

—¿Me dejas continuar saliendo con él? Me gusta. Tiene trabajo, es un chico sensato.

—Sí... pero no me mientas nunca más.

—Lo siento, temía que si te lo decía no me dejaras salir con él. No te quería hacer sufrir.

—Hija, yo quiero siempre lo mejor para ti, no querría que te engañaran... Sobre todo, Claudia, no te dejes dar un beso en los labios si no hay compromiso.

—No haré nada, de lo que pueda arrepentirme.

Nos abrazamos y ella me pasó la mano suavemente por la mejilla golpeada.

Al sábado siguiente, volvimos a salir. Carles quiso ir al cine. Era verano, hacía mucho bochorno y yo llevaba un vestido corto. Estaban de moda, todas íbamos así. A mi madre no le gustaba, pero no me prohibía ponérmelo. Cuando se apagaron las luces y comenzó la película, Carles sostenía la bolsa de palomitas con la mano derecha, porque era zurdo, y con la otra mano las iba metiéndoselas en la boca de tres en tres. La sala olía a maíz. Estaba llena de adolescentes. Carles me ofrecía palomitas, las habría podido comer de su mano, si hubiera querido, como un loro; pero me parecía inapropiado y le tuve que decir una mentira, que me hacían daño al estómago, que lo tenía delicado y solo podía alimentarme de cocidos, purés, sopas y comidas ligeras a la plancha, sin picantes ni otros aditivos. Él puso mala cara, porque era un buen fan de las hamburguesas.

—A veces —continué diciendo—, hago alguna excepción y como fritos.

Volvió a poner mala cara e hizo una mueca, como si aquello que le explicaba fuera un verdadero problema para seguir nuestra relación amistosa. No quise preocuparme antes de tiempo

y pensé que eso de la comida no tenía tanta importancia, no era motivo suficiente para pelearse ni romper aquella relación incipiente.

Al empezar la película me sentía segura, mi acompañante tenía las manos ocupadas, no podía intentar nada. A medida que fue avanzando, el chico fue vaciando la bolsa de las palomitas, hasta que la dio por acabada e hizo una bola del papel con el envoltorio. Yo lo vigilaba, «a ver qué hará ahora con el papel», pensaba. Lo dejó en el suelo, a un lado de la butaca. Con voz susurrante le cuchicheé al oído:

—No lo dejarás aquí ¿no?

—No te preocupes, ya recojo después

Volvió a hacer otra mueca. «Quizá no le ha sentado bien», pensé. La película no me gustaba, estaba distraída pensando en otras cosas y, sobre todo, vigilaba las manos del chico. Ya había transcurrido una hora y cada vez me aburría más, no podía estar atenta, me entraba sueño, «qué película más soporífera» pensaba.

En cambio, a él le gustaba. Creo que me llegué a dormir, porque no recuerdo que la protagonista hiciera el amor con su compañero, y según me dijo Mónica después, «¡te lo has perdido! Era la mejor escena de la película».

Carles aprovechó que dormía para pasar suavemente su mano por debajo de la falda, la fue subiéndola, y cuando me di cuenta, de repente, casi me la encontré rozando mi entrepierna. Reaccioné a tiempo y le retorcí tan fuerte el dedo pequeño, que chilló y retiró la mano. La gente nos miró, yo me puse a llorar y me levanté inmediatamente, salí tan deprisa como pude del cine, con lágrimas de rabia en los ojos. Carles vino detrás de mí e intentó disculparse.

—Chica, ¿pensaba que te gustaba! —Aquello sonó más a un ataque, a hacerme sentir culpable a mí.

—Te conozco de tres días, ¿cómo puedes esperar que me deje toquetear por un desconocido?

—¿Un desconocido? He sido cortés y educado contigo, tal vez he malinterpretado tus intenciones. Ese vestido corto, llamarme tú para salir...

—¿Solo por eso ya has pensado que buscaba pasar un rato contigo a solas?

—Por eso y por la mentira sobre la comida, ¡qué nos conocimos mientras zampabas un bocadillo doble de panceta!

Mónica, ya recuperada, me llamó para cotillear, quiso saber cómo me iban las cosas con él, posiblemente esperaba que lo dejara libre para ella. Le expliqué que habíamos ido a ver aquella horrible película.

—Pues, nena, a mí me gustó bastante, sobre todo la escena de la cama —me dijo.

Después le di mi opinión sobre el chico.

—Es un cerdo, como todos los hombres, tenía razón mi madre... Si lo quieres, Mónica, ya te lo puedes quedar, porque a ti te debe de parecer muy romántico que te metan mano.

—No, romántico, no, apasionante.

—Déjalo estar, Mónica, no quiero saber nada más de los hombres. ¡Que te aproveche!

Y colgué. Mi madre me había escuchado hablar por el teléfono, me abrazó sin decirme nada, y le agradecí que en esa ocasión no me hubiera soltado el sermón. Me preparó un pastel de castañas, como cuando era pequeña, y lo saboreamos las dos como nunca lo habíamos hecho.

Ahora estoy cansada, me duele explicar estas cosas. Te dejo, Toni, de momento ... hasta pronto.

Claudia.

Desde que éramos jovencitos mi hermano y yo no habíamos salido de vacaciones más allá de Catalunya. Cada verano íbamos al pueblo donde había nacido mi madre y donde tenía todavía a mis abuelos, tres hermanos y primos. En Breda me lo pasaba bien. Íbamos en el tren, porque mi padre no podía conducir. Conservo buenos recuerdos de la familia y del paisaje. El Monasterio de San Salvador era una visita obligada, si bien nos lo conocíamos hasta el último rincón. También íbamos a la playa, a la cala Canyelles o a Tossa, y hacíamos excursiones por los pueblos de alrededor: Hostalric, Brunyola, Caldes de Malavella... Me gustaba el sabor natural de la comida, de las patatas y los tomates, de la fruta, y el aire puro de la montaña. Pero lo que más me gustaba, era ver trabajar mi tío Pere, alfarero como su padre, su abuelo y si no recuerdo mal, también como su bisabuelo. En la planta baja de la casa, tenía el taller. Después de comer me dejaba bajar a tocar el barro y me enseñaba a hacer rodar el torno. Me emocionaba la creación de objetos —jarras, frascos, cántaros, sobre todo— a partir de un trozo amorfo de barro, que iba cogiendo forma poco a poco entre las manos de mi tío. Recuerdo todavía la sensación de frialdad y viscosidad del barro mojado, que manso se dejaba manejar por mis manos inexpertas.

Mi tío había aprendido de pequeño. Después de hacer la pieza, la pintaba y la cocía. A veces, terminaba antes de tiempo y me llevaba a pasear por el camino de los alcornos, desde donde le gustaba ver la puesta de sol. El abuelo se quedaba con mi hermano, se llevaban muy bien ellos dos. A mí, el abuelo me ponía nervioso. En cambio, con el tío todo me parecía más interesante y divertido.

Las mujeres charlaban en la cocina mientras hacían la comida, lavaban, y doblaban la ropa. Mis primos jugaban en la calle con sus amigos. Nuestra estancia en Breda no duraba más de quince o veinte días, porque también aprovechábamos el verano para reformar la casa. Siempre teníamos que pintar o empapelar alguna habitación. Y siempre discutíamos el color.

Tenía necesidad de volver a salir de Barcelona. Desde que se había puesto más enfermo mi padre y mi hermano estudiaba en la Universidad, no habíamos vuelto al pueblo. Yo lo echaba de menos. Todas las vacaciones, me las tenía que pasar en la ciudad. El bochorno de agosto en Barcelona es espantoso. Cuando pasó algún tiempo y hube ahorrado algo de dinero, decidí volver, aunque fuera solo. En casa les pareció bien.

—Dales muchos recuerdos hijo mío —me dijo mi madre—, ya sabes tú bien que no podemos ir todos, diles que bajen ellos algún día.

—A ver si es verdad, porque lo dicen, pero no lo hacen nunca.

—Nos tienen muy olvidados.

—Nosotros también a ellos, madre, nosotros también.

Y fui la primera quincena de agosto. El abuelo se encontraba muy mal, durante mi estancia murió. Avisé a mi madre y vino, después volvió a casa, porque mi padre la necesitaba. Me quedé unos días más. La abuela estaba muy triste, se encontraba muy sola. Al cabo de nueve meses murió. Tuvimos que subir otra vez y esa vez nos acompañó mi hermano.

—El abuelo pidió verte antes de morir —le dije—, no comprendo por qué no viniste.

—Porque lo estimaba, no quería verlo pálido, deshidratado —me respondió.

—Eres egoísta.

—Es fácil criticar a los demás

Mi madre heredó la casa donde vivían los abuelos. Pensamos en arreglarla y tenerla para ir a pasar los veranos cuando mi padre estuviera mejor. Pero sus problemas de riñón empeoraban y era yo el único que iba algunos fines de semana. Mi hermano prefería quedarse a estudiar.

—Te saldrá humo de la cabeza —le decía.

—Vete a... —me contestaba.

—¿No tienes ganas de divertirme un poco? ¿Encontrar alguna muchacha tal vez?

—Pides para mí lo que no quieres para ti, hermanito. Cuando encuentre al amor de mi vida, quiero tener un buen trabajo y un sueldo estable para que no le falte de nada.

En Breda hice algunos amigos y con ellos íbamos de fiestas mayores. Iba cada mes, pero a la familia ya no la veía casi, dormía de día y salía por la noche. En una de las fiestas mayores, en una carpa, conocí a una chica muy bonita, Aitana, de Riudellots de la Selva. Me enamoré de ella en cuanto la vi contonearse. Ella no me hizo caso. Me ignoraba completamente. Cuando le hablaba, me miraba por el encima del hombro.

—¿Qué le pasa a esta mujer que es tan estirada? —le pregunté a Carles, el amigo que me la presentó.

—Es así porque su padre es propietario de tres restaurantes y es muy rico, ella es muy creída; pero con el tiempo, si le caes bien, te dará un buen meneo en su coche, ya verás.

—¿Y si no le caigo en gracia?

—Si en dos semanas no te ha sonreído... déjalo correr— me dijo él, muy seguro.

—Quizá piensa que soy poco para ella, yo trabajo arreglando zapatos y gano cuatro duros trabajando cuarenta horas en la semana.

—Así que ¿es verdad todo el que dice el poeta Martí i Pol en La fábrica?

—No lo sé, no lo he leído. Yo no leo libros, eso lo hace mi hermano. Lee para él y para toda la familia. Antes de que se independizara, ya no cabíamos en la habitación, de tantos libros que tenía.

—Pues este poemario te lo tendrías de leer... te toca de bien adentro. Ya me dirás. Además, es un librito muy barato. Solo vale doscientas pesetas la edición de bolsillo. Por cierto, a Aitana no le digas, que eres un simple curruto, hazle creer que trabajas en un banco. Te pondrá más buena cara y cuando sonría, me agradecerás que te haya dado un buen consejo.

—¿Y si todo fuera bien y un día descubriera la verdad?

—No pienses tanto en el futuro, Toni, ¿te la quieres llevar al huerto o no? El mañana no importa.

—¿Cómo qué no? Carles, esta chica me gusta hoy pero también pienso en el día de mañana si continuáramos juntos...

—Piensas demasiado y la has conocido hace días... si tú vives en Barcelona y ella en Riudellots, si tú eres pobre y ella no sabe qué vestido ponerse de tantos que tiene para elegir... ¿De verdad, crees que te la podrías llevar al altar con el permiso de su padre?

—¿No?

—¡Mira que eres ingenuo! Toni, estas chicas viajan al extranjero, estudian, consiguen un buen trabajo, porque el dinero llama al dinero, y su padre la casará con alguien tanto o más rico que él. Antes la encerraría en un convento, que dejar que un obrero se casara con ella.

—¿Quieres decir que no exageras?

—No, Toni, lo único que puedes conseguir, escúchame bien, es que se encapriche de ti, porque

a veces le hacen gracia los de la capital, dice que son más espontáneos y más... pasionales. Puede ser que te lleve a una habitación de un hotel de más estrellas de las que puedas contar con los dedos y te enseñe todas las posturas sexuales que existan, porque de eso sabe mucho. Y después de haberte utilizado te soltará. Créeme, hará de ti lo mismo que se hace con un pañuelo de papel...

—¿Usar y tirar? Carles, me parece que ves muchas películas. Yo no la veo así de fría a Aitana. Quizá es rica, pero de eso a ser una fresca...

—No te fíes, Toni, y, sobre todo, no te enamores. Las ricas no son igual que las de clase baja. Una chica de clase obrera querrá casarse contigo en el momento en que le digas que tienes un buen trabajo. Buscará que la mantengas y le des un hogar seguro. Todas son así. Te lo digo yo, que me he ligado a muchas, solo me han rechazado una vez, una chica que me dejó tirado en el cine después de haberla invitado.

No le hice caso, demasiado me gustaba Aitana, aunque fuera una niña rica y consentida que pasaba de mí olímpicamente como nunca nadie lo había hecho. Para mí era un reto. El día que conseguí, finalmente, que hablara conmigo sin su tono prepotente habitual y que me preguntara —esto para mí ya era un éxito— a que me dedicaba, me sentí muy satisfecho. Le respondí simplemente que trabajaba arreglando zapatos. La engañé un poco al decirle que era el único dueño.

—¿Tan joven y ya tienes una empresa? —me preguntó—, debes de ser muy bueno... —Y me sonrió, y yo tuve bastante aquel día.

Por la noche, tuve sueños eróticos con ella, me estaba enamorando demasiado rápido. Carles solo me repetía.

—No te ilusiones, Toni, que se te irá de las manos y te arrepentirás.

—Déjame en paz... —le decía yo—, ¿no ves que soy feliz solo de pensar que le intereso un poco?

Pero Carles tenía razón, Aitana me utilizó, me llevó a una habitación de un hotel que tenía el papel higiénico de color rosa y una terraza con vistas a una piscina más grande que toda mi casa.

Yo le hablaba de amor y de futuro, de ir a vivir a Las Cortes y del aumento de sueldo que pediría. Ella me decía que sí a todo, me dejaba volar y prendió el cráter de mi deseo, me abandonó antes de hacerse de día. Me dejó unos billetes para pagar la habitación, muy pobre me debía de ver, y una nota que decía: «Toni, me lo he pasado muy bien, pero las vacaciones se acaban, y tengo que volver a Cambridge». A Breda, no volví, me fui a casa con el rabo entre piernas. No quise saber más de fiestas mayores.

Al leer la carta de Claudia, me vino a la memoria esta experiencia. Me sentí engañado, como ella; y por eso, durante un tiempo no quise salir con ninguna chica. Supongo que ella sintió lo mismo al haberse visto rechazada por mí y sustituida por su hermana. Había cosas en común, como ella decía, y yo no la creía. Empezaba a entenderla algo mejor.



Barcelona, 28 de febrero de 1991

Estimado Toni:

Este invierno me resulta muy frío, ¿a ti también? Cuando las temperaturas bajan de los cinco grados, se me hielan las manos, los pies y los pulmones. ¡Qué punzadas más penetrantes siento cerca del corazón! Necesito tus manos calientes para calentarme, los braseros eléctricos no me confortan como tú. Ay, tus caricias me amortiguarían el crujir de los huesos antes de que vuelva la primavera.

El invierno que me abandonaste, también fue muy crudo, ¿te acuerdas? En Barcelona no estamos acostumbrados a estas temperaturas. Los inviernos suelen ser suaves. Pero yo soy muy friolera. El último día que nos vimos, cuando ya conocías a Adriana, no me quisiste calentar las manos. Te lo pedí, como otros días, pero me dijiste que tú también las tenías frías. Supuse que preferías calentar las de Adriana. Pero ella se fue, te dejó solo. Y yo también me quedé sola, y desde entonces siempre lo he estado. Tengo que dormir con calcetines de lana, tengo que llevar guantes a todas horas. Es incómodo, no te pienses que no, pero es la única solución que veo.

Adriana solo volvió de Sevilla cuando mi madre y mi padrastro sufrieron el accidente. Mi madre, a pesar de su desconfianza, se juntó con un buen hombre, viudo con una hija, Adriana, que le daba consuelo, además de dinero y un techo. Nos trasladamos todos a su casa, porque el piso de Valentín era más grande. Vendimos nuestro piso de Bogatell y con el dinero hicimos reformas, para que las dos —Adriana y yo— pudiéramos dormir en habitaciones separadas. Nos teníamos que conocer mejor, antes de compartir nada.

Adriana —no sé si te lo ha explicado ella— es más joven que yo, había perdido a su madre cuando era pequeña y su padre se había hecho cargo tan bien como pudo, a pesar de que trabajase muchas horas por la noche haciendo de vigilante en una fábrica.

Tenía que pagar una niñera para que pasara las noches con ella, pero el precio era el doble. Durante el día la llevaba al colegio, la iba a buscar, le hacía la comida y jugaba con ella. Se había acostumbrado a dormir poco, aprovechaba las horas en las que la niña estaba en clase para dar una cabezada. Valentín estaba deseoso por encontrar una mujer que le hiciera de madre a Adriana, las chicas necesitan una. No la había encontrado porque el recuerdo de su mujer era constante y no podía evitar la comparación entre las virtudes de las pretendientes y las inmejorables de su estimada mujer, hasta que conoció a mi madre y le pareció que su Magdalena se había reencarnado. A Adriana le pareció bien lo de tener otra madre y una hermana. Solo hacía falta tiempo para conocernos.

Organizamos algunas excursiones para recolectar experiencias, puesto que consideramos que era la mejor manera de convertirnos en una familia. Y lo fuimos consiguiendo poco a poco. Nos sorprendíamos de nuestros gustos, de nuestras rutinas y nuestras manías, pero las tolerábamos y así nos empezamos a querer. A veces nos peleábamos por cualquier barbaridad, Adriana y yo, porque nos malinterpretaban; y tanto mi madre como Valentín nos hacían ver que la convivencia era difícil, pero no imposible. A pesar de nuestras diferencias, nuestros talentos distintos, teníamos que hacer un esfuerzo y lo hacíamos, porque nos caímos bien desde el primer momento.

Cuando Adriana ya estaba en Sevilla, mis padres hicieron un viaje a Andalucía. «Allí no hará tanto frío» dijeron. Tenían la intención de ir a verla sin que ella lo supiera, darle una buena sorpresa. Quisieron ir en coche, pasarían noche en Valencia, después seguirían hasta Málaga. «Tened cuidado», les dije. Antes de llegar a Valencia, cuando iban por la autopista, un coche que iba en dirección contraria se saltó la mediana e impactó contra el coche de Valentín. Murieron en el acto. Tuve que ir a reconocer los cuerpos, fue espantoso, Toni.

Te necesitaba allí, me habrías dado fuerzas para seguir adelante. No te dije nada, no te quería molestar ni dar disgustos, porque me deprimí mucho, Toni, y no quería que me vieras así. Te habría sabido mal, porque eras buen chico, lo sé, habrías sentido lástima por mí, y por eso me lo tragué todo sola hasta que llegó Adriana. Ella se volvió después del entierro. También estaba hundida. Una arrastraba a la otra. No quería que nadie me compadeciera, nadie lo supo.

Pasadas las primeras semanas, tu recuerdo fue un refugio para mí, imaginarme que estabas conmigo, calentándome las manos y los pies, me alivió el dolor, me hiciste sentir algo mejor. Aquel crudo invierno, decidí que tú vivirías siempre conmigo, porque, cuando te pensaba, el tiempo parecía pararse.

Claudia

Barcelona, 10 de marzo de 1991

Estimado Toni:

He estado días sin escribirte porque no me he encontrado bien, ni siquiera he cogido el taxi, me he quedado en casa lamentándome de mi desdicha. Pero hoy me veo con más fuerzas y te contaré más sucesos de mi vida que desconoces completamente. Nunca llegamos a conocer la gente que nos rodea, ni siquiera la más íntima. Te sorprenderás, ya verás...

Después de que mis padres murieran en la carretera, dejé el taxi durante una temporada. Me di cuenta de que, si no conducía, no sabía cómo ganarme la vida, así que volví al trabajo y cada mañana iba al aeropuerto para captar clientes.

Te sorprenderías de todo lo que la gente te llega a explicar en un taxi, algunos necesitan contar su vida, otros solo comentan y opinan sobre temas de la actualidad. Conocer gente diversa enriquece. No tendrías que aislarte tanto... Toni, has sido siempre demasiado solitario, demasiado arisco... pero cada cual es cómo es, ya lo sé, en la viña del Señor hay que tener que todo.

Tuve la suerte de enganchar a un cliente que casi se convirtió en fijo. Cada lunes, a las nueve de la mañana, un señor de unos treinta y cinco años, muy bien vestido, elegante, con cinturón y corbata, una cartera en la mano derecha y una gabardina de color claro a la izquierda salía deprisa de la puerta de la terminal A y cogía el primer taxi que estaba a la hilera esperando. En tres ocasiones, durante tres semanas seguidas, estaba yo en primer lugar. Mis compañeros taxistas, cuando me veían llegar, me cedían el lugar, porque era la única mujer y me daban este trato especial. Sabían que les agradecía trayéndoles un trozo del pastel de castaña que había hecho el fin de semana. El señor mencionado se sentaba siempre en el lado derecho trasero y me hacía poner la radio después de indicarme la calle de la Vía Augusta. Era un trayecto largo, podíamos hablar mucho rato. Empezó él a dirigirme la palabra, pues quería escuchar las noticias y cómo quién paga manda, no le negué nunca el gusto de escucharlas. El paso siguiente fue su breve comentario de lo que las noticias le suscitaban. A continuación, me pedía mi opinión sobre el tema tratado. Me dio la razón en más de una ocasión.

A la cuarta semana, yo estaba a las nueve allí, como siempre, esperando al señor, pero al parecer, o bien el avión llegó con retraso o bien por la razón que fuera, el cliente no se presentó como otras veces. Sin embargo, por aquellas casualidades de la vida, que no se explican de forma racional, por ser obra de un azar misterioso, lo vi en un cruce levantando la mano para pararme. Al reconocerme, puso cara de alegrarse que fuera yo y me pidió que lo llevase a la Avenida de los Astilleros. No quise preguntarle por qué a las nueve no estaba en el aeropuerto. Ni él me lo explicó. Aquel día no tenía ganas de hablar, solo me dijo que fuera tan rápido como pudiera, que llegaba tarde. Me pidió, eso sí, mi teléfono particular, si no me importaba, porque necesitaba un chófer para hacer algunas salidas.

—¿Qué quiere decir? ¿En lugar de ir en tren, por ejemplo, quiere un taxista que le lleve?

—Eso mismo, necesito un chófer y usted lo hace muy bien, me gusta como conduce. Verá, yo, viajo bastante, ya lo habrá comprobado...

—Sí, ya me lo imaginé...

—Entonces, me fío más de pagar una persona que me haga este servicio que de tener que depender de horarios de trenes u otros transportes públicos. Si no tiene inconveniente, cuando surja, la aviso y establecemos por mutuo acuerdo una tarifa.

—Pues no me iría mal, —le respondí—. Le entregué una tarjeta mía con el teléfono y la dirección.

—Tenga, llámeme por radio, y si en ese momento no estoy disponible, o mejor, si me necesita por un trayecto más largo, avíseme con anticipación y con mucho gusto lo recogeré donde usted quiera y lo traeré a su destino tan bien y tan deprisa como sepa.

—Está bien, seguramente tendré que ir a Manresa la próxima semana. La llamaré antes si puedo.

No hizo falta, porque el lunes estaba allí de nuevo, en la puerta de la terminal A. Subió y le puse la radio antes de que me lo pidiera y al bajar me solicitó el servicio para el día siguiente.

—Claudia, ¿tiene algún inconveniente en llevarme mañana a Manresa?

—Ninguno. ¿Cómo se llama, si me permite preguntarle?

—Ramón Guasch, soy un hombre de negocios muy atareado, sin carné de conducir, porque no tengo tiempo de aprender y además es más cómodo que te lleven.

—Me sorprende, esto que no tenga carné, hoy en día... ¿Quién no lo tiene? Y, además, resulta más caro, ¿no le parece? —le pregunté.

—Sí, pero todo lo que me ahorro en gasolina, seguro, mantenimiento, etc. lo invierto en mi comodidad.

—Visto así, tiene razón, a los taxistas ya nos va bien que haya personas que piensen así. Si no hubiera tantos coches, podríamos hacer mejor aún nuestro trabajo.

Me fijé en que no llevaba sortija en la mano izquierda. El viaje a Manresa era largo, tuvimos mucho rato para hablar de mil y una cosas. Me hizo poner una música determinada y me comentó que le gustaba mucho. Era música relajante, New Age.

—Mi trabajo es muy estresante, me gusta ponerme música de esta cuando viajo, porque me tranquiliza.

Estuvimos hablando de música y de trabajos estresantes. Comencé a explicarle que había trabajado en una ONG y que me había quedado sin trabajo y me había puesto a conducir, que me gustaba. Que no me ponía nerviosa, ni siquiera cuando había tránsito y muchos conductores enseguida tocaban la bocina sin motivo.

—Hay quien no tiene nada de paciencia y piensa que nos paramos por capricho —le dije, para darle conversación.

Al llegar, me propuso ir a comer juntos, después de que hiciera unas gestiones.

—Pero yo, soy una humilde trabajadora, y usted querrá ir a un restaurante bueno donde yo no me sabré comportar.

—No diga barbaridades, Claudia. Iremos juntos, no se hable más. Su conversación es interesante.

—Perdone que le pregunte, señor Ramón, igual pensará que soy muy osada...

—¿Qué quiere saber?

—Pues, ¿usted no tiene familia? Me parece que se encuentra muy solo y que... en fin...

—Entiendo lo que quiere decir, y tiene razón, no tengo familia, quitando a mi madre, solo tengo trabajo, dinero y una casa muy grande. Tengo algunos amigos, pero no es lo mismo.

Mientras él hizo sus gestiones, me paseé por la ciudad. Habíamos quedado allí mismo donde

lo había dejado, ante un banco, a las dos menos cuarto. Nos desplazamos hacia el restaurante. Con un poco de vergüenza entré y nos mandaron a una mesa de un rincón, porque estaba lleno. La gente me miraba.

—Si lo hubiera llegado a saber, me habría vestido mejor, con la boina y el chándal no se debe de entrar en un lugar tan elegante...

—Tranquila Claudia, no le dirá nadie nada.

Era un restaurante de esos que te cuelgan el abrigo y te retiran la silla para que te sientes y son tan detallistas que te rellenan enseguida la bebida... en definitiva, que te sientes espiado, me encontraba fuera de lugar. Pero él le restaba importancia y me calmaba con palabras agradables. «Para ser rico, no es nada prepotente» pensaba mientras me explicaba los platos de la carta.

—Pida una Vichyssoise, ¿no la ha probado nunca?

—No, ¿de qué está hecha?

—Uf, ahora me ha pillado... pruébela, ya me lo dirá.

Y le hice caso.

—De segundo, el bistec a la Manresana, está muy bueno, pero no me pregunte la receta, que no entiendo de estas cosas.

—Está bien, le haré caso y lo probaré.

Ciertamente, habría preferido un plato de verdura o una tortilla de patata, y un muslo de pollo asado o a la plancha, pero no era lugar para pedirlos. No habría sido adecuado tampoco lamerme los dedos ni mojar pan hasta dejar el plato limpio, pero lo habría hecho a gusto.

Ramón se interesó por mí, quiso saber si estaba casada, si tenía hijos... Le expliqué que estaba sola, porque Adriana vivía en Sevilla y que mis padres habían tenido el accidente. La conversación se iba calentando por instantes hasta llegar el momento culminante en el cual manifestó su interés por tener un hijo, para dejarle en herencia sus propiedades.

—Me habría gustado —me dijo— tener un hijo o una hija, poderlo educar para que el día de mañana heredara todo lo que es mío y lo aprovechara bien, puesto que es el fruto del trabajo de muchos años... Me siento un poco desgraciado... y mi madre está disgustada porque no le doy nietos. Y mi padre, que en paz descansa, no entendía cómo con el dinero que tengo, puedo estar soltero y sin hijos.

—Pero, Ramón, usted es un hombre joven todavía, atractivo, si me lo permite decir, y algún día encontrará la mujer que le dará un hijo. No hay nada perdido. ¿No sale nunca con mujeres, no tiene amigas? —le pregunté.

—Me he hecho grande, Claudia, y ya me da un poco de pereza... no me veo yo, haciendo manitas, a mi edad.

—¡Venga! ¿Qué dice? Todas las edades son buenas, el amor no tiene edad, créame, un día encontrará una mujer... y su madre será feliz. Y sobre todo usted, está claro. No pierda la esperanza. Mire, esto nos puede pasar a todos, a los pobres y a los ricos, a todos nos puede llegar la felicidad, a unos más tarde, a otros más temprano... El azar nos coloca ante la persona que nos cautiva.

—Y usted, ¿está enamorada?, ¿por qué no se ha casado?

—Sí, que lo estoy. Pero es un amor... imposible. Cada cual trae su cruz... A mí, Toni, porque se llama así, me da calabazas, no quiere saber nada de mí, y no sé muy bien por qué, pero las cosas son así... Ahora bien, no por eso me desespero, al contrario, el sufrimiento enriquece mi vida interior, porque con la imaginación construyo mi amor, hablo con él mentalmente todo lo que quiero, y el efecto es el contrario, me siento bien.

—Qué curioso, no lo había pensado nunca así... Ese hombre debe de ser muy burro, porque yo si fuera él, no la rechazaría...

—Sí que lo es, pero como siempre digo, y no me cansaré de repetirlo, cada cual es cómo es, no se puede hacer más. No le puedo reprochar que no me quiera.

—Y, usted, ¿ya ha hablado del asunto con él?

—Sí... Muchas veces, pero no quiere escuchar ni hablar, se cierra en banda, ¿sabe? Es como hablar con un muro.

—Quizá no le gusta físicamente, por qué... ¿qué explicación le ha dado él?

—¡Calle, calle! Mire, según él, ese no es el problema... pero es incapaz de darme unas buenas razones, para mí, las que me da, son absurdas, inconsistentes y, a la vez, tan simples, que se invalidan a sí mismas.

—Escuche, Claudia, si quiere un consejo... olvídelo. Hay más hombres, usted también es joven y de buen ver, ya encontrará otro más listo, que sepa valorar sus virtudes.

—No lo sé, quizá sí. Estamos igual usted y yo, ya lo ve. ¡Bah! ¿Dejamos el tema?

Después de comer, volvimos a Barcelona, nos relajamos con la música de su cassette y lo dejé en casa, en la calle de Ganduxer. Al despedirse, me tuteó.

—Adiós, Claudia, ya te llamaré para otro viaje. ¿De acuerdo?

—Cuando quiera— respondí esperanzada.

Estos viajes me salían muy bien económicamente y eran bastante distraídos, ganaba más dinero que rondando todo el día por Barcelona y, además, tenía con quién hablar... Ramón era muy generoso, y además de la tarifa que establecimos, me pagaba las comidas en los restaurantes que él escogía, que eran siempre los mejores. Me fui acostumbrando al buen paladar, a la cocina exquisita.

Cuando ya llevábamos una temporada viajando de un lado para otro, y nos íbamos cogiendo confianza, me hizo una propuesta:

—Claudia, ¿qué te parecería tener un hijo mío?

—¿Cómo dices? —Y me lo miré, lo tenía sentado al lado—. Repite lo que has dicho, con el ruido de la radio, me parece que no te he entendido bien...

—Te he preguntado si quieres tener un hijo mío. No te propongo que te cases conmigo, mi madre no te aceptaría... y, de hecho, yo no puedo decirte que te ame, te aprecio, pero yo lo que quiero es que me hagas este servicio.

—¿Estás loco? ¿Por quién me tomas? Una cosa es traerte con el taxi donde me mandes y me lo pagues muy bien; pero eso que me pides, es muy diferente... ¿Cómo se te ocurre?

—¿Quieres decir que es un disparate?

—Hombre, no exactamente... pero yo no puedo hacer el amor con un hombre al que no quiero y con quien tengo una relación profesional. Además, después me quitarás el hijo y te lo quedarás, como las gatas...

— Tendríamos que hablar, de estos detalles.

—No lo sé, Ramón, son cosas muy serias, tengo que pensármelo.

—Pero ¿te lo pensarás al menos?

—Sí, y no sé por qué te lo digo, no tendría que considerarlo. —Me sorprendía a mí misma.

—Pero ¿lo harás?

—Sí.

Toni, si me lo hubieras pedido tú, no lo habría dudado, te lo aseguro. Está claro que también te habría dicho que estas cosas se tienen que pensar bien, porque no se pueden traer los hijos al

mundo así como así, después pasa que no están bien atendidos, aunque se les dé mucho dinero para sus caprichos. Pero, también se conversa poco con ellos, los padres trabajan muchas horas y no juegan con ellos, no se interesan bastante; y crecen como caballos desbocados. Yo lo veo en la escuela de al lado de casa, ¡qué niños más mal educados!

Ahora te dejo, tengo mucho dolor de huesos, me tengo que estirar en la cama, no puedo más. Contéstame, amor mío, el resto ya no importa...

Claudia.

## 10

Artur me comentó que Claudia no salía a la calle desde hacía días.

—Su buzón está lleno. Quizá está enferma. Me da vergüenza llamarla, ¿tú qué harías?

—No lo sé, depende del grado de confianza que tengas con ella. Espérate unos días, quizá tiene la gripe. En invierno ya se sabe, con las calefacciones... sales a la calle y coges cualquier virus.

—Quizá tienes razón. Es que extraño encontrarme con ella en el portal.

La curiosidad me hizo pasar por su barrio y, desde la cabina de teléfonos del bar de enfrente la llamé. Tenía las cortinas corridas, no se veía ninguna luz, no contestó al teléfono. «No está», pensé. «Quizá se ha ido de vacaciones... pero es extraño que lo haga en febrero... además ¿con quién?».

Transcurrieron dos semanas y mi hermano llamó preocupado:

—Toni, el buzón de Claudia está lleno, a rebosar. Ninguna vecina sabe dónde está. Nadie sabe nada. ¿No lo encuentras muy extraño?

—Y el taxi, ¿está en el garaje? —le pregunté yo.

—No lo deja aquí, lo tiene en uno municipal.

—Tranquilo, hombre, ya reaparecerá, seguro que se lo está pasando bien. A lo mejor está trabajando fuera de Barcelona, o de vacaciones.

—Ay, no lo sé, Toni.

—Pero, ahora ¿por qué te interesas tanto?

Advertí una preocupación excesiva de Artur por Claudia, de todas maneras, no hice mucho caso, porque Artur enseguida se preocupaba por la gente, sobre todo por la que formaba parte de su rutina. Se preocupaba hasta por las personas que encontraba cada día en el autobús, cuando no subían a la parada habitual a la misma hora. «¿Qué le habrá pasado al señor de la chaqueta gris o a la señora del pelo corto?, quizá se les ha escapado, pobres, llegarán tarde al trabajo si tienen que esperar mucho. ¡Y con el frío que hace!» Yo no me he fijado nunca en la gente que me rodea en el metro por las mañanas, me da igual si aquel está resfriado o si el otro no ha cogido el tren después de correr como un loco todo el pasillo. Mala suerte, tío, te tendrás que esperar media hora. Pero me da igual.

—Toni —me dijo—, eres arisco, frío, egoísta. Y un creído.

—Quizá sí, pero no me cambiarás, cada cual es cómo es. Y tú, siempre serás un bobo, te tomarán el pelo todo lo que puedan y más, se aprovecharán de tu benevolencia.

Nuestra peor pelea fue debido a su intervención en la relación difícil que manteníamos Claudia y yo. Claudia finalmente reapareció por casa y Artur me lo hizo saber.

—Toni, Claudia ha vuelto. Ya estoy más tranquilo.

No le pregunté el motivo por el cual Claudia había desaparecido durante un tiempo.

—¿No quieres saber qué le ha pasado?

—No, pero me lo dirás igualmente.

—Toni, no te entiendo. Esta chica está enamorada de ti y tú no quieres saber nada de ella. Si yo fuera tú...



—Artur, si te gusta tanto... pues, mira, por mí te la puedes quedar —le respondí.

—Eres muy injusto con ella, se desvive por ti —me respondió.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No... pero siempre me habla de ti, y al decir tu nombre, Toni, el rostro se le transforma, ¡lo menciona con una alegría! Ojalá le pasara lo mismo conmigo. Pero no, sufre porque eres indiferente respecto a su amor, también lo sé, se lo noto cuando me explica que dejasteis de veros por culpa de Adriana.

—Escúchame bien, Artur, te daré un consejo: no te metas donde no te llaman. Tú no sabes nada de Adriana.

—Sé que la preferiste a ella, y le hiciste daño. Y después con Lola, ¿no tuviste bastante?

—Lola y yo no tuvimos nada, y ya te he dicho que no te metas. Claudia no puede obligarme a quererla. Podría haberme aprovechado mil veces de ella, Artur, la chica tiene muy buena figura, pero la habría hecho más daño. No me reclames cosas que no puedo cambiar.

—Pero es que si tú la quisieras su vida sería plena y feliz.

—¿Y qué te importa su vida? ¿Estás enamorado de ella? ¿eso te pasa Artur?

—Pues sí, Toni. Vaya si lo estoy. Pero quiero que viva feliz, aunque no sea conmigo. Y por tu culpa, su vida está llena de tristeza.

Me molestó mucho que mi propio hermano me juzgara y le dije que me dejara en paz, que me importaban tres rábanos lo que le hubiera pasado a Claudia, y colgué. No volví nunca a casa de Artur. A pesar de que me quedé con la curiosidad, no me interesé por la desaparición de Claudia e ignoré los sentimientos de mi hermano por ella.

Unos meses después, me la encontré de frente en la calle Tallers, en una tienda de discos; y al verme me hizo un saludo agradable, con la sonrisa en los labios, como siempre que me veía; y los hoyuelos de las mejillas se le hundieron de forma caprichosa. Me preguntó cómo me iba el negocio. Respondí seriamente que muy bien, mientras me la miraba de arriba abajo. No le di conversación, me excusé con una mentira:

—Lo siento, Claudia, no me puedo entretener, tengo mucha prisa, he quedado con una chavala en la Plaza de la Universidad. —Y recalqué la palabra chavala.

Me pareció que escondía una barriga prominente debajo de la blusa, y tenía los pechos hinchados. «Quizá está embarazada» pensé, pero inmediatamente descarté aquella idea absurda. «¿Con quién se puede haber liado esta mujer, si hace cuatro días todavía estaba obsesionada conmigo? Mi hermano lo sabría... me lo habría dicho. Claro, que por la manera que le traté por teléfono, quizá no me hablará más. Quizá él le ha hecho el regalo... parecía muy animado... se ha convertido en su gran defensor. No, mi madre ya me lo habría dicho que el niño está enamorado, que se casa o que será padre. Sí, mi madre no se quedaría callada. Artur siempre ha sido el niño de sus ojos».

—Tú, Toni, serás un desgraciado, un soltero empedernido —me dijo un buen día y yo todavía no sabía por qué me lo decía. Y añadió:— tu hermano, en cambio, es diferente, él es atento, comprensivo, cariñoso, generoso con las mujeres. No le costará mucho encontrar una buena chica que lo haga feliz, ya verás, como será más feliz que tú.

—Y a mí que, madre, ¿te crees que me da envidia? Por mí se puede casar, es su vida, y yo hago la mía, y no me preocupa lo más mínimo quedarme soltero o casarme.

—Pobre la chica que se enamore de ti, ¡la compadezco!

«Sí, seguro, que mi madre no se lo hubiera llamado:

—Sabes, Toni, aquello que te decía, que tu hermano encontraría una buena chica... pues ya la

ha encontrado y está embarazada. ¿A qué esperas tú para darme nietos?

Y mi padre, enfermo como está desde hace años, la hubiera mirado, pero sin decirle nada, ya no le quedan fuerzas. Se gira de espaldas como puede y deja que la enfermera lo pinche otra vez.

Mi padre murió aquel invierno. Se fue de este mundo poco a poco. Mi madre descansó desde aquel momento, porque mi padre necesitaba mucha atención y el carácter le había empeorado desde que no podía salir al cine, al teatro, a bailar, o de viaje. Mi madre había sido siempre muy activa, y la enfermedad de mi padre le ocasionó un sentimiento de opresión que no se sacaba de encima, se veía enjaulada en su casa, prisionera de su deber moral hacia el hombre que amaba. Los sentimientos se habían ido transformando porque aquel hombre dejó de ser él mismo. Ella se había enamorado de un hombre que la llevaba del brazo por todas partes, que la exhibía por las fiestas mayores como a la mejor bailarina del barrio, y lo era, incluso había ganado algunos premios; se la llevaba a la otra punta de España por poco dinero, porque les gustaba la aventura; no pasaban ningún día de fiesta en casa, porque afuera había todo un mundo por explorar.

Cuando éramos pequeños, las salidas se redujeron, pero todavía una vez al año, nos dejaban con los tíos en Badalona y se iban unos días de viaje. Después, mi padre empezó a flaquear y la enfermedad fue debilitándolo hasta vencerlo.

Pasado el tiempo de luto, mi madre empezó a recuperar su vida social. Con unas vecinas viudas como ella, salía a merendar e iba a la playa. A mi hermano, no le parecía bien, pero no osó a criticarla, porque la respuesta de mi madre le habría hecho más mal que bien.

—No debería reprocharle al padre, que en su gloria esté, los años de cautividad a los que por piedad se condenó.

—Déjala hacer, Artur, para cuatro días que vivimos... ¿por qué le tenemos que impedir que se lo pase bien, después de tantos años de reclusión?

A Artur, le preocupaba que mi madre se volviera a enamorar y algún hombre quisiera sustituir a nuestro padre.

—¡No digas barbaridades, Artur! Si nuestra madre se enamora, muy bien hará, yo lo aprobaré. Pero a nuestro padre, nadie puede sustituirlo. Él ha ocupado en nuestro corazón un lugar que nadie nunca podrá ocupar. Estate tranquilo, además, tú ya no vives en casa, te fuiste porque querías tranquilidad, pues ahora que la tienes, déjanos a nosotros hacer nuestra vida.

—Está bien, no me meto —acabó respondiendo con cara de circunstancia.

Artur le explicó a Claudia la muerte de nuestro padre, lo supe porque ella misma me lo dijo cuando me llamó. Quería darme sus condolencias.

—Lo siento, Toni, sé cómo te sientes. Es doloroso perder a los que estimamos. Pero la vida continúa...

—Está claro, es ley de vida. Gracias, Claudia, agradezco tu interés.

No le di cuerda. Ella siguió hablando:

—No te pasas nunca por aquí...

—No, con mi hermano no me hablo mucho últimamente.

—¿Por qué no? Es un buen chico, tiene buen corazón. Se porta muy bien conmigo.

—Ya, todo lo que quieras... pero hemos tenido algunas diferencias. Bueno, Claudia, te agradezco otra vez que hayas llamado.

—Por eso estamos las amigas, si quieres hablar... ya sabes dónde estoy. ¿Tienes mi teléfono?

—No... pero ya se lo pediría a mi hermano si me hiciera falta.

—Escucha, ¿por qué no venís a cenar los dos, como aquella vez? Nos lo pasamos muy bien.

—Sí... pero las circunstancias cambian, Claudia, desde entonces han pasado demasiadas

cosas.

—Toni, me sabría mal perderte, ya hace muchos años que nos conocemos, ¿no tiene ningún valor para ti nuestra amistad?

—Sí, pero no hay nada eterno, ya se sabe, la gente se distancia, se separa, se pierde... en fin, no creo conveniente que nos volvemos a ver. No puedo compartir tus sentimientos...

—¿Sabes cuáles son?

—Me los imagino. Artur me los dijo, todavía estás enamorada de mí ¿verdad?

—Sí... no te lo puedo negar, yo no digo mentiras. Ya te avisé que yo no soy como las otras mujeres.

—Estás enferma.

—Ay, qué gozo, Toni, que todas las enfermedades fueran como esta. Para ti el amor solo tiene sentido si es correspondido. Sabes, Toni, que mi único error ha sido lo de dejar que te enteraras. No me arrepiento, de amarte como lo hago. No me entiendes, ya lo sé, pero tu incomprensión no desvirtúa mi aprecio. Y no lo entiendes, porque mi pasión es serena y volátil. Es diferente a la pasión que sentías por Adriana. Para ti, solo hay corporeidad e inmediatez. ¡Simplificas demasiado los sentimientos! Los efectos del amor en el alma son mucho más complejos de lo que tú nunca llegarías a imaginarte. No todo es tristeza, también hay placidez, fortitud, ecuanimidad.

—Si tú lo dices... Es cosa tuya, Claudia, es que además de ser terca, eres una idealista y estás muy sola. Te parece que tu vida tengo que ser yo y solo yo. Cometes un grave error, Claudia, porque yo nunca podré satisfacer tu ser, créeme, tienes que esforzarte en olvidarme.

—¿Terca? Terco tú que no me quieres dar ni un motivo.

—Aunque lo diga vas a seguir viviendo en las nubes. Bien, aquí lo tienes, Claudia: hay algo de ti que me causa repulsión, no sé muy bien qué es. No es tu físico, porque no habría tenido problema en llevarte a la cama. Es un aura que desprendes que me deja totalmente frío y sin emociones, por ti nunca sentiré lo que sentí por Adriana. Tú no eres como las otras, eres peor, porque vives en tu afán de que las cosas tienen que salir tal y como tú las quieres, y no es así, mira.

—¿Ya lo has dicho todo, Toni? Ahora, escúchame bien a mí, nunca encontrarás una mujer que te quiera como yo, te estás condenando a la soledad y tú no la resistirás tanto como yo, porque no valoras al que es diferente a ti. Eres un narcisista... y estás falto de ilusión porque no quieres luchar, te lo quieres encontrar todo hecho, y cuando te ofrecen lo que desees, lo rechazas porque no quieres reconocer tu debilidad, porque quieres ganar. No darás el brazo a torcer, pero te costará muy caro. Algún día, solo te quedará mi recuerdo.

—Adiós, Claudia, doy esta conversación por acabada. Aléjate de mí —acabé diciéndole con un tono desagradable.

—Adiós, Toni, tú y yo ya estamos bien alejados.

La conversación con Claudia me puso de muy mal humor. «¿Qué se ha creído esta mujer? ¿No tiene nada más que hacer que incordiar-me? No pienses más, Toni, en esta mujer, cree que lo sabe todo sobre el amor y ningún hombre la ha besado aún; ¿por qué será?» me dije.

Al recordar nuestra discusión, no tuve ganas de leer ninguna carta más de Claudia. Pero había dado mi palabra a Adriana y decidí leerlas a un ritmo más rápido para acabarlas bien pronto y liberarme de tal carga emocional. «Esta mujer es pesada incluso muerta». Así que desplegué el papel que contenía la sexta carta. No llevaba fecha, ni estaba firmada, pero era su letra. Quizá era un borrador y no la repetió.

Estimado Toni:

No te lamente de mi tenacidad, es una virtud que tenemos algunas personas, a pesar de que, a veces, también es un defecto, según a qué se aplique. En este caso, tú también has demostrado serlo, porque también tú te has obstinado a algo. Ya sabes de que te hablo. Si tú no aceptas mi perseverancia, yo tampoco puedo aceptar tu indiferencia. Estamos empatados, Toni, no ganas. ¿Lo ves?

Cambiamos de tema, porque si sigo así, no leerás lo que viene a continuación. Con reproches no ganaré tu confianza, bastante que lo sé. Te tengo que engañar para que me escuches, te tengo que hacer creer que ya no te quiero... pero te lo dije que no decía mentiras.

No te miento cuando te digo que me negué a mantener una relación amorosa con tu hermano, a pesar de que me rogó una vez y otra que lo quisiese como a ti.

—No, quizá en un tiempo, Artur. Te aprecio mucho, de verdad, pero ni puedo ni quiero estimarte en este momento.

Y entendí, entonces, qué sentías cuando te lo pedía yo. Es tu hermano, te habría parecido que lo hacía por despecho, lo habría hecho sufrir, porque tú ocupabas mi corazón y él te quería ganar. No te tenía que vencer él, tenía que ser yo, pero ni él ni yo podíamos.

Artur me iba detrás todo el día, me lo encontraba siempre por la escalera, me llamaba continuamente... no te quise decir nada, sabía que vosotros no congeniabais. Decidí desaparecer unos días. Ramón me dio la oportunidad.

—¿Quieres venir conmigo a Ámsterdam? Tengo que ir por negocios. Allí alquilaremos un coche y lo conducirás, ¿te ves capaz?

Me vino como anillo al dedo, no tuve que pensarlo mucho rato.

—Por supuesto, te acompaño.

Él sonrió, se husmeó que huía de algo. Y fuimos en avión, pero en el aeropuerto alquilamos un coche y me puse al volante sin tener demasiada seguridad de hacerlo bien. Recordé que mi madre me decía que en esta vida todos podemos ser aquello que queramos, que el único obstáculo somos nosotros mismos.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté.

—Es un dicho popular, pero es cierto. Si tienes seguridad y confianza, conseguirás todo lo que te propongas.

En Ámsterdam no había estado nunca, desconocía las calles, las carreteras, pero me dejé llevar por el sentido común. También me lo decía mi madre: «hija, con educación y sentido común, puedes llegar a todas partes, preguntando se va a Roma». Quizá tenía razón, era el momento de probarlo. Mi problema era el desconocimiento del idioma. Ramón me había preguntado si sabía inglés y me había dado vergüenza decirle que sabía muy poco.

—Lo chapurreo —le respondí, pero no pude mirar sus ojos grises y redondos. A mí me gustaban más tus ojos negros, Toni, no escondían lo que eras.

—Está bien, yo lo domino bastante —me contestó—, si tenemos que preguntar una dirección

ya te ayudaré, no sufras. ¿Cómo es que no sabes? ¿No te enseñaron al instituto?

—Sí, pero de esto ya hace tantos años... además, en aquella época, aprendíamos gramática, vocabulario, pero práctica oral no hacíamos casi y los idiomas se aprenden de otro modo.

—Tienes razón, yo lo aprendí, porque mis padres me hacían ir a los veranos, durante toda mi infancia y mi adolescencia a York, con unos primos. Allí aprendí mucho. Es lo mejor que hay, tener que aprenderlo en el país de origen por necesidad de comunicarte. Un hermano de mi abuelo se fue después de la Guerra Civil, se instaló y se casó con una inglesa, los hijos todavía hablaban español, pero los nietos ya lo han perdido. Prácticamente solo hablan el inglés. El tío me hace traer libros en castellano cada verano para que lean y aprendan, pero mis primos no muestran mucho interés por nuestra lengua. Creen que con el inglés ya tienen bastante.

—Qué lástima, podrían conocer dos lenguas —dije yo.

—Sí, desprecian la pluralidad lingüística y cultural... son un poco fascistas. Son unos creídos. No me gustaba ir a allí, me sentía el pariente pobre, a pesar de que en mi casa teníamos más dinero que ellos; ya me quejaba yo, pero el padre no me escuchaba y decía que no podía perder la oportunidad de aprender bien otro idioma y que la vida allí me enriquecía, porque era diferente. Se tiene que aprender de la gente que es diferente a nosotros, tienen otra manera de pensar y hacer.

—Tenía razón tu padre, seguro que te vino bien.

—No lo niego, pero más de una vez habría cogido la maleta y me habría vuelto enseguida. No soportaba que me trataran como al pánfilo de la familia.

—Pues pienso que tú debías de ser más listo que todos ellos...

—Gracias, Claudia, eres muy amable.

En Ámsterdam, lo llevé de un lado a otro, por la tarde teníamos tiempo de sentarnos en una cafetería ante uno de los canales y disfrutar de la serenidad del paisaje. Las bicicletas junto a los puentes, los pequeños patos y barcazas que flotaban en el agua verdosa del canal, las nubes, que habían cedido lugar al cielo azul donde se apreciaban las cúpulas de las iglesias, todo ello invitaba a la placidez y al diálogo.

Compartimos la habitación durante los cinco días que estuvimos, porque la pagaba él. La comida también. Además, me daba para la gasolina. Ramón es muy generoso. Nos comportábamos como dos hermanos. Nos fuimos tirando confianzas, nos explicamos la vida entera, y nunca dejé de sentirme segura junto a él, nunca vi peligrar mi integridad. Conté con detalles mi amor no correspondido y sorprendentemente, porque de un hombre no me lo esperaba, me comprendió más que tú, que tu hermano, que mi propia familia. Entendió porque me resistía a olvidarte, me animó a continuar siendo fiel, puesto que se lamentaba de no disfrutar de un amor así fuera platónico.

—Ya es demasiado tarde —dijo—, no me enamoraré, me he hecho grande, me da miedo la dependencia.

—No te tiene que dar miedo, Ramón, es buena, no te hará ningún mal.

—Pero... a ti te lo hace, ¿no? ¿No te carcome que Toni no te valore y se comporte así, como un auténtico mal educado? ¿no sufras? ¿No te hiere el orgullo, en el fondo de tu corazón?

—Sí, a veces, pero no me hace rendirme, le perdono todo lo que me dice. He intentado olvidarlo repitiendo sus palabras groseras una vez tras otra, se me escapan las lágrimas cuando las pienso, me hago pequeña, y entonces, como el fénix que renace de sus cenizas, cuento atrás y recobro la paz que me provoca mi sentimiento, y recobro el diálogo tierno y dulce que mantengo mentalmente con él. La imaginación suple la realidad.

—Perdona que te lo diga, Claudia, pero ¿no te engañas?

—Sí, es un engaño consciente y deseado, es el engaño de la vida. Sin él, me siento a morir, lo

necesito como el aire que respiro.

—Y los otros hombres, ¿no tienen ninguna oportunidad?

—La tienen, claro que sí. Mi corazón no descarta nadie por adelantado, pero mientras no llegue ese alguien... quizá no llegará nunca, eso es lo que me temo, que he nacido y he venido al mundo para amarlo a él.

—Y a mí, ¿me podrías amar como a él?

—Como él... no, a ti te querría de otro modo.

—Pero ¿podrías quererme y darme un hijo? ¿Te lo has pensado?

—Todavía no te puedo dar una respuesta, necesito más tiempo. Es una decisión muy difícil.

—Lo comprendo, piénsalo todo el tiempo que haga falta.

Al volver de Ámsterdam, tuve que ir al ginecólogo, hacía días que tenía un dolor constante al bajo vientre. Te lo explicaré otro día. Tengo que dejarte ahora, ya es tarde, la luna está llena, ilumina toda la calle, pero el reloj marca las doce de la noche. Tú, como siempre, eres mi último pensamiento del día. Buenas noches, amor mío.

## 12

Tenías razón, Claudia, no puedo entender de ninguna forma tu amor y acertabas de pleno cuando me decías que también yo me quedaría solo. No te creas, en algunos momentos te he envidiado por la capacidad de imaginar un amor irreal que te ha hecho feliz algunos instantes; pero no me harás creer que es mejor un amor así que uno correspondido. Tuve otras pretendientes, no lo supiste nunca, ¿no, Claudia? Mi desdicha me ha perseguido desde que te conocí. Aitana me utilizó, Adriana me abandonó, Lola se cansó, y después conocí a Clara...

Clara era una chica bella, ya lo sabes que le doy importancia a la presencia física, pero no es lo todo... la conocí en el bautizo del hijo mayor de Miquel y Xènia. Era prima de Xènia. Me gustó solo con verla, pero fue ella que se me acercó. Se lo trabajó bien para pedirme el teléfono, todavía no sé cómo lo consiguió, porque no te creas que se lo daba a todas... Da lo mismo, aquella chica era más lista que yo, porque sin darme cuenta, mientras miraba sus pechos exuberantes, y hablaba como un bobo, lo reconozco, me comprometí a ayudarla a hacer el traslado de sus muebles a su piso nuevo. Lo había hecho por mi hermano, ¿por qué no por aquella chiquilla de ojos verde de buen ver? Al día siguiente acordamos la hora más adecuada para hacer el traslado. Fui a su casa con el coche. Cargamos un montón de maderas y cajas llenas que pesaban más que un muerto.

—¿Qué traes aquí, niña?

—Libros.

—Caray, debes de leer mucho...

—Sí, siempre me ha gustado mucho leer, ¿a ti no?

—No, no soy aficionado, me gusta más ver películas.

—A mí también me gusta el cine. Ahora están reponiendo *Solas*, me han hablado muy bien... podríamos ir.

—Estupendo —le dije yo—, ¿por qué no? Yo te invito.

Después de haber subido el cargamento tres pisos, porque no había ascensor, me invitó a tomar una cerveza fresca.

—¿Por qué no te das una ducha, y después te tomas una cerveza?

—Ya me iría bien. Estoy sudando. Hace calor y son tres pisos...

—Claro, hombre, por eso te lo digo, mira, ven, te das un baño, aquí tienes las toallas, el gel, el champú, tú mismo... Después vamos al cine, ¿qué te parece?

—Me tendré que cambiar, mejor que pase por casa, me duche allí y me cambie de ropa.

—Está bien, como quieras.

—¿Quedamos a las siete?

—Sí, a las siete te espero.

Ella llevaba la iniciativa, y lo hacía de una manera que me vi diciéndole que sí a todo durante un mes. Durante ese mes, hice de carpintero diversas veces y lo hacía con satisfacción, porque disfrutaba de más de una oportunidad de tocarle el culo o los pechos colocando este mueble o esta caja en este rincón o en aquel. Su simpatía me abrumaba, no me di cuenta de que me hacía ir por dónde ella quería. Cuando tuvo todo el piso arreglado, me dijo que nuestros caracteres no

congeniaban. Me lo dijo después de darme un beso intenso de agradecimiento en los labios, y me quedé sin saber qué decir. Quizá contesté que me había gustado hacerlo, porque dio una carcajada sonora y me cerró la puerta en las narices. No me la abrió nunca más. Ni siquiera cuando reformó el piso, debió de encontrar otro bobo. Tampoco yo insistí.

Otras pretendientes, los nombres de las cuales ya he borrado de mi memoria y de la agenda de teléfonos, me han durado de seis meses a un año; cuando quieren ir en serio, me viene un tipo de angustia, de la cual no me sé salir, y me doy cuenta entonces de que no me convencen. Después de besuquearlas y haber metido mano hasta donde me han dejado, les digo que no puedo corresponderlas, que mejor dejarlo, que quizá dentro de un tiempo. Y ellas me responden que soy un cerdo y no les puedo llevar la contraria, les digo que quizá tienen razón, pero que lo siento y que la vida es dura. No siempre nos salimos con la nuestra y ya se sabe que las cosas que no dependen de nosotros, a veces, no salen bien, que encontrarán a otro mejor y me responden que eso seguro. Las dejo casi mascullando en medio de la calle y no vuelven a verme.

En definitiva, Claudia, ya lo ves, no he sabido mantener una relación seria con una mujer durante mucho tiempo. Ahora que estás muerta y no me escuchas, en el silencio de esta soledad que me predijiste y me resulta muy triste, puedo reconocer que quizá tienes razón que soy un inmaduro. Pero que no me escuche nadie más, porque no quiero ser juzgado, y solo te lo digo a ti, que mi madre también tenía razón, porque ambas me conocíais demasiado y me arrepiento mil veces de no haberos escuchado más y, en fin, ya no tiene remedio, y no podemos volver atrás, porque el tiempo y la muerte no perdonan; y ahora has sido tú, pero también me llegará a mí el día. No sé si es verdad que vamos al cielo y que ya nos encontraremos allí, porque no me lo he creído nunca, pero si es verdad, me comprometo a ser más atento y servicial con vosotras dos y espero que me perdonéis, y si no, lo comprenderé.

Sin embargo, tu devoción continúa siendo incomprensible para mí, porque no entiendo cómo me lo has podido perdonar todo y has sido tan constante, tan fiel. Indudablemente, has sido la persona más tenaz que he conocido, ninguna otra mujer ha luchado tanto como tú por un amor que no te podía satisfacer plenamente, porque el vacío que te dejaba la no correspondencia, por más que lo llenaras de sueños, Claudia, era un agujero que te hundía. Pero me doy cuenta de que no soy nadie para juzgarte, y, si este amor tan extraño que profesas te proporcionó instantes de felicidad, pienso que valió la pena, que tenías todo el derecho de soñar, a pesar de que me resulte ininteligible. Si no hubiera sido tan terco podría haberte dado esa felicidad y hubiéramos sido muy felices, y ahora no estaría tan solo.

Tocando otro tema, yo también viajé a *Ámsterdam*, por trabajo, no de vacaciones, ya me habría gustado estar más días por allí y pasearme por las calles de los canales sin prisa.

Nunca había salido del país, subí por primera vez al avión y me gustó la experiencia. Decidí, desde aquel momento, que en verano iría unos días al extranjero, todo y sin saber el idioma... «A la aventura, iré a uno de estos viajes organizados que montan y a ver qué pasa». Efectivamente, aquel verano fui a *Turquía*.

En *Estambul*, de camino desde el hotel *Kariye* a *Santa Sofía* con taxi, viví una de las experiencias más desagradables de mi vida. Cuando pasábamos por la calle *Fevzi Pasa* el coche se paró en medio de la calzada. Un individuo que llevaba en las manos un tipo de sable se paró ante nosotros; el taxista tuvo que frenar de golpe y le insultó en una lengua que evidentemente no entendí, pero el individuo no le hizo caso. No se apartó, se nos acercó todavía más, cerramos todas las puertas por dentro, el taxista intentó decirme en inglés que probaría de arrancar y salir por puertas de allí, pero no estoy seguro de que dijera eso, porque yo el inglés no lo he dominado



nunca, así que le dije «yes», para responder algo, porque estando espantado como estaba al ver aquella arma tan gorda y tan brillante cerca de mí, no se me ocurrió decir otra cosa con sentido.

El individuo nos miraba fijamente, mostrándonos primero el borde convexo de la hoja del arma, y, después, sin darnos tiempo a reaccionar, la lanzó hacia el coche. El taxista subió enseguida su ventana, yo hice lo mismo, empecé a decirle al taxista «¡Arranque! ¡Venga!» Mientras tanto, el individuo se sacó un objeto pequeño del bolsillo, lo escondió atrás y antes de que la ventana del taxista hubiera llegado arriba, lo tiró con mucha fuerza y entró dentro del coche. Insistí, «¿Por qué no arranca? ¡Nos matará este tío!» El taxista no ponía el coche en marcha, no decía nada, pensé que el mismo miedo lo impedía moverse. Entonces me di cuenta de que estaba muy quieto y con la cabeza en un lado.

Empecé a ver la sangre que resbalaba por el asiento. El taxista había muerto, y aquel loco todavía estaba allí, mirándome, dando golpes en el coche, intentando romper el vidrio, pasé al asiento de delante, como pude desplacé al taxista muerto y me puse al volante. Nadie más pasaba por allí, estaba solo, y el taxista con un tipo de puñal clavado en la garganta. Yo no sabía conducir, nunca he aprendido, pero en aquel instante, era urgente hacer memoria e intentar poner en marcha aquel motor, huir como fuera de aquel infierno. Al final, después de unas sacudidas, conseguí arrancarlo y marchar, él se me puso delante, me tiró piedras contra el parabrisas, pero no llegó a romperlo.

Tenía miedo de que me tocara una rueda y que me la reventara, entonces sí que estaba ya perdido, casi lo atropello, pero salí de allí. Me fui a la policía. Les expliqué, como pude, lo que había ocurrido, hablando de mala manera el inglés mezclado con castellano, no me entendían, solo vieron al taxista muerto, y me hicieron muchas preguntas dentro de un cuartito con poca luz.

No nos entendíamos de ninguna forma, me sentía acusado siendo del todo inocente; finalmente, vino un intérprete, tradujo todo mi discurso y entonces me dejaron ponerme en contacto con el guía del viaje. Vino al cabo de una hora, estuvo hablando con la policía. Se aclaró todo después de haber estado medio día en la comisaría, me hicieron firmar mi declaración y me dejaron marchar. No me quedaron ganas de ir a ver la mezquita, pero el guía me acompañó, intentó animarme y me fui recuperando del mal trance, sin embargo, ya tenía ganas de marchar del país. Aquella noche estuve tentado a llamarte, pero me daba miedo mostrarme débil ante ti.

¿Por qué te he contado esto, Claudia? Supongo que quería sacármelo de dentro, porque al llegar en Barcelona, no se lo dije a nadie, ni a Miquel.

—Qué, ¿cómo te ha ido por Turquía?

—Bien, bien... —no tenía ganas de explicar mi experiencia. Me lo quería quitar de la cabeza tan pronto como pudiera.

Yo soy así, no acostumbro a exteriorizar mucho mis problemas, mis desazones; solo cuento cosas agradables. Ya lo sabes tú, cuando salíamos, siempre hablabas tú más que yo, siempre has sido más conversadora que yo, en cambio, a mí me cuesta mucho. Podría estar horas en silencio, y ya me lo dice a veces Miquel:

—¡Siempre igual!, ¡que aburrido, no me cuentas nada!

Ya me conoce, me lo deja pasar, no me fuerza. Algunos días tengo más ganas de explicar anécdotas u otros sucesos de mi vida, pero a menudo es él quien me habla de su casa, de la mujer, de los hijos, de la mili, de muchos temas, y yo me limito a seguir la conversación.

Ya es extraño que después de tanto de tiempo haya pensado en esto, Claudia, quizá tenía la necesidad de contártelo finalmente, ya que aquella noche no tuve valor... pero no me puedes reconfortar, no me puedes contestar. Qué lástima, no escogemos los momentos adecuados para

decirnos las cosas. Te habría gustado que te lo contase uno de aquellos días en los que nos encontrábamos en el Café Jamaica. Te gustaba saber todo de mi vida, porque yo era tu tema predilecto. Sobre mí habrías hablado horas y horas, a cualquiera, aunque fuera un desconocido. En cambio, si fuera por mí... nadie habría sabido que existías y todavía menos que te debías a mí, que era yo tu primer y último pensamiento del día. No me explico cómo siendo tan desconsiderado contigo, me has querido durante tanto tiempo, todavía no lo entiendo, quizá cuando haya acabado de leer estas cartas...

Barcelona, 25 de marzo de 1991

Estimadísimo Toni:

Ya las flores del jazmín están a punto de brotar, los nidos están llenos de golondrinas que revolotean, y se está fundiendo el hielo de las cordilleras, ¿no te dice nada todo esto? Sí, Toni, ya es primavera. ¿No se te llena el corazón de júbilo? Ay, Toni, el invierno está siempre presente en tus pensamientos. Bastante que lo sé, Toni, que llevas dentro de ti la escarcha, ¿no lo ves, Toni, que la calidez te perjudica? Cómo me habría gustado verte romper esa coraza de hielo.

Toni, mi vida es ya solo un flujo continuo de recuerdos y deseos incompletos. Un muro demasiado grueso, infranqueable que no me permite seguir adelante, casi no me permite soñar más si no es dolorosamente, con desazón. Hasta yo, en alguna ocasión, fallé e intenté sustituirte. Está bien, recordaré, cuanto menos, mis sueños pasados, los reviviré como si fuera ayer, hasta que las estrellas se desvanezcan y se lleven mi miedo y también las nubes negras de tormenta que se enquistan dentro de mí irremediamente. Y, de paso, me llevarán a mí, como el ladrón que se lleva una joya de mucho valor; hacia el escondrijo al cual todos llegamos, más tarde o más temprano, con desagrado. El escondrijo donde descubrimos que nuestros sueños se han roto.

¿Sabes cuál ha sido el mío, Toni? Ya te lo imaginas, ¿no? Besarte y mimarte hasta hacerte perder el sentido, aun en tu individualidad. Entonces, sí; se habría fundido tu hielo en medio de la afectuosidad de mi corazón. No ha sido así... la realidad es muy diferente al sueño, no me has otorgado este capricho vanidoso. No te he vencido, a pesar de mi tenacidad.

Ay, Toni, los sueños dan alas, y he podido levantar el vuelo por encima de las tristezas que presiden la más cruel evidencia. Y ahora te explicaré qué sueños he tenido, porque esto todavía me reaviva el alma.

He soñado que, cogidos de la mano, paseábamos bajo los pinos del Parque de la Ciutadella, que tú dabas de comer a los patos del lago y montábamos en una de las barcas, entonces tú remabas con un gracioso movimiento hacia delante y hacia atrás, atrás y adelante, y yo me moría de risa. Te veía fuerte y seguro, no nos encallábamos como los otros, tú lo hacías perfectamente, como un auténtico profesional, no perdías el rumbo, porque tenías muy claro tu destino. Y yo también lo tenía. Remabas recto y sin ningún esfuerzo, mientras yo te observaba los brazos, las manos, el rostro, el torso, me parecían maravillosos, únicos, porque eran tuyos. Los cisnes se acercaban a nosotros, les tocaba suavemente la cabecita y no se alejaban, entonces dejabas los remos y me hacías una foto.

—Inmortalizaré este instante de dulce serenidad —me decías con una sonrisa.

Yo me acercaba y te daba un beso largo, intenso, y me abrazabas, y nos olvidábamos de los remos, de los cisnes, de los sauces llorones, y nos dejábamos transportar hasta un lugar donde solo estábamos tú y yo y el aleteo de los pájaros, y entonces nutridos de tanto amor, me decías:

—Te compraré un canario.

—¿Por qué?

—Para que lo cuides como a mí.

—Ay, no, Toni, un pájaro no.

—¿Por qué no?

—Porque se muere.

—¿Y yo no?

—No, Toni, tú nunca, al menos mientras vivas en mi corazón. Primero me moriré yo. Y pues, ¿quieres que lllore tu muerte?

Entonces me despertaba con lágrimas a los ojos y con un dulce sabor de miel de mandarina en mis labios saciados.

En otro sueño nos cogíamos del brazo bajo la lluvia y corríamos por las Ramblas mojándonos los pies y armando escándalo. Nos escondíamos por los callejones hasta el barrio gótico y nos guarecíamos en los claustros de la Catedral, donde nos dejábamos seducir por el aroma de la tierra mojada.

—¿Verdad que te gusta, Toni, este olor?

Y amorosamente me respondías con un largo beso, a finales del cual me agarrabas de la mano y nos íbamos a la cafetería de la calle de Petritxol. Nos calentábamos con un chocolate caliente. Tú sumergías una rosquilla poco a poco en tu taza. Nos dábamos a probar el chocolate el uno al otro, dábamos sorbos con delirio hasta chuparnos los dedos. ¡Pero qué bueno estaba! Y la gente nos miraba, y nosotros sin vergüenza nos besábamos hasta las cucharillas.

Cuando estuve en Sevilla, con la intención de ir a visitar mi hermana, cosa que finalmente no hice, me imaginé que nos casábamos a la Catedral, nos hacíamos fotos ante la Giralda, paseábamos vestidos de novios por el parque de María Luisa y por la Plaza de España, y después de perdernos por los callejones del barrio de Santa Cruz, donde degustábamos unas tapas, navegábamos por el Guadalquivir hasta que la luna llena nos confundía y por la mañana, nos encontraban dormidos y con rostro feliz encima de la cubierta del barco.

Esto fue después de que el ginecólogo me dijera que mis dolores en el bajo vientre se debían a un quiste enorme en el útero.

—Te lo tenemos que extraer —me dijo—. Pero, antes de eso, piensa una cosa detenidamente.

—¿Cuál? —pregunté ingenuamente.

—Si quieres ser madre, tendrá que ser en los próximos años, antes de que este quiste vuelva a salir y en mal sitio —me respondió.

—Pero, un hijo no se compra como a un champú, y yo no tengo pareja... ¿de dónde quiere que lo tenga?

—Te podemos hacer una inseminación.

—Ya, así de fácil, yo quiero que mi hijo tenga un padre.

Y me fui a Sevilla, quería que mi hermana me ayudara en un momento tan difícil, pero me desdije, no lo sé, preferí, una vez allí, pasarlo a solas, y así lo hice.

Me operé y transcurrieron unos meses horribles para mí, hasta que no me recuperé del todo. No podía trabajar.

—Olvídate del taxi durante una temporada.

—Y ¿cómo me gano la vida?

—No tienes seguro?

—Sí, por supuesto, pero no me cubrirá el cien por cien de todo el tiempo que esté de baja.

—Ya verás que todo saldrá bien —me dijo el médico.

—¡Que sabrá usted!, Si está forrado, ¡como todos los médicos!

Se lo conté a Ramón y se ofreció para ayudarme en lo que fuera.

—Si necesitas dinero, dímelo, de verdad, me gustaría ayudarte, solo me tienes que llamar al móvil.

—Gracias, supongo que podré apañarme, tengo algunos ahorros.

Después de la operación, Ramón me vino a ver a menudo, pensé que lo hacía porque tenía interés en que volviera pronto a conducir, pero me prodigaba unas atenciones poco profesionales y me di cuenta de que aquel hombre, todo un ejecutivo, rico, con clase y elevada cultura, se estaba enamorando de mí, de una pobre taxista de clase baja, sin muchos estudios, sencilla.

Solo podía ofrecerle mis servicios de taxi a cambio de un sueldo generoso que me permitía comprar de vez en cuando cien gramos de salmón ahumado para cenar, porque a los pobres nos gusta también la buena comida.

Ramón me traía flores, a veces cocido, bombones, y yo le decía que no hacía falta todo aquello, que tu hermano Artur, el día que llegaba temprano a casa, me subía el pan y me hacía unos bocadillos para salir del paso.

—Te tienes que alimentar bien —me decía.

—Artur, qué bien me hace tu amistad y qué poquito te pareces a tu hermano.

Tu hermano se enteró de que estaba enferma por una vecina. No sé si te lo llegó a decir. Extrañado porque hacía días que no me veía, preguntó a la del bajo.

—¿Qué sabes de Claudia? Que no la veo.

—¿No lo sabes? Pobreta, la han operado.

—¿De qué?

—De un quiste en el útero, pero no es malo, menos mal, pobre ¡qué susto!

Tu hermano se angustió mucho y el primer día que estuve en casa me vino a ver. Es muy servicial tu hermano, Toni, más que tú, siempre ha sido muy atento y cariñoso conmigo. Cuando veía subir a casa a Ramón, tan bien vestido y con las flores en la mano, tu hermano ponía mala cara y le preguntaba a qué piso iba.

—Voy al tercer piso, a ver a la señorita Claudia.

Yo escuchaba la conversación desde arriba y después cuando me venía a ver lo regañaba.

—No ves que es mi jefe, que me paga para que lo lleve con el taxi a todas partes, haz el favor de no tratarlo así, es todo un señor y, por cierto, muy amable: porque, ahora que no puedo trabajar, me viene a ver igualmente y me trae regalos.

—¿No ves sus segundas intenciones? —me contestaba.

—Veo un buen amigo. Tanto como tú, Artur.

—Si salieses conmigo nunca más volverías a pasarlo mal por el dinero ni tendrías que ir mendigando a un empresario que no tiene ni idea de cómo se vive por aquí.

—Escucha, tú no eres nadie para hablar así de él. ¿Queda claro? Yo os aprecio a los dos, pero si no le hablas con más educación, tendré que cerrarte la puerta y no te hablaré más. No puedo permitirme quedarme sin este trabajo.

—Eso no me lo hagas, Claudia, eso no. Te lo prometo, ya lo trataré mejor...

—Está bien, además ¿qué debe de pensar él de ti? No eres ningún ignorante para comportarte así, como una criatura celosa.

En aquellos momentos tan horribles de mi vida, me animaba saber que dos hombres me estimaban; pero me apenaba que ninguno de los dos fueras tú, a ti te necesitaba más que a ningún otro, pero estabas lejos de mí, entre los dos había un abismo, ni yo te podía llamar para decirte «te quiero, ven, te necesito»; ni tú me podías llamar para decirme «Claudia, lo siento, estaba equivocado, de ahora en adelante todo será diferente».

Ramón se quedaba a cenar y me hacía compañía hasta media noche.

—Y tu madre. ¿No te pregunta a qué sales tanto?

—No, me deja hacer lo que yo quiera. Piensa que salgo al teatro o a las fiestas que las hijas de sus amigas organizan.

—¿Y después no se entera de que no has ido?

—Sí, porque las madres quieren presentar a sus hijas y no pueden, pero me invento cualquier excusa... no me puede controlar.

—Pero, Ramón, no entiendo por qué con la edad y el dinero que tienes, continúas en casa con tu madre. Te tienes que casar con la mujer que ames, sea de la condición social que sea...

—Contigo, me casaría...

—No hablaba de mí, ya sabes que yo te aprecio, pero eres mi jefe, eres mucho para mí, y puedes ser mi amigo, pero de aquí a...

—¿Te has pensado aquello de darme un hijo?

—Sí... pero ahora ya sabes que no es el momento más adecuado de hablar, me debo recuperar y tardaré meses. Hasta el año que viene, no me puedo plantear nada. De todas maneras, ya te dije que no puedo hacer el amor con un hombre que no quiero.

—¿Lo harías con Toni?

—Toni... es la luz de mis ojos, haría cualquier cosa que él pidiera, con él iría al fin del mundo.

—¿Y qué tengo que hacer yo para que me quieras como a él?

—No lo sé, Ramón, a eso no te puedo contestar... Ahora estoy pasando por un mal momento, no te puedo dar esperanzas. Soy honesta, no te puedo decir si el día de mañana te podré adorar como, por ejemplo, lo adoro a él, no te lo puedo decir.

—¿Me dejas, sin embargo, venirte a ver, cuidarte, hacerte regalos, estimarte en silencio, si hace falta, Claudia?

—Ramón, me temo que, dada tu condición económica, social y cultural, puedes aspirar a una chica mejor que yo, más apropiada. Una mujer que satisfaga también a tu madre. Te conviene una chica que huela a perfume francés, no a gasolina y lejía. Una mujer que pueda lucir las joyas y los abrigos caros que le regalarás, que sepa usar los cubiertos cuando coma marisco en un restaurante caro... Tienes derecho a ser feliz en tu ambiente.

—¿Quieres decir una de aquellas mujeres enjoyadas que hacen obras de caridad y beneficencia por ocupar su tiempo y tener limpia su conciencia? Y que no tienen nada más a hacer que pasarse horas dándose un baño de sal, o ir a exposiciones y conciertos con las amigas, ¿una mujer así quieres que tenga?

—Hombre, eres un exagerado, seguro que no todas son iguales... Me sabe mal que pierdas tiempo con una taxista, Ramón, conmigo no te podrás casar nunca.

—Si tú estuvieses convencida, podría convencer a mi madre o todavía mejor, podríamos huir los dos.

—Ves demasiadas películas, Ramón, en la realidad, las cosas son de otra manera. Tú tienes un buen trabajo, un buen estatus, y tienes que buscar la felicidad en tu ambiente, si no, más tarde o más temprano, lo echarás de menos, te arrepentirás. No puedes huir ni lo tienes que hacer. Entre tú y yo solo puede haber una relación profesional, amistosa, hazte la idea.

—¿Sabes por qué me gustas, Claudia?

—¿Por qué?

—Pues, porque tienes las ideas muy claras, sabes lo que quieres y luchas para conseguirlo, porque eres sencilla y sincera, honesta ¡y conduces muy bien!

—Gracias, Ramón, por halagarme, por tener tan buen concepto de mí, pero debe de haber más chicas así. Lo que pasa es que te cierras en banda y no las ves...

—Solo te veo a ti y me sirve.

—Estás equivocado, Ramón.

—¿Y tú, Claudia? ¿No te equivocas amando a aquel atontado de Toni? Ese indeseable maleducado que ni se ha dignado a llamarte para preguntarte cómo estás.

—Quizá no lo sabe...

—¿No dices que el otro atontado del primer piso es su hermano? Debe de ser cosa de familia, porque tu vecino es igual de maleducado.

—Sí, es su hermano, pero ellos no se hablan mucho, siempre se pelean... Pero no hables así de él, ni de su hermano, es un buen chico, me ayuda también y habla así contigo, porque también me va detrás.

—¿Cuántos pretendientes tienes?

—¿Para qué me sirven? Si yo no les correspondo.

—Los dos erramos, ¿te das cuenta? ¿Por qué nos gusta siempre el fruto prohibido?

—Porque es el más apetitoso.

—Ya lo puedes decir bien, Claudia, qué complicados somos.

—¿No lo sabes bastante, Ramón!

Me fui recuperando poco a poco y Ramón no dejó de intentar conquistarme con regalos y cumplidos que me halagaban y a la vez me entristecían porque no procedían de ti. Cualquiera otra mujer habría accedido a su amor, al bienestar que prometía. A mí, me daba pena, porque yo podía entender mejor que nadie sus sentimientos de frustración, yo misma los sufría; podía entender perfectamente su necesidad de verme, su obsesión por hablar conmigo, sus caricias... Y yo me dejaba hacer, no rechazaba su amor, deseosa de corresponderlo un día. Su ilusión, su esperanza, eran las mías, pero el objeto de nuestro afecto no era el mismo, y me hacía sentir culpable a veces, porque algo me decía que lo engañaba, que le daba alas sin querer, mientras imaginaba que aquel caballero que me mimaba, que me decía palabras dulces y se desvivía para complacerme eras tú.

Y me sentía mal porque no comprendía que también estaba locamente entregado a mí y yo no estaba de cuerpo y alma, porque en él te veía a ti cuando subía por las noches para darme un beso, y al cerrar los ojos, tu olor me invadía y era tu voz la que me hablaba al oído y eras tú que me mordías con ternura el cuello y me hacías cosquillas con la suavidad de una pluma. Eras tú quien me ayudaba a ponerme el pijama y me acariciaba sin descanso.

Pero tú no me llamaste nunca para preguntar por mi salud, ni te dejaste caer caprichosamente por el barrio para coincidir conmigo, por casualidad, en la cola de la frutería. La operación me había dejado muy afectada psicológicamente pues me vi condenada a una vida de sentir, solamente en sueños, la calidez de unos brazos que te protegen. El ardor de las manos que te dan placer. El regusto salado que dejan los besos robados a destiempo. No podía hacer el amor con ningún hombre al que no amara, así que lo que hacía era agradecer las atenciones recibidas.

Ramón nunca me vio desnuda hasta que decidimos tener un hijo, porque le estaba agradecida por todo lo que había hecho por mí. Porque me había cuidado y me había mantenido durante aquellos meses. Los sentimientos, se transformaron con el tiempo. Y, además, Ramón era muy variable.

—¿Lo has hecho por amor, Ramón? ¿O para que te dé el hijo que quieres, y después, cuando tengas la criatura, te vayas y te olvides de mí?

—No, Claudia, te amo de verdad, y si no quieres hacer el amor conmigo, lo comprenderé,

bastante que te has dejado cuidar y no tenías la obligación. Te he respetado, porque sé que no soy yo el objeto de tu amor —me dijo.

—¿Lo sabes? ¿No te has engañado? —le pregunté con remordimiento de conciencia.

—No, Claudia, pero me has dejado estar contigo, he disfrutado, créeme.

—Ramón, eres un hombre muy especial... otro no lo habría permitido, me habría forzado, me habría olvidado... Estoy dispuesta a darte un hijo. El ginecólogo me ha dicho que me conviene, así que hagámoslo.

—¿Y después? —me preguntó él, esperanzado que le contestara con un «sí, nos casaremos».

—Te llevas nuestro hijo y edúcalo lo mejor que sepas.

—Pero tú, ¿serás su madre y lo abandonarás?

—No me puedo hacer cargo. Yo tengo que trabajar todo el día, tú le darás una educación mejor, llévalo a un buen colegio, cómprale todo lo que necesite...

—Ahora, Claudia, me has matado, no te entiendo, de verdad. Creía que accedías a darme el hijo y a ser mi mujer.

—No, tú no vendrás a vivir aquí. Tu madre te desheredará si lo haces... No quiero que lo haga por culpa mía.

—Olvídate de ella. No tiene por qué saberlo.

—¿Quieres decir que llevarás una doble vida? Te cansarías pronto. Venga, Ramón, sé realista, no puedes irte de casa así como así, ni quieres. Y serías un bobo si lo hicieras. Ni yo puedo ir a tu casa; tu madre me echaría así me viese entrar con los pantalones de algodón y la blusa del mercado, ¿qué quieres hacer? Tu hijo no se puede quedar aquí.

—Pero, Claudia, los niños necesitan una madre, es insustituible.

—La tendrá, hasta que tenga edad suficiente... entonces, marchará.

—Pero no lo entiendo, ¿no lo amarás como se ama a un hijo? Lo habrás traído al mundo, lo habrás criado, y ¿después te desharás de él? Ahora eres tú, Claudia, la que no entiende, eres una buena mujer y no te podrías deshacer de tu propio hijo. ¡Ni yo lo permitiré! ¿Quieres causar un trauma a nuestro hijo? Él también te querrá a ti. Si piensas así... me desdigo, no he dicho nada, no quiero tener ningún hijo en estas condiciones.

—Entonces, Ramón, ¿qué propones? ¿cómo lo haremos?

—Lo tendrás tú, hasta el día que él mismo decida marchar... Le ofreceré ir a un buen colegio, a la Universidad extranjera que quiera. Tendrá el mejor trabajo que desee, pero si se quiere quedar contigo, no lo impediré. Yo vendré a visitaros tanto como pueda, mi madre no sabrá nada, y haremos la vida familiar que sea posible. Te pondré una niñera para que te ayude, si quieres te encontraré otro trabajo. Y si crees que esta casa es pequeña, te compraré una más grande. No quiero que os falte de nada, ni a ti, ni al niño.

—Está bien... Ramón, tengamos al niño. Después sobre la marcha, ya veremos qué pasa, se me hace difícil hacer planes, esperamos a que el niño nazca y vemos, ¿de acuerdo? Tenemos nueve meses para hablar, para preparar su futuro, no nos precipitemos.

» Me parece que todo esto es extraño, yo no me quiero casar contigo, no lo sé muy bien por qué, pero no lo veo viable, además, todavía quiero a Toni, no te puedo mentir, pienso en él, y en cambio, siento por ti un afecto que no he sentido por nadie más. En cuanto a nuestro hijo, quizá nos unirá más, quizá me hará olvidar a Toni... No te puedo prometer nada, solo te puedo decir que haré todo lo posible para darte un hijo sano y que no me opondré a ninguna decisión que tomes respecto a su futuro. Tómame como instrumento, no como finalidad; y como tal, estoy en tus manos, a tu servicio.



—Claudia, no me digas esto, me haces sentir tantos celos de Toni. ¿Qué puedo hacer yo, para que me ames como a él?

Toni, mientras Ramón me manoseaba impaciente los muslos, me besaba impetuosamente los pechos, y, convulso me apremiaba contra su cuerpo ferviente, pensé en ti. Eras tú quien me desfloraba y me plantabas la semilla. Lo besé con toda la ternura que te habría destinado a ti, y me deleitó verlo con el rostro sonriente, feliz, cadencioso. Estos recuerdos me han agotado, en otra carta te explicaré, si todavía me quedan fuerzas, lo que pasó después, durante mi embarazo.

Toni, ¿por qué no me respondes? Hasta bien pronto.

Claudia.

Las cartas de Claudia me parecían cada vez más interesantes, me daba cuenta de que ignoraba muchas cosas de su vida y que tenía una visión muy parcial de su personalidad. Mi hermano no me informaba de todo, porque, efectivamente, no nos hablábamos mucho. En algunos momentos de tregua, me había confesado que estaba enamorado de Claudia, pero no le había hecho demasiado caso, creía que me lo decía para que reaccionara y me pusiera celoso y eso todavía me enfadaba más. Me imaginaba que Claudia le hablaba de mí, le explicaba mi indiferencia y componía el resto de la historia:

—Hazle creer que estás enamorado de mí, y como no soportará que el hermano pequeño le robe a la chica, se interesará por mí.

Pero me había equivocado bastante, porque por Claudia, mi hermano no supo nunca nada, y era él quien verdaderamente estaba enamorado. Claudia lo sabía, mi madre también, y yo me enteré el día que vino a casa desesperado, porque Claudia no le hacía caso desde que un señor venía a verla cada día y no sabía qué hacer.

—¿Y yo qué quieres que te diga? Si no la trato, si ella me habla y yo rehúyo como ella debe de estar haciendo contigo.

—No me digas eso porque solo lo haces para dañarme.

Dio un golpe a la mesa del salón, cerró la puerta con rabia, enojado, y no fui detrás de él, a pesar de los esfuerzos de mi madre para que hiciéramos las paces.

Transcurridas unas horas, nos lo trajeron a casa de mi madre magullado, dolorido, se había tirado desde un cuarto piso, con la mala suerte —para un suicida, está claro— de ir a caer encima de un montón de basura que se había hundido con la fuerza de la caída de su cuerpo. Amortiguaron la caída y lo afectaron más las improntas del fracaso que las heridas del mal que le hizo aquel montón de bolsas con deshechos.

Mi madre lloraba por lo que habría podido pasar y me echaba la culpa.

—Casi lo matas, Toni, ¿por qué le haces daño?

—Pero ¿qué he hecho yo ahora?

—Le has dicho que Claudia le rehúye.

—Y ¿que no es cierto, madre?

—Lo es, pero ya lo sabes cómo es él, no le puedes decir estas cosas. Es muy sensible.

—¡Basta, mamá! Deja de protegerlo, ¿no te enteras de que él es un debilucho y un llorón y que tiene que aprender a afrontar las verdades de la vida? ¡Le haces más mal que bien, madre!

Mi hermano dormía, todo el cuerpo le dolía, pero no tenía nada importante como para hospitalizarlo. La policía lo había traído y nos había dado pocas explicaciones:

—¿Es su hijo este chico?

—Claro que sí. Hijo, ¿por qué pones mala cara? ¿qué te ha pasado?

—Ha intentado acabar con su vida.

—Artur, ¿lo que dicen estos señores es verdad?

—Sí... —había contestado él y nuestra madre le clavó una colleja, como cuando era pequeño y se escapaba de la mano al cruzar la calzada; después lo abrazó y se lo comió a besos. Al escuchar las voces y los llores, salí de la cocina y fui a la entrada, vi a mi hermano, sujetado todavía por

dos policías, sangrando, amoratado, humillado y derrotado. Entonces uno de aquellos hombres vestido de uniforme me preguntó si era pariente mío.

—Sí, es mi hermano, ¿qué ha pasado?

—Se ha intentado matar, se ha tirado desde un cuarto piso.

—Pero ¿desde dónde? Si vive en un segundo.

—Era una habitación de hotel, y ha tenido la suerte...

—La desgracia —dijo mi hermano con voz débil, sin levantar la cabeza.

—...de caer sobre un montón de basura.

«¿Que no lo has visto? A quien se le ocurre lanzarse desde arriba sin estar seguro de que...» pensé, pero no me pareció apropiado decir nada y me limité a dar las gracias a los policías.

—Ya lo cuidaremos nosotros, ahora llamaremos al médico.

—Este chico necesita un tratamiento psiquiátrico —dijo uno de los policías, y el otro lo acalló—. Está bien, ya hemos cumplido, cuando sea posible vengan a la comisaría. —Me dio una tarjeta con un nombre y una dirección—. Le tenemos que tomar declaración igualmente para poder hacer el informe.

—No se preocupen, ya iremos. Ha sido un mal momento, mi hermano no acostumbra a hacer cosas de estas, gracias otra vez.

Y cerré suavemente la puerta detrás de ellos. Le grité:

—Artur, eres un chico con carrera, con un futuro profesional brillante, más inteligente que yo. Más elegante y simpático que yo. ¿Cómo te ha podido pasar por la cabeza hacer una barbaridad como esta por una mujer más grande que tú, fea, de escasa cultura, que no está a tu altura y que no te quiere?

—No hables así de Claudia... te lo ruego. Déjame, tú no eres capaz de comprenderme porque nunca has estado enamorado, eres frío, insensible...

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, te lo digo yo, porque te conozco, porque hemos vivido juntos, hemos compartido muchas cosas, bastante que lo sé, no me engañas, eres frívolo... —me dijo con un tono muy insolente y lágrimas en los ojos.

—Y tú... Artur, eres un... —contesté controlándome, porque le habría clavado un buen puñetazo—, eres demasiado apasionado, sufrirás mucho. Ya encontrarás el día de mañana una mujer que te querrá, y tú la amarás a ella. Y, entonces, te reirás de este amor absurdo que un poco más y te trae la muerte. —Fui aflojando y cambiando de tono, porque Artur no controlaba el llanto—. ¿Qué te ha pasado? ¿Quieres matar de un disgusto a mamá? Créeme, ni por Claudia, ni por ninguna otra mujer, vale la pena destrozarse la vida, ¿me escuchas? En la vida, pasa muchas veces que nos rechazan, ¿y qué? Hay otras mujeres, más guapas, más listas, más jóvenes, más generosas.

Artur me escuchaba mirándome fijamente, me di cuenta de que todavía era un niño y lo abracé.

—No lo vuelvas a hacer más, ¿me lo prometes?

—Sí... quizá tienes razón... —dijo más tranquilo.

—¡Claro que tengo razón! Escucha, otra cosa, ¿no viste el contendedor? ¿Así te querías matar? Cuando uno quiere hacerlo de verdad, se asegura...

—Tan enfadado estaba, que ni el contenedor vi —me dijo riendo, porque de golpe se dio cuenta de que su intento frustrado de suicidio había sido ridículo.

Nos abrazamos, esa fue la última vez que lo hicimos. Se fue de casa otra vez cuando se recuperó del golpe. Me pareció que no me guardaba rencor, pero no hizo nada para dialogar y olvidar nuestras diferencias, continuamos alejados el uno del otro. Cuando Claudia estaba casi

recuperada, Artur cayó en una profunda depresión y se fue a Zaragoza a intentar olvidarla. No ha vuelto a Barcelona jamás. Allí comenzó a ir a terapia y a medicarse, y se metió en una burbuja de sentimientos evitados, se centró en terminar los estudios y comenzó a trabajar para una multinacional. Ni siquiera cuando murió nuestra madre, el invierno pasado, vino. Pobre madre, tanto proteger a su Arturet y fue él quien, en los últimos años más duros de su vida, de enfermedad y soledad, la ignoró más.

—¿No te ha escrito todavía, Artur? —le preguntaba cuando iba a verla a menudo.

—No hijo, no, debe de tener mucho trabajo —pero se le caían las lágrimas y pasaba su mano temblorosa por la fotografía de Artur celebrando su sexto aniversario, apagando las seis velitas del pastel de chocolate que le había hecho para la ocasión la señora Pepa, su amiga pastelera.

Habíamos sabido que lo habían acabado ingresando porque nos había enviado una fotografía suya con un grupo de enfermeras en una biblioteca en la que decía: «Llevo tres meses sin pensamientos negativos, he escrito un libro». ¡Todo un detalle! Quiso estar encerrado y leyendo hasta en los momentos más tristes de su vida.

—¿Qué te parece? —me había preguntado mi madre, con la foto en la mano—. ¿No podrías ir a visitarlo?

—Me parece que no. Si él quisiera nuestro apoyo habría venido. Además, se le ve mejor, puede que vuelva al trabajo pronto.

—¿Será aún por lo de esa muchacha?

—No lo creo, mamá. Será el estrés.

—Si tu padre levantara la cabeza y lo viera en un hospital perdiendo el tiempo... lo traería aquí de vuelta y lo casaría. Con una buena esposa se le pasaría esa tristeza.

—Artur ya es grande, tiene que actuar según sus propias convicciones, si él ha decidido que ingresado está mejor... papá no está para impedirlo, ya lo sabes qué dice el dicho: «ojos que no ven, corazón que no siente».

Y cuando le dieron el alta al cabo de dos años, nos lo hizo saber, pero nunca me atreví a ir, Artur tampoco insinuó las ganas de volver, ni para visitarnos.

Las Navidades fueron tristes para mi madre, habría querido tenernos todos en casa: al marido, a sus hijos y las mujeres y a los nietos, pero nada de eso era posible. Mi padre ya la había abandonado; y ahora, ya anciana y marchita, lo echaba más de menos que nunca, a pesar de que durante unos años fue una carga. Y los hijos... uno vivía lejos, y el otro, yo, me había convertido en un soltero empedernido, esclavo de un amor que no quise, pude o supe satisfacer. Ahora comprendo que era tu esclavo, Claudia. Por algo no pude encontrar la felicidad al lado de ninguna otra mujer. Algo me hiciste.

Continué leyendo las cartas de Claudia, todavía me quedaban cuatro.

Barcelona, 25 de mayo de 1991

Toni, amor mío:

La primavera estaba dentro de mí, la sentía cada día más. Me aseguraron que estaba embarazada cuando solo estaba de dos meses; pero desde el primer momento lo supe, y, es más, mi intuición me decía que esperaba una niña. Ramón todavía no lo sabía, porque por motivos profesionales había marchado de viaje a Hong-Kong. Estaba deseosa por volverlo a ver y decirle la buena nueva, se pondría muy contento y deseaba su felicidad, porque lo apreciaba. Además, tener un hijo también me ilusionaba a mí, no tengo que decir mentiras, veía una oportunidad para ser madre que de otra manera no habría tenido. Si te hubiera esperado a ti, estoy segura de que no habría llegado nunca a tener a Vinyet. Se dice que las mujeres tenemos instinto maternal, no lo sé si se puede generalizar, pero yo lo descubrí cuando sentí que se meneaba algo dentro de mí, que me daba pataditas y, sobre todo, cuando la vi en la ecografía.

Supongo que es normal, a muchas mujeres les pasa. Me habría gustado que tú estuvieras allí, que hubieras visto a nuestra hija, pero no estabas, ni Ramón, porque a pesar de que expresó su buena intención de venir conmigo, en el último momento se excusó por motivos de trabajo. Llegué a tener celos de su trabajo, porque no me dejaba verlo y yo, en mi estado, lo necesitaba más que nunca.

Cuando volvió de Hong-Kong, vino enseguida a verme, había tenido el presentimiento de que estaba embarazada.

—Es verdad, lo estoy, el médico me lo ha confirmado, estoy de dos meses y medio, por lo tanto, nuestro hijo nacerá en Navidad —le dije y me abrazó, me levantó y me llenó de besos, yo estaba alegre por verlo tan contento. Entonces intentó escuchar dentro de mi barriga, poniendo la oreja y tocando el vientre.

—No se puede sentir nada, hombre, es pequeñita, no se mueve casi.

Ramón venía a verme cada día que podía, era muy atento y procuraba que no me faltara de nada. Las noches que se quedaba a cenar, se acurrucaba un buen rato en el sofá, a mi lado, muy cerca de mí, para sentir cómo se movía la niña; yo le hacía poner la mano cuando daba patadas.

—¿La has sentido?

—Sí, será fuerte este pequeño.

—O pequeña —le decía yo.

—¿Quieres decir que será una niña?

—Quizá sí, ¿te importaría?

—Lo importante es que venga bien y sano.

Ramón parecía más feliz que nunca, y a la vez despreocupado, no hablábamos de nuestro futuro o del futuro de la niña, vivíamos el presente, todavía teníamos tiempo.

Para mí, los primeros cuatro meses fueron pesados porque tenía vómitos de día y por la noche, algunas comidas me daban náuseas solo de verlas, ni el agua podía tomar, si no era con gas. Cosa extraña, porque nunca había soportado el agua con gas y, en cambio, durante los nueve meses del embarazo no pude beber otro líquido.

Me volví caprichosa y se me hincharon el rostro, los pechos y los tobillos, no me podía mirar al espejo, porque aun sabiendo que aquella situación era provisional; me veía más fea que nunca. Aquella desfiguración creciente me deprimía, a veces, pensando que, si me vieras algún día de aquella manera, no sabría qué decirte, me daría vergüenza. Sí que nos encontramos un día, no sé si te acuerdas, pero solo estaba de cuatro meses y quizá ni te diste cuenta.

Las embarazadas llevamos ropa ancha para disimular mientras podemos, menos mal que siempre he sido muy delgada y no se me hizo una barriga muy prominente a pesar de que yo me veía suficientemente gorda como para no pasar por desapercibida en una tienda, en el metro o en cualquier lugar público. No me gustaba que me preguntaran de cuánto estaba, quizá porque siempre iba sola y no tenía un marido que me apoyara, los niños me miraban como a un ser extraño.

—Mama, ¿por qué esta señora está tan gorda? —Y la madre le daba la respuesta adecuada.

Me sentía aludida cada dos por tres, y no me gustaba llamar tanto la atención en público. Ramón hacía su vida, no salía conmigo, ni me acompañaba a las visitas médicas, tenía miedo a que nos viesan juntos, en cambio, en casa me compensaba con atenciones y afecto, me hacía la cena y me mimaba, y yo le dejaba hacer, porque lo necesitaba, me volví hipersensible, cualquier cosa me hería y solía sentirme sola y a ahogarme en pequeñas cosas. Más de una vez le reproché que no quisiera ir conmigo al cine, a comprar o al médico; siempre me daba excusas bastante válidas, y nunca se enojaba, al contrario, atribuía mi mal humor a mi estado y se mostraba muy paciente.

Me daba cuenta de que aquel hombre me estimaba a su manera, a pesar de que no podía hacer todas las funciones de marido, pero a menudo ya tenía bastante. En realidad, no era a él a quien buscaba a mi lado, era a ti, Toni, y al no encontrarte en ninguna parte, al no poderte abrazar, me contentaba con él.

Pasados los primeros cuatro meses de vómitos, náuseas y mucho sueño, me encontré mejor, aunque poco a poco la pesadez fue aumentando. Empezaron otros problemas propios del estado, además que se agravó mi irascibilidad; pero no me podía quejar, otras lo pasaban peor. Lo más fastidioso era encontrar la posición cómoda en la cama, me estorbaba la barriga, pero después de unas cuántas noches en vela acabé encontrando la postura adecuada, rendida como ya estaba. Ramón me confortaba.

Cuando faltaban unas semanas para el parto, empezamos a discutir sobre el nombre que teníamos que ponerle a la niña. El día que le dije que lo era, puso buena cara y dijo sencillamente:

—Me encantan las niñas, sobre todo si son guapas como sus madres.

Yo le pedí que me dejara llamarla Vinyet, porque era el nombre de mi abuela, una mujer que tuvo que criar ella sola a cuatro hijos al quedarse viuda durante la guerra civil y demostró mucha valentía y coraje. La admiraba mucho de pequeña, pero cuando yo tenía quince años, murió y de esto siempre me acordaré, porque fue mi primer contacto con la muerte y se me quedó grabada la imagen de mi abuela muerta, con un rostro y unas manos de porcelana que nunca le había visto antes. Nada me consoló durante unos meses, la echaba mucho en falta y me lamentaba que la gente se tuviera que morir, no lo entendía, y todavía menos cuando en clase de religión nos querían inculcar que Dios era bueno y todo se hacía según su voluntad, yo me preguntaba, sin encontrar respuestas, por qué Dios quería que la abuela se muriera, como puede ser bueno alguien que quiere separarme de la persona que más quería, porque por ella sentía una verdadera fascinación.

Me acuerdo de todas las historias que me contaba sobre cómo se había arreglado durante la guerra sin su marido, qué había hecho para alimentar sus hijos, o qué había sentido y me

sorprendía su facilidad para transmitirme su miedo, su frustración, sus esperanzas y las ilusiones que la mantuvieron viva en los peores momentos de soledad y miseria.

Tenía muy claro que, si hubiera sido un niño, lo habría llamado Antoni, porque habría querido que fuera hijo tuyo, aunque a Ramón no le habría gustado, pero al pronunciar tu nombre, el corazón ya me late más fuerte y no habría podido quitarme ese gusto.

Ramón quería que la llamásemos Carolina, en memoria a su hermana, muerta cuando era todavía una niña. A menudo me hablaba de ella, se acordaba de sus juegos y de sus diabluras, era muy nerviosa, no se estaba quieta.

—Pero un día le agarró un ataque epiléptico y se quedó en el sitio —me explicó un día con lágrimas a los ojos—. En todas las familias hay desgracias, ¿te das cuenta? Todos tenemos traumas, todos somos hijos del sufrimiento, del dolor. Pero en la vida también hay alegrías, como por ejemplo tener un hijo. ¿Estás contenta?

—Sí, sin duda. Pero caray que incluso las alegrías siempre vienen acompañadas de alguna tristeza. ¡Qué nunca van una sin la otra!

—¿Por qué lo dices? ¿cuál es tu tristeza, Claudia?

—No puedo ser del todo feliz, porque mi hijo no es del hombre que yo deseo. A ti te estimo, Ramón, pero de otro modo a cómo lo amo a él, ¿puedes comprenderme?

—Sí, pero él no te da alegrías como yo...

Y la evidencia me hacía enmudecer, y silenciosos nos mirábamos y nos besábamos a la mejilla, porque conseguíamos la paz y ambos éramos conscientes del servicio mutuo que nos dispensábamos. No había nada más que decir. Solo el nombre de la niña. Finalmente, lo convencí y la llamamos Vinyet, porque los últimos días, cuando se acercaba el momento del parto, yo me comportaba como una cría, la inquietud, la desazón no me dejaban discurrir con normalidad, me agobiaba enseguida, me ahogaba en un vaso de agua y Ramón demostró una fortitud y una tolerancia admirables.

Afortunadamente, di a luz un domingo, y cuando rompí aguas, Ramón estaba conmigo, así que me ayudó a vestirme y me llevó a la clínica. Él estaba más nervioso que yo. Quiso asistir al parto y lo hizo. Fue rápido, Vinyet tenía ganas de venir al mundo, cosa que nunca le agradecí bastante, porque mi resistencia se agotaba por instantes. Debilitada como estaba, no la vi hasta pasadas unas horas, entonces la tomé y le di el pecho, tenía todavía los ojos cerrados, cuando los abrió por primera vez, vi el azul de los ojos de la abuela, la nariz prominente de Ramón y las orejas despegadas de mi madre.

—No hay duda de que pertenece a nuestra familia —le dije, y Ramón parecía muy satisfecho.

Desde aquel momento, empezaba otra etapa de mi vida, pero ya te lo explicaré más adelante.

Me acaba de llegar una carta de Adriana, ¡hacía tanto tiempo que no me escribía!, desde que se fue a Sevilla, acostumbraba a hacerlo con motivo de las fiestas de Navidad, cumpleaños, o noticias destacables. Yo tardé en decirle que había tenido una niña, porque ella no sabía nada del trato con Ramón. No le había explicado que me habían operado, que Ramón me amaba y quería tener un hijo y que yo había accedido finalmente más por razones de salud que por amor. Son cosas difíciles de decir por carta. No sé si me entendió mucho, el caso es que las cartas se distanciaron todavía más, quizá fue casualidad, no lo sé.

Ahora ha vuelto a escribirme y ya hacía dos años que no lo hacía. Toda la culpa no es de ella, yo tampoco lo he hecho. Me dice que tiene problemas matrimoniales, ya lo ves, después de diez años de casados, yo le he dicho que resista por el bien de los hijos, que quizá es pasajero, que es una crisis normal del matrimonio. Su marido es muy posesivo, siempre lo ha sido, si quieres que

te lo diga, no me convenció nunca, pero ella huía de ti y de mí, y se enamoró de un hombre que la llevaba en bandeja. Ya sabes que, con el tiempo, todo pasa, el amor se convierte en costumbre, el fuego se apacigua y después vienen el desengaño y las lamentaciones.

Quizá tendría que haberla advertido, como cuando se enamoró de ti y le recomendé que no se encariñara, que no eras hombre para ella, ni para ninguna otra, de hecho. Con disgusto aceptó el consejo, pero, sin querer, la puse en manos de otro que quizá era peor. Nunca se sabe, no se conoce a una persona hasta que convives con ella. Por eso mismo, yo quizá tampoco habría sido feliz contigo, me doy cuenta de que he vivido de la ilusión y aquello que más me ha indignado de ti, ha sido, precisamente, tu terquedad en no darme ninguna oportunidad de desilusionarme.

Ahora te dejo, tengo más cosas que explicarte, pero ya lo haré más adelante.

¡Cómo me gustaría, Toni, que leyeras mis escritos y me contestaras! ¿No me darás nunca este gusto?

¿Qué te cuesta, Toni, quererme, aunque sea un poquito?

Claudia.



Leí el resto de las cartas en el hospital, donde tuve que pasar un mes porque me rompí la clavícula y se me rasgó el peroné en un accidente laboral.

Aquel día estuvo lloviendo sin descanso, todo estaba encharcado y enfangado en la calle, y dentro del almacén también, ya que arrastrábamos el barro y la suciedad con los zapatos. Miquel me pidió, como otras veces, que le bajara unas cajas del altillo donde guardábamos material. Tiene vértigo desde pequeño y la escalera que usábamos era muy alta. Así que se lo hice, cogí la escalera y fui subiendo peldaños, hasta que, al llegar casi arriba, quizá porque tenía los zapatos mojados o vete a saber por qué otra razón del destino, me resbalé y me caí. Miquel no pudo hacer nada, caí sobre el lado derecho y enseguida todo me dolió muchísimo, no me costó adivinar que me había hecho bastante daño. No me podía mover del dolor que tenía en el hombro y la pierna. suerte que no caí de cabeza.

Miquel se puso blanco de repente, le costó reaccionar.

—Llama una ambulancia —le dije, pero estaba tan agobiado que no encontraba ni el teléfono.

En aquel momento vino su mujer y se dio cuenta de la situación.

—¿Qué ha pasado? ¿Te puedes mover? —me preguntó más asustada que yo.

—No... avisa a alguien que no me puedo mover.

Ella llamó a la ambulancia, mientras Miquel estaba en el suelo sentado a mi lado, con las manos tapándose el rostro.

—No te preocupes, Miquel, no me he muerto, tranquilo. —Lo estaba calmando yo, a pesar de que el dolor no me dejaba casi ni hablar.

Miquel no paraba de repetir:

—Lo siento, Toni, lo siento, ha sido culpa mía, yo te he hecho subir.

—¿Qué dices? No ha sido culpa tuya, quítatelo de la cabeza —le contesté —no sufras, no será nada. —Así también me calmaba yo mismo, que hacía esfuerzos para no gritar ni llorar, resistía cómo podía.

Finalmente, después de veinte minutos de espera que se me hicieron eternos, llegó la ambulancia y me llevaron.

Todos los días que estuve en el hospital, Miquel permaneció a mi lado siempre que pudo.

—¿Quieres que llame a alguien de tu familia?, Toni, lo que sea, tú pide, haré por tú cualquier cosa, me siento tan mal...

—No te tienes que sentir así, Miquel, ha sido un accidente y podía haber sucedido en cualquier momento. Ya sabes que no me queda familia.

—¿Quieres que te traiga algo para leer? Te pasas tantas horas aquí sin hacer nada, te tienes que aburrir a la fuerza...

—Duermo, pienso... pero puesto que me lo preguntas, te pediría que me trajeras las cartas que están encima de la mesita de dormir, son de Claudia.

—Ya te las traeré.

—Las llaves de casa están en la chaqueta, cógelas, no sé si me animarán, pero estaré distraído. Estoy descubriendo hechos importantes de la vida de Claudia que ignoraba completamente y me sorprenden.

—Claudia era una chica muy agradable y guapa, no entendí porque no te la ligaste, Toni, ahora te lo digo de verdad, puesto que sale el tema. Me supo mal su muerte, todavía era joven... ¿se sabe cómo murió? No me lo has dicho nunca.

—No, no lo sé, quizá lo deduciré de las cartas. Ni su hermana, Adriana, ni nadie más me explicó el motivo de su muerte. Estuvo rodeada de un aura de misterio. Miquel, a veces no sabemos muy bien por qué hacemos y dejamos de hacer muchas cosas, por qué tomamos unas decisiones, por qué tenemos unos sentimientos u otros, nuestra vida es un misterio para nosotros mismos. Vida y muerte son misteriosas, por eso nos dan respeto, no las comprendemos, ni las controlamos, vienen y se van sin más, no podemos hacer nada.

Miquel me trajo las cartas al día siguiente y continué la lectura entre visitas de los médicos, las enfermeras, de Miquel y su mujer. Algún cliente que se enteró del accidente también vino a verme, pero ya no me quedaba nadie, mi hermano estaba lejos. En realidad, no tenía tampoco ganas de recibir visitas, aceptaba las de Miquel, para que no pensara que lo culpaba del accidente y porque me hablaba del trabajo y me distraía. Miquel ha sido el mejor amigo que nunca he tenido, y en esos momentos, a pesar de sentirse el responsable de mi mal, me hizo compañía.

Ponía mala cara, no debía de dormir bien, ¡debía de tener un cargo de conciencia! Yo no le reprochaba nada, al contrario, intenté mostrarme más amable que nunca con él, me esforzaba al hablarle y explicarle cosas de mi juventud que desconocía.

—Chico, estás cambiado, ¡hablas más que nunca! —me decía.

—Quizá porque aquí paso muchas horas en silencio y cuando viene alguien, tengo ganas de hablar. Pero no te acostumbres... —le respondí sonriente.

Intimamos más que nunca, fuimos más amigos que todos los años que llevábamos trabajando juntos. Me di cuenta de que muchas veces nos perdemos momentos importantes solo por no hablar, o no disfrutar bastante de la conversación. Esos momentos en los que compartimos experiencias, pero nos parecen poco importantes porque estamos demasiado pendientes de nosotros mismos, de nuestros pensamientos, de nuestros asuntos, y que no nos abrimos al prójimo.

Me di cuenta de que conversando y compartiendo es como aprendes, como te enriqueces, y como vives realmente, saliendo de la zona de confort, dando de ti mismo y recibiendo del otro. Quizá Claudia me hablaba de todo eso y no la comprendí lo suficiente, quizá escatimé demasiado mi sensibilidad, no supe respetar su voluntad porque creía que conmigo mismo ya tenía bastante. «Y de todo, ¿qué he sacado? Estoy aquí a solas, sin nadie que me haga más compañía que este buen amigo que se siente responsable de mi estado y posiblemente por eso está conmigo, porque en todos estos años me ha dicho muchas veces que soy arisco, un insulso, y como siempre he sospechado que tenía razón, no me enfadaba. En cambio, él siempre ha sido muy simpático y generoso, por eso congeniamos, si fuéramos demasiado iguales no nos habríamos soportado. Y trabaja muy bien, además, le estoy agradecido. Me enseñó un oficio cuando más lo necesitaba. No sé qué habría hecho sin él, nos salió bien porque él era emprendedor y yo me dejé arrastrar por su ilusión y vitalidad. He sido más pesimista yo, a pesar de que lo he sabido disimular muy bien. El negocio ha prosperado más porque Miquel es un hombre seguro que sabe qué tiene que hacer en los momentos difíciles. Pero es humilde, porque es él quien me dice que gracias a mí todo ha ido bien, que solo no habría podido. O quizá es pícaro, quizá me lo dice para que no lo deje... su mujer es una mujer afortunada, ¡ya lo creo!».

Una tarde que me quedé a solas en la habitación abrí la octava carta, era larga y empezaba como las otras, con una alusión directa a su amor por mí, traía una fecha más avanzada, Claudia había pasado meses sin escribirme.

Barcelona, 25 de diciembre de 1991

Toni, vida mía,

¡Felices Navidades! Han transcurrido siete meses desde que te escribí por última vez, pero no te pienses que me he olvidado de ti, ¿cómo podría hacerlo? Especialmente hoy...

Estoy sola en casa, no me he tomado la molestia de cocinarme nada especial, ni he estrenado mantel, ni me he comprado turrón, ni barquillos, ni polvorones, y esto que ya sabes que me gustan bastante, soy golosa, ¿pero por qué iba comprar? Tú tendrías que estar aquí, a mi lado, llenándome la copa de cava, besándome entre barquillo y barquillo, desenvolviendo mis regalos, cantando y bailando conmigo ante el hogar de fuego. No estás, Toni, y para mí la Navidad es bien triste, la más triste de todas, puede que la última... ¿Dónde estás, Toni, ahora mismo? Estoy segura de que también estás solo y triste, pero no harás el gesto de llamarme. Tú si sabes dónde estoy yo, pero yo no puedo localizarte a ti. De todos modos, no reconocerás que me necesitas, no te rebajarás... Es absurdo.

El motivo por el cual no te he escrito durante este tiempo, Toni, prefiero no decírtelo. Ahora estoy más vivaracha, me veo con más ganas de vivir que hace unos meses, a pesar de que hoy estoy muy triste. Y como las fuerzas no me vencen por ahora, te contaré otro fragmento de mi vida.

A estas alturas ya debes de haber descubierto muchas actitudes mías que desconocías y te debes de haber formulado alguna opinión. Supongo que los acontecimientos que me sucedieron desde que conocí a Ramón te han sorprendido. Ya sé que tú eres muy tradicional y conservador y que si hubieras conocido una chica que te hubiera gustado, te habrías casado; ¿verdad, Toni, que hubieras pasado por la iglesia y hubieras cruzado la puerta de casa con la novia vestida de blanco en brazos? ¡Qué envidia me habría dado! Pero al menos habrías aprovechado más el tiempo y habrías disfrutado más de la vida, porque tal como han ido las cosas entre tú y yo, Toni, ambos hemos perdido la oportunidad de ser felices, sobre todo tú, porque podrías haberlo sido sin mí. ¿Sabes que se me revuelve el estómago pensar que hemos estado perdiendo el tiempo de felicidad?

Sé cómo piensas y supongo que no podrías admitir una relación como la que mantuvimos Ramón y yo.

Después de tener a mi hija, Vinyet, una niña preciosa que pesó al nacer casi cuatro kilos, Ramón me planteó continuar con la convivencia que llevábamos, al menos mientras la niña fuera pequeña, para ayudarme. Pensé que aquella era una solución provisional, pero me iba a venir bien tener ayuda.

—Y tu madre, ¿no sabrá nunca que es abuela? Quizá, de saberlo, aceptaría nuestra relación.

—Pero, Claudia, tú no me amas como Toni... hemos hecho un trato, yo te he pedido un hijo, me lo has dado, después no sé qué pasará.

—¿Qué quieres decir? ¿te la llevarás y después me dejarás de lado? ¿Lo harás? ¿serás capaz? ¿No me la dejarás ver más? Ramón, sé sincero... —le pedí.

—No lo sé, tú misma lo habías propuesto así y yo era el sorprendido, y ahora sales con esto.

Es injusto que renuncie a tantas cosas por ti, que no me quieres ni me vas a querer.

—Estabas dispuesto... y ahora, ¿me dices que no quieres renunciar a nada? ¿Has hablado con tu madre? ¿Te ha dicho ella que lo hicieras así?

—No, no, ella no sabe nada...

—¿Estás seguro? Ramón, yo te quiero, tienes razón que no como a Toni, yo misma te lo he reconocido más de una vez. Pero no descarto que algún día te quiera como él, y la niña también es mía, ¡la he traído yo al mundo!

—Tranquila, Claudia, no he dicho nada... Vendré a casa, siempre que el trabajo no me lo impida, ¿de acuerdo? A mi madre le diré que estoy de viaje, se lo creará, está acostumbrada.

Ramón tenía que viajar mucho por trabajo, al menos eso me decía, y, de hecho, siempre había sido así. En casa estaba muy poco, nunca le cambiaba pañales a la niña, ni hacía limpieza, ni salía conmigo a comprar con la niña. Ramón tenía un comportamiento irregular. Cuando después de unos días sin aparecer por casa, se quedaba unas horas, era cariñoso conmigo y con la niña, pero nunca se ensuciaba las manos y yo le reprochaba que así no me ayudaba, que lo hacía yo todo. Eso sí, se preocupaba por que no me faltara dinero.

—El dinero no lo es todo, Ramón. Necesito que estés conmigo y con la niña, casi no te conoce.

—Ya lo sé, ya, pero el trabajo me obliga a viajar... —me respondía.

—Pienso que es una excusa que te podrías ahorrar, ¡que ya está bien! ¿Y tú querías ser padre? Pues, mira, ser padre implica pasar horas con los hijos, hacerse cargo, pasar noches en vela porque lloran cuando están enfermos; escucharlos, jugar con ellos... No es solamente pagar un buen colegio y dejarlos a manos de los educadores, no es comprar su aprecio con dinero. No sé si serás buen padre, Ramón...

—¿Qué quieres decir, Claudia? —me preguntó herido—. Es hija mía y me he comprometido a darle una buena educación, a que no le falte nada.

Las discusiones se repitieron más de una vez, porque siempre hacía lo mismo, se comprometía a estar más en casa, pero después no lo cumplía. El tiempo iba pasando y la niña crecía sana y fuerte, espabilada y muy bonita. Estaba orgullosa de ella. No me arrepentía lo más mínimo de haberla traído al mundo, a pesar de que me habría gustado que la hubieras visto reír, jugar, que la hubieras mimado. Vaya, que hubiera sido también hija tuya, a pesar de que no sé si habrías sido mejor padre que Ramón. Quiero pensar que sí, pero ya lo sabes que no eres muy apacible, más bien eres seco, áspero, y por eso muchas veces no me explico por qué te estimo tanto.

Yo que quería un hombre sensible, tierno, cariñoso, generoso... y ya lo ves, me he enamorado del hombre más rancio que he podido encontrar, ya es bien cierto que no se puede decir de esta agua no beberé.

Durante los primeros dos años de Vinyet, Ramón alternó los viajes, las visitas a su madre, que empezó a debilitarse raíz de una angina de pecho, y las estancias breves en mi casa para ver a la niña. Sobre todo, a ella, porque a mí no me hacía demasiado caso. Sospeché que había encontrado otra mujer a quién contarle sus penas, pues se había enfriado mucho nuestra relación, y cuando venía a casa, casi solo preguntaba por los gastos, por su salud y los juguetes, que no le falten...

Llegó el momento de llevarla al colegio.

—Hace falta que reciba una buena educación.

—Por supuesto —dije yo, era evidente que, como madre, tenía que desear lo mejor para Vinyet.

No me gustó la propuesta de Ramón, me pareció que no era idea suya.

—Tiene que ir a una escuela privada, religiosa, y creo que la mejor es la de los Jesuitas de Sarriá.

—¿Qué dices? —le pregunté yo—, ¿con los hijos de papá, quieres que estudie? ¡Pero si es hija de una taxista!

—Y de un ejecutivo, Claudia, de un hombre de negocios que se gana bien la vida y quiere lo mejor para su hija.

—Pero se tendrá que quedar a comer, no la veré mucho...

—Bueno, pero tú tienes que hacer de taxista, ¿no? ¿No quieres continuar trabajando para mí? El chófer de mi madre la llevará al colegio y la recogerá por la tarde.

—Escucha, Ramón, tu madre está detrás de todo esto. No me engañes —le dije mientras fijaba mis ojos en los suyos.

—¿Por qué lo dices?

—Me sorprende que ella no sepa nada... su chófer, has dicho. Mírame a los ojos, Ramón, ¿tengo razón o no? Ella te ha dicho que la vayas alejando de mí poco a poco.

Ramón se sonrojó, fue la primera vez que lo veía avergonzado, no quería ni mirarme.

—Dilo, ¿es cierto que tu madre está enterada, y que quiere quitármela? —Finalmente, Ramón asintió cabizbajo—. A ver, Ramón, ya me lo puedes decir en voz alta, te quiero escuchar decir que tengo razón. ¿Te crees que soy idiota? Que sea de otra clase social y tenga pocos estudios, no quiere decir que sea corta de mente. ¿Desde cuándo lo sabe tu madre?

—Verás, ya sabes que desde hace unas semanas mi madre no está muy bien. Al hablar de su futuro y del mío, se mostró preocupada por la herencia, el apellido, nuestras propiedades —me dijo— me dio un ultimátum: «si no te casas y tienes hijos, acabarán pasando a la familia de tu padre, sería una lástima, porque ellos no son como nosotros, se lo gastarán todo... ya sabes cómo es el tío». Y puso ojos tristes, se le escabullían las lágrimas... no pude esconderle que ya tenía una hija, le dije que no tenía que sufrir. Se sorprendió, pero después de haberle explicado nuestro acuerdo, me dijo que la niña tenía que crecer en un ambiente adecuado para hacerse cargo el día de mañana de los negocios de la familia.

» Primero no entendió mi situación:

—*Es poco cristiana, pero ya está hecho y ahora tienes que rectificar, tienes que buscarle una madre y alejarla de casa de la taxista.*

—*La taxista es su madre y tiene un nombre, se llama Claudia y si no fuera porque ella no me estima bastante, me casaría.*

—*¿Estás loco?, sácatelo de la cabeza, ¡no te tienes que relacionar con la clase baja!».*

—*Pero madre, es una mujer excelente, da igual su trabajo... lo que cuenta es el interior, es una buena mujer, una buena madre para Vinyet.*

—*¿De dónde habéis sacado el nombre?*

—*Era el nombre de una abuela que ella admiraba mucho.*

—*Hijo mío, lo mejor para Vinyet —¡qué nombre más extraño!— es que la vayas alejando de su madre, gánate su cariño, tráela aquí, es nieta mía, la quiero conocer. Mi chófer la llevará al colegio.*

—*¡Pero si es muy pequeña!*

—*A los tres años tú ya ibas, al colegio, con el chófer, ¿ya no te acuerdas?*

—*Sí, iba con Gaspar. Me parece mal por Claudia, madre, no es justo por ella.*

—*Pues tendrás que hacerlo... la herencia, Ramón, es muy importante.*

Toni, Ramón y su madre se habían propuesto quitarme a Vinyet y no lo podía consentir. Ramón

me recordó que yo había sido un instrumento, que habíamos hecho un trato:

—Sí, tienes razón, pero dijiste que no te parecía bien que yo no formase parte de su vida... Mostraste interés en estabilizar nuestra situación, no me la puedes quitar ahora que la estoy criando. No es lo mismo que si te la hubieras llevado nada más nacer.

Toni, Ramón consiguió matricularla en los Jesuitas, después la traía el chófer a casa de su abuela porque así lo decidió. Fui a buscarla el primer día de clases y me dijeron que ya la habían venido a recoger cinco minutos antes. ¡Se aseguraron de que no la viera! El día siguiente, volví, más temprano; pero otra vez me dijeron que ya habían ido a por ella. Ramón tampoco venía a casa, lo llamé, no estaba: «está de viaje» me decían.

Decidí presentarme en su casa, quería hablar con su madre, quería llevarme por la fuerza a la niña si hacía falta... No me dejaron entrar, ¡me cerraron la puerta a las narices! Insistí, «Ramón no está, no ha llegado» me repetían una vez tras otra.

Reconozco que cometí el error de acceder a lo del colegio de los Jesuitas, pensé que si cedía podría ganar la simpatía de su madre... Tras dos semanas, me di cuenta de que ya era demasiado tarde para recuperarla por las buenas. Volví a ir a casa de Ramón, me abrió la puerta una muchacha diferente, debía de ser nueva y no sabía que mi visita no era deseada. Me dejó pasar a la salita de estar y me dijo que me esperara, que iría a avisar la señora, que estaba en el jardín. Desde la salita, escuché la voz risueña de Vinyet. Aprovechando que estaba sola, abrí la puerta de la habitación adyacente a la sala, desde donde me pareció que venían las voces de mi hija y de una mujer joven. Al abrir la puerta, la vi jugando con una criada.

Entré, sin decirle nada a la chica, cogí a la niña, que vino enseguida hacia mí, y rápidamente, sin perder tiempo, me la llevé.

—Espere, ¿qué hace? —gritó la chica, y entonces apareció una señora llena de canas.

—Qué no se lleve a la niña, ¡párenla!

Pero salí a salto de mata con la niña en brazos, que ya había empezado a llorar, y me metí dentro del coche sin más demora, arranqué y con la niña llorando al lado, conduje hasta que salí de la ciudad. Entonces, tuve miedo, «no puedes volver a casa, aquella mujer es capaz de haberte denunciado. Te deben de estar esperando allí». Pero sin dinero ni ropa, no podía marchar. Así que esperé unas horas y después, con la niña dormida a los brazos, volví a casa. No había nadie en la escalera. Al pasar por el segundo piso, mi vecina me avisó de que habían preguntado por mí y por la niña.

—¿Quién? —pregunté— ¿la policía, una señora con canas?

—Ramón.

—¿Ha estado aquí?

—Sí, me ha dicho que te lo dijera... que ha llegado hoy mismo de Nueva York y que quería hablar contigo. Me ha rogado que, si te veía, lo llamase; pero, evidentemente, primero te lo digo a ti, no me ha parecido normal...

—Me quiere quitar a la niña, me la he llevado a la fuerza de su casa —le expliqué— pero ahora, vengo a hacer la maleta y me voy, no sé dónde, pero no quiero que me encuentren aquí.

—Escucha, yo mantengo el contacto con Artur, le permito vivir en el antiguo piso de soltero de mi difunto marido. Ve a Zaragoza, yo le informaré de tu llegada. Te daré unos ahorros que tenía guardados para mi entierro y por el camino le compras a la niña lo que necesite. Refúgiate allí hasta que todo pase.

—No puedo aceptarlo. Y no quiero meter a Artur en todo esto, hace años que no nos vemos, y sé que le hice daño.

—Por un hijo se hace acepta lo que sea. Entra, Claudia, te buscaré las llaves por si acaso él está trabajando, es todo lo que puedo hacer por ti después de tantos años, para eso estamos las amigas... para ayudar.

—Sí que eres buena amiga, te lo agradezco muchísimo, pero me da incluso vergüenza aceptar una cosa así y aparecer por Zaragoza. ¿Y si Artur no quiere verme?

—Es mi casa. Que se aguante. No te lo pienses más, vete enseguida, si quieres te ayudo a hacer la maleta. ¿Quieres comer un poco?

—No, gracias, ya hemos comido, la niña tenía hambre, nos hemos parado y hemos cenado, ahora la pobrecita duerme, se ha asustado con el ajetreo.

—Avísame cuando llegues. No te preocupes, por mí no sabrán donde estás, puedes estar muy segura.

Subí a mi piso con miedo a que Ramón estuviera arriba esperando. Abrí sin hacer ruido, las luces estaban apagadas. Escuché con atención cualquier ruido, una vez segura que no había nadie, encendí las luces de la habitación y preparé la bolsa. Solo lo más necesario.

Marché como un ladrón, a escondidas en mi propia casa, ignorando cuando podría volver, porque no estaba dispuesta a perder a la niña. Por otro lado, desconocía hasta qué punto Ramón había intervenido en el asunto, me preguntaba si aprovecharon su ausencia para quitármela o si estaba al tanto él de todo. No quise tomar ningún riesgo y me fui hacia Zaragoza, por la noche.

Vinyet dormía en el asiento de atrás, yo estaba bastante cansada, me daba sueño, pasé un poco de miedo. Toni, la carretera estaba desierta casi, y empezó a tronar y relampaguear, la tormenta se acercaba, tenía que conducir con mucha precaución, cayeron las primeras gotas y el asfalto patinaba. La niña se despertó con los relámpagos, no podía parar para consolarla, le rogué de la mejor manera que pude, sin querer asustarla, que callara, que tratara de dormirse otra vez. Pero, Toni, Vinyet era muy pequeña para entender qué pasaba. Todo estaba oscuro, se puso a llover con intensidad, el parabrisas no daba abasto ¡ay, Toni, qué miedo pasé!

Finalmente, llegué a la casa, la vecina me había indicado con un plano improvisado la localización. Ladraron algunos perros de pisos más cercanos cuando sintieron el ruido de las puertas del coche. Pero ya había llegado, corrí con la niña en brazos hasta el portal, abrí la puerta de casa y la acosté en el sofá. Después volví al coche y cogí las cosas. Finalmente, pude descansar y entonces estallé, los nervios con salieron de golpe y estuve llorando un buen rato. La niña me miraba y también lloraba. Nos quedamos muy dormidas.

Por la mañana, Artur nos despertó sobresaltado. Sabía que iríamos, pero había caído en un sueño profundo y no nos escuchó entrar. Nos fundimos en un largo abrazo y rompimos a llorar, cada uno por sus motivos. Lo vi muy desmejorado, de su prominente melena castaña apenas quedaba pelo. Como siempre, sus ojos se escondían tras las gafas, pero podía ver que ojeras entristecían su mirada curiosa de hace años. Sabía algo, pero no lo suficiente. Y yo no quise meterlo en líos.

—Ya te dije, Claudia, y bien claro, que aquel tipo me daba muy mala espina. Pero, dime si temes por tu seguridad, porque si es así ahora mismo llamamos a la policía. No te voy a dejar de lado.

—Te lo agradezco, Artur, después de tanto tiempo sin vernos. Pero no tienes que preocuparte por nosotras, seguro que ya tienes una mujer a tu lado, y ¿qué va a pensar de ti?

—Estás equivocada, no la tengo, y si la tuviera seguirías estando equivocada porque te ayudaría igualmente.

—Anda, no me digas que aún no has encontrado a esa persona. Pensé que como nunca volviste

por el piso...

—¿No sabes nada de lo que me pasó?

—Estaba convencida de que por fin habías encontrado a alguien y tu pesar fuera el mínimo.

—He estado ocupado con el trabajo. Simplemente eso. Y dejemos de hablar de mí y cuéntame cómo puedo ayudarte.

—Con no decir a nadie que estoy aquí me ayudas mucho Artur.

Fueron unos días terribles, me sentí muy mal por pagar mi miedo con tu hermano, desvalida, me habría gustado tanto haberme reencontrado con él en otras circunstancias... Si hubieras sido tú el padre, no habría pasado nada de todo esto, tú no me lo habrías hecho, ¿no, Toni?

La vecina llamó el viernes al atardecer, me hizo saber que Ramón había vuelto a preguntar por mí.

—No le he dicho nada yo, que estás aquí no lo sabe nadie. ¿Qué piensas hacer, Claudia?

—No lo sé, quizá tendría que hablar con Ramón, pero no quiero que me quiten a Vinyet.

—Lo comprendo, pero, aunque te puedes quedar todo el tiempo que quieras en el piso, tienes que decidir qué harás.

—Sí, tienes razón... llamaré a Ramón, pero no le diré dónde estoy.

—Llámallo y arregláis las cosas.

Y lo hice, le telefoneé, hablé con él y de la conversación que mantuvimos, deduje que Ramón se había dejado convencer por su madre, me hablaba de la conveniencia de que la niña viviera en su casa que, si me apetecía, me la dejaría ver de vez en cuando, aunque su madre no quisiera. No me pareció bien y no volví a Barcelona, me instalé allí, en Zaragoza, solo lo sabían la vecina y Artur.

En otro momento te explicaré el siguiente capítulo de mi vida, no te lo pierdas, Toni. ¿Verdad que es interesante todo esto? ¿No te da la impresión de que estás leyendo una novela? ¡Pues no te engañes! Lo que te estoy explicando es la realidad de mi vida. Ya lo ves, no ha sido fácil. Deseo que tu vida haya sido más cadenciosa que la mía durante estos años. Ya lo ves, te quiero bien, a pesar de todo.

Vida mía, respóndeme si lees estas cartas antes de que sea demasiado tarde.

Claudia.



En el hospital tenía muchas horas para pensar, la lectura de la carta de Claudia me dejó muy abstraído, me sorprendía todo lo que me contaba, parecía que fuera una película o una novela, de verdad, tenía razón Claudia, llegué a pensar que se lo había inventado todo, que sufría esquizofrenia y por eso tenía estas fantasías... no habría sido la primera.

«Válgame Dios, ¿cómo podía haberse metido en un lío así? ¿Cómo podía haberse fiado de un hijo de papá que ha tenido la osadía de pedirle un hijo a su chófer? ¡Es increíble! Comprendo que Claudia lo pasara mal...».

Pero no dijo toda la verdad en la carta, lo cierto es que antes de irse a Zaragoza, me llamó y me pidió una cita para hablar, no le pude decir que no y nos vimos después de dos años de no saber nada. Ella preguntó por mis cosas, como siempre, Claudia mostraba interés por mi trabajo, por mis proyectos personales, y charlaba mucho más que yo porque a continuación me explicaba lo que hacía, lo que sentía y lo que pensaba sobre muchas cuestiones y yo me limitaba a escucharla y a darle la razón.

Y confieso que me interesaba muy poco todo lo que me contaba y no quería llevarle contraria para no alargar más la conversación; porque Claudia no resistía la crítica ni la oposición, se ponía como una fiera y cargaba su discurso con mil y un argumentos para demostrar la verdad de sus convicciones. Tenía que tener siempre la última palabra, pero a ella, le constaba que era yo quién la quería tener.

Fue aquel mismo día que me hizo saber que todavía pensaba en mí, y me rogó que le diera una oportunidad, que consintiera aceptarla al menos como amiga y me dejara querer.

—¿Qué mal te hago? —me preguntó— ¿por qué no podemos salir como hacíamos antes, Toni? No quieres saber nada de mí, por otro lado, no te has negado a que nos viéramos... Quiere decir que un poquito te importo, ¿no?

Y le respondí que lo borrara de su cabeza.

—No empieces, no insistas, déjame en paz, Claudia. No te pongas pelmaza, no te puedo corresponder, no me preguntes por qué, sólo sé que no puedo.

—Está bien —me dijo—. Estoy pasando una época muy mala y me habría venido muy bien tu apoyo.

—Alguien más tendrás, Claudia.

Yo podía ser hipócrita, pero nunca la engañé, nunca le di falsas esperanzas, lo que me dolía es que hubiese buscado soluciones que tampoco la hicieron feliz. Me sabe mal que Claudia no encontrara un hombre que la llenara de atenciones y de alegría toda la vida. La soledad a la cual, unos y otras, sin querer, la empujamos debía de ser dura para ella. Aún así me alegré por mi hermano, gracias a las cartas pude saber que, al menos, seguía vivo.

Como todavía me quedaban días en el hospital, leí sus últimas cartas con mucho interés, la quería escuchar más en aquellos momentos, ¡mira por dónde! quizá por el sentimiento de compasión que me inspiraba. Me empezaba a lamentar de no haberla correspondido, de no haberla comprendido un poco, de no haberla escuchado al menos, porque tenía razón cuando me decía que me quedaría solo yo también, me dijo un día:

—Toni, al paso que vas, a los cuarenta serás un soltero gruñón y nadie te querrá. Solo yo, porque soy una acelga... pero nadie más. No lo reconocerás, pero no es demasiado tarde para rectificar.

—No tengo nada que rectificar, Claudia. En cada momento he hecho aquello que creía que tenía que hacer. No me tengo que arrepentir de nada.

Lo reconozco, a veces, incluso soy antipático, no hace falta que me lo digan, al menos lo reconozco. En la más estricta intimidad todos sabemos de qué pecamos, cuáles son nuestros vicios y virtudes, a pesar de que no siempre coinciden con las que nos ven los otros. Nuestros criterios son diferentes y ya está bien que sea así. ¿Podemos imaginarnos una sociedad en que todos pensáramos igual, que todos quisiéramos el mismo y compartiéramos valores y criterios idénticos? No, está claro que no. Nadie querría eso, no nos soportaríamos los unos a los otros, seríamos demasiado iguales. También es cierto que no nos lo podemos imaginar, porque es imposible que se dé este caso.

Mujeres nunca me faltaron, siempre me iban detrás, las seducía fácilmente, pero ninguna de ellas me convencía. Las encontraba feas, gordas o ingenuas. Y las pocas de las que me encaprichaba me daban calabazas. Pero, Claudia, creo que una vez sí llegué a enamorarme del todo. Un día conocí a la que creí que sería la mujer de mi vida, con quién pretendí ir hasta el altar si hacía falta. Inés me hizo pasar penurias, me hizo sufrir mucho, ya lo creo, y yo, ilusionado, acepté todas sus exigencias. No te pienses que fue fácil y pasé con un diez, me dijo que aprobaba justito.

Hasta que no me enamoré de Inés, es cierto que me aproveché de muchas y rompí el corazón de otras, incluido el tuyo. A mí, como no me convencían... sacaba el provecho que quería y las dejaba, aduciendo incompatibilidad de caracteres. Ellas se quedaban muy tristes. En fin, cuando vi por primera vez a Inés, pensé que había encontrado definitivamente mi media naranja, era la mujer que siempre había soñado, la que hacía realidad mi ideal de mujer. Ni por un momento creí que se resistiría, y atacé empleando mis mismas estrategias de conquista que hasta entonces tan buen resultado me habían proporcionado. Al poco tiempo, descubrí que aquella mujer me dominaba completamente, que me hacía ir por donde quería y yo no me lamentaba, al contrario, en el fondo me gustaba, ¡por fin una mujer me hacía tambalear! Y tanto que me hizo temblar hasta el último momento. Pero finalmente, me confesó que era yo el hombre que durante años había esperado.

Aquella mujer me pareció excepcional, quería que nuestra relación fuera infinita, me tenía que comprometer hasta el cuello, y está claro, yo le pensaba exigir exactamente el mismo. El primer día que la vi, le pregunté qué hacía el sábado por la tarde.

—¿Por qué me lo preguntas? —me contestó.

—Porque te invito a ir al cine conmigo, si no tienes otra cosa mejor que hacer.

—¡Tengo cosas mucho mejores! —me respondió—, te agradezco la invitación, pero no puedo aceptarla.

—¿Otro día, quizá? —le pregunté esperanzado.

Y ella me contestó que lo veía muy difícil.

—Yo te doy mi teléfono, y tú me das el tuyo, si no te sabe mal, nos llamamos y un día u otro encontraremos la ocasión de vernos, ¿qué te parece?

—Dame el tuyo y te puedo llamar desde el trabajo si tengo tiempo.

—Pues, ten. Por las noches estoy a partir de las nueve, si no estuviera, me dejás un mensaje en el contestador. —Y le entregué una nota con mi teléfono.

Perdí casi la esperanza de salir con ella. Mira por dónde, por las casualidades de la vida, me la reencontré unos días después en el taller.

—¡Anda! ¿Vives en el barrio? —le pregunté sorprendido.

—Sí... —afirmó sin mucho entusiasmo, como si mi pregunta la incomodara.

—Pues, si somos vecinos, nos será más fácil vernos —dije dando por hecho las ansias de hacerlo.

Me puso mala cara, pero no hice demasiado caso, e insistí, le expresé sin tapujos mi deseo de tratarla más, mientras ella me escuchaba con atención. No conseguí de aquella conversación ninguna cita que me diera nuevas esperanzas. Pero no me di por vencido, me gustaba demasiado, y la seguí sin que lo notara, para saber dónde vivía.

En los días consecutivos, me paseé por allí, cuando la veía salir, me escondía y hacía ver que miraba un escaparate. Me enteré de todos sus movimientos, de sus horarios de idas y venidas, y de que los trayectos siempre los hacía sola. Deduje que no vivía con nadie. «No está casada», me dije muy seguro, «porque sería extraño que no saliera nunca con el marido». Decidí volver a atacar y manifestarle mis sentimientos en un encuentro ficticio que preparé con mucha alevosía. Inés accedió finalmente a mis ruegos y aceptó una invitación. Fuimos al cine y después fuimos a cenar a un restaurante muy caro. Me comporté como un caballero y le pagué todo. Esperaba una compensación por su parte. Parecía que ella también se lo estaba pasando bastante bien. ¡Yo estaba encantado!

«Esta es la mujer con quien me iría hasta el fin del universo, es perfecta, es la mujer que me puede hacer el hombre más feliz del mundo» pensaba. Su perfume, su sonrisa y su dulce voz sensual, me embriagaban, ¡y su cuerpo!, Sus pechos y sus nalgas, eran encantadores. ¡Todo lo tenía de la medida tan justa! Solo con pensar que aquella criatura magistral podía ser mía un día, ya me sentía gozoso, y cualquier otra bienaventuranza era nimia. Me ahorraré los detalles de las primeras salidas. Durante seis semanas quedábamos en la puerta del cine e íbamos a pasear, al teatro o a tomar un café, nos despedíamos siempre en mismo lugar, hasta que un día me invitó a su casa y lo hizo con una mirada socarrona.

«¡Ya es mía!» me dije. Subí con toda la ilusión de la que era capaz de mostrar un hombre tan frío como yo. Una vez arriba, cerró la puerta con llave y se fue desvistiendo hasta la cocina, de donde salió con un pastelito de chocolate muy caprichoso y un café caliente en las manos.

—Come, no te quemes, Saturnino —me dijo, y me dio la taza con una mano, mientras me metía la otra dentro de la bragueta.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunté—. ¿Me tomo primero el café, o vamos al lío?

—El café primero, no quiero que se te enfríe...

—¿El qué?

—El café, ¿qué va a ser si no?

Me lo bebí casi de un trago, me atraganté.

—Tranquilo, no hay prisa —me dijo a la vez que me besaba el cuello y me desabrochaba los botones de la camisa uno por uno.

Consiguió desvestirme con una mano, sin retirar la otra del lugar donde se había instalado. Me bajó los pantalones, y me sacó los calcetines con los labios. «Suerte que traigo los pies limpios y acabo de estrenarlos».

Era una novedad para mí aquella manera de desvestirme, hasta entonces había sido yo siempre quien había desnudado a mis pretendientes antes de hacerlo yo mismo. «Esta mujer es diferente, parece una profesional del placer» pensé, pero me dejé hacer. Una vez me tuvo todo desnudo, tal

como vine al mundo, me hizo ponerme bocabajo en el sofá, uno de estos largos que hace rinconera, y me dijo que tenía el culo más bonito que había visto nunca. Le di las gracias, y entonces me pidió que no me moviera, que enseguida venía.

—Pero mujer, no me dejes así ahora... hace frío, estamos en invierno, ¿no tienes calefacción o alguna estufa? Me enfriaré —le dije mientras yacía con el culo en alto.

—Sí, sí, espérate, ahora vengo, sobre todo no te muevas.

Empecé a sentirme ridículo allí estirado, el frío de febrero se me metió a las nalgas y me entró un desagradable cosquilleo. Y ella sin venir... «pero dónde se ha metido ahora esta mujer, demasiado bien iba la cosa...»; yo no sabía qué hacer: «¿me muevo o no me muevo? ¿me tapo o no me tapo?» Y la escuchaba de lejos que me decía: «¡Tienes unos glúteos fantásticos, Saturnino! Espérame y, sobre todo, no te muevas». Y yo me atreví a hacerlo. Estuve esperándola en esa posición un buen rato, ilusionado e ingenuo, ni tan solo me molestaba que me llamase por otro nombre. Llegué a pensar que era una fantasía de ella. Finalmente, se me acercó, lo supe por las pisadas, y después la vi reflejada en el espejo del tocador, llevaba algo a las manos, pero lo escondía.

—Ei, Saturnino, ¿se te ha quedado blanco el trasero!

—Ya te lo decía que me estaba helando, no me lo noto, si me lo pinchas no me harás daño.

—No te lo pincharé. —Y me dio unos toques con sus manos calientes para revivírmelo.

—¿Qué llevas en las manos? —le pregunté.

—Una cámara de hacer fotos. —Y entonces me hizo una.

—¿Para qué la quieres, la foto? —le pregunté extrañado.

—La quiero como recuerdo —me contestó mientras me hacía otra.

—¿Otra?

—Sí, por si la primera no ha quedado bien... Tienes un culito precioso.

«Un poco estafalaria sí que es», pensé.

—¿Y tienes más fotografías de culos? —le pregunté con curiosidad.

—Sí, muchas. —Y me enseñó todo un álbum de fotografías que sacó de un cajón. Y de golpe me dijo—: Ahora ya te puedes vestir, se ha hecho tarde y me tengo que ir.

—¿Quieres decir que ahora lo dejamos correr, que solo me has tenido así para hacerme la foto?

—Sí, lo siento, hoy no tengo más tiempo.

Y me levanté, busqué mi ropa, me vestí y marché hacia la puerta, acompañado de mi chica, mi Inés, que se había puesto una bata encima y había cambiado su carita picarona. Se le había borrado la sonrisa y me negó el beso que le iba a dar. Me cerró la puerta en las narices.

—Te llamo mañana —le dije, sin demasiado convencimiento.

No me apresuré a hacerlo porque necesitaba un poco de tiempo para asimilar tal suceso. Me había quedado afectado debido al frío que cogí y la frustración que me hizo sentir. Así que la llamé al cabo de tres días y no contestó nadie. Pasé por su casa, no conseguí verla en ningún momento, había desaparecido. Lo intenté durante una semana, y, finalmente, una vecina me dijo que su piso estaba vacío, listo para alquilar. Le di las gracias, y me fui, era inútil, la había perdido y lo único que había conseguido era enseñarle mis partes íntimas. ¡Qué extraño todo!

Pasaron unas semanas y yo todavía estaba mustio, cuando paseando por los quioscos de la Rambla, me fijé en las revistas eróticas, en una concretamente en cuya portada había fotografiado un señor boca abajo completamente desnudo que me llamó la atención. «Yo este culo lo conozco... ¡está claro, si es el mío!

De aquella mujer, no supe nada más. Me hundí muchísimo. Me hizo entender lo que había significado Claudia en mi vida. Ciertamente que era muy diferente a mí, y no me gustaba mucho, pero comprendí que era una buena chica que nunca me habría hecho daño, que me quería de verdad, como ninguna otra. Tenía mucha paciencia conmigo y otras virtudes que me costaron ver. Había estado buscando lo imposible y había despreciado, mientras tanto, la oportunidad que Claudia me ofreció de ser feliz. No sabré nunca si con ella lo hubiera sido. Pero ¿por qué tenía que tener la duda? Al menos Claudia no me habría hecho una foto de mi trasero ni lo habría comercializado.

Barcelona, 30 de abril de 1992

Querido Toni:

Ya es primavera otra vez, ¡tenía tantas ganas de que llegara! Este invierno ha sido más duro que el anterior, y solo mis dulces recuerdos me han ayudado a sobrevivirlo.

Toni, para mí has sido un trago de vida, una fuente de ambrosía y también mi cruz. Porque saciada de falsas esperanzas, he dado la espalda a la realidad, bastante que lo sé. Pero he sido feliz con el diálogo interior que contigo siempre he mantenido. Lo he disfrutado, sí, a pesar de saber que mi fruición podía durar solo el breve instante en el que mi imaginación podía vencer la triste verdad.

En medio de la oscuridad, la luz de mi ilusión siempre ha estado presente, era una que me alentaba y que ahora se apacigua, y no sé cómo mantenerla encendida por más tiempo. Siento que me adentro en la penumbra, que las sombras me envenenan, que me arrastra la evidencia del intangible.

Es por eso, que siento la necesidad, más que nunca, de explicarte mi vida. Porque, cuando la luz se extinga del todo, nada volverá a ser igual.

Me quedé a vivir en Zaragoza con la niña y Artur, lejos de Ramón y su madre, por miedo a no poder volver a verla. Pasaron algunos meses e intenté rehacer mi vida con un nuevo trabajo (camarera en un hotel); pero con viejos sentimientos. Artur me trajo con el coche un montón de cosas que necesitaba, porque yo no me atrevía a volver a mi piso de Barcelona, él viajaba y recogía todo lo que yo le pedía. No sabía cuánto duraría aquella situación, Ramón quizá me denunciaría para reclamar a su hija, era capaz de todo si su madre lo convencía. Lo hizo y perdí a la niña, como lo oyes, Toni, me hizo ir a juicio. Me denunció por haber raptado su hija. No vinieron a buscarme, yo me entregué porque no quería perjudicar a la vecina ni a Artur.

Su abogado consiguió que el juez le diera la tutela a cambio de una pensión para mí.

—No el dinero —dije—, quiero a mi hija, es pequeña todavía, necesita a su madre.

El abogado de Ramón aludió a las inmejorables condiciones económicas que rodearían a la criatura bajo la tutela de su padre; mientras que el trabajo de la madre no garantizaba un cuidado apropiado para la niña.

—Trabaja en la calle —dijo el abogado.

—No utilice este tono peyorativo —contesté—. Soy taxista, ¡no una prostituta!

Estaba deshecha, no me llegué a rehacer nunca, una profunda depresión me acompañaría desde aquel día. Toni, tantas veces estuve a punto de llamarte, de explicarte mis penas, pero no quería que me compadecieras, no te quería dar lástima, pobre desgraciada, habrías pensado.

El psicólogo que me trataba me recomendó escribir todo lo que sentía, para así desahogarme, y por esa razón, empecé a escribirte estas cartas, al mismo tiempo que empecé a encontrarme mucho peor, y vi claro que tenía que esforzarme por mantener la luz de este amor, porque era lo único que me podía hacer resistente a mi propio dolor. Sé que algún día las leerás.

Me instalé definitivamente en Zaragoza, con tu hermano. Él ha sido mi único apoyo verdadero y creo que yo he contribuido a su felicidad, pues ya no va con ojeras de un lado para otro, ni se

encierra, Toni. Ahora salimos a pasear por el monte y cenamos en el bar donde trabajo. Ramón me envía fotografías de Vinyet de vez en cuando, está creciendo mucho, está muy guapa, me explica que saca buenas notas en colegio.

—Pregunta por ti, Claudia —me dice—, es difícil explicarle nuestra situación, espero que un día puedas verla. De momento, mi madre te lo impedirá.

Las cartas me deprimen todavía más, porque no puedo ver como crece Vinyet, porque no puedo besarla, no puedo pasarle la lección como habían hecho conmigo mi madre y mi abuela. Pero mi dolor no es solamente emocional, también es físico. El disgusto de perder la niña me ha pasado factura. No me recuperaré, lo supe desde el primer momento. Ni con el apoyo y la compañía de Artur consigo aminorar la carga.

Toni, cuando ya no esté en este mundo, querría que le hicieras llegar estas cartas a Vinyet, confío que lo harás. No puedo pedírselo a Artur porque sé que si se acerca a Ramón la cosa podría acabar mal.

Las fuerzas me abandonan, no puedo seguir escribiendo por ahora.

Toni, estimado, me gustaría que llegases a tiempo para darme un beso en los labios, como el que soñé una vez. ¿Lo ves, como de los sueños también se vive? Haz bondad.

Claudia.

Entre la lectura de esa carta y la última pasaron unas horas, ya que el médico me dio el alta, a pesar de que debía ir cada día a la unidad de recuperación durante dos meses. Cuando lo supe, llamé a Miquel para que me viniera a buscar y me trajera a casa, tal como habíamos quedado que lo haríamos cuando llegara el momento.

Miquel se me ofreció para todo lo que hiciera falta.

—¿Cómo te lavarás? Si apenas te puedes mover. ¿Y para comer? No puedes ir a comprar así, no puedes cocinar... Mi mujer y yo te ayudaremos, y que no se hable más.

Me causaba agobio tener que aceptar su ayuda porque no tenía nadie más de confianza. En algunos momentos, llegué a pensar que me lo merecía por no haber hecho caso a Claudia, por haberla rechazado tantas veces. «Era verdad lo que me decía, que un día me daría cuenta de que pagaría mi terquedad con soledad». ¿Había llegado ese día? ¿Habría sido un error más gordo todavía haberme enamorado y casado? Con el beneficio de la duda, volví a casa y me propuse tomármelo lo con paciencia. No era fácil hacer vida normal con el brazo todavía inmovilizado. Me di cuenta más que nunca de la importancia de tener salud, sin ella, el resto es imposible. Y me compadecí de Claudia, porque su vida colgaba de un hilo delgado en aquellos momentos en que me escribía y no la pude apoyar, porque no lo sabía, ni hubiera sabido como hacerlo. «La he fallado» me dije, «Claudia murió muy sola y ahora la extraño mucho».

Leí la última carta al atardecer, después de cenar, Miquel y su mujer se fueron y me dejaron solo. Ya tenía ganas. Leyendo la última carta me dieron las doce, me quedé adormilado y soñé con Claudia.

La veía ante mí vestida con una túnica clara transparente, bajo ella su cuerpo delgado, grácil, se meneaba con un movimiento serpentino, dirigiéndose hacia a mí y alejándose después. Cuando se acercaba, sus labios —ferrados de espinas puntiagudas— estaban a punto de tocar los míos, cuando se retiraba, me entregaba sus manos sin llegar a tocar las mías. El viento le hacía revolotear los cabellos largos, que se le enrollaban por el cuello; me daba temor que la estrangularan. Estas imágenes iban seguidas de otras todavía más escalofrantes. Me veía a mí subiendo una escalera interminable, arriba de todo, estaba ella, Claudia, sin la túnica, pero los escalones aumentaban a medida que los subía y nunca llegaba al destino, me agotaba y me desesperaba, porque el deseo de llegar era cada vez más grande y también la imposibilidad de lograrlo con éxito.

Agotado daba un paso en falso y caía de la escalera sobre una cama donde estaba Claudia, al querer tocarla, se me convertía en ceniza y polvo. Me desperté gritando, sudado, con escalofríos. Comprendí que era el momento de leer la última carta y olvidarme por siempre jamás de Claudia y su absurdo amor hacia a mí. Muerta me torturaba más que viva. «Se venga del mal que le he hecho, desde ultratumba me mortifica, se lo debe de estar pasando a las mil maravillas ahora más que nunca».

«Qué dices, Toni, ella está muerta, y era una mujer joven todavía, tú estás vivo, lo que tienes que hacer es olvidar a Claudia y rehacer tu vida». ¡Pero una cosa es decirlo y otra muy diferente es hacerlo!

No perdí más tiempo, agarré la carta decidido a acabar con aquella pesadilla.



Barcelona, 10 de julio de 1992

Toni, cobijo mío:

He decidido no alargar mi penuria, no me resta nada, ni aliento de vida, pero antes, prométeme, Toni, por lo que más quieras, que harás llegar a la Vinyet estas cartas una vez te las hayas leído, quiero que mi estimada hija conozca la verdad de su existencia. En un papelito adjunto a la presente, encontrarás el teléfono y la dirección de Ramón, te ayudará a localizarla; pero no te será fácil, porque mi hija pasa temporadas largas en el extranjero, está estudiando. Ahora tiene doce años. Espero que lo hagas sin demora, porque es mi testamento, nada más necesita de mí que la verdad, nada material, nunca le ha faltado de nada, aparte de una madre. Averigua si ha sido feliz durante estos años.

Dejé de salir al monte hace dos semanas ya no me veía con corazón, Artur pasa muchísimas horas trabajando y tampoco me lo ha increpado, pero estoy decidida a ir por última vez, para emprender mi viaje definitivo. Con mi muerte, sé que te sentirás liberado, te conozco, por eso te sugiero que leas las cartas de prisa y resuelvas pronto el que te he pedido, después te permitiré que te olvides de mí, quizá no te costará nada, ya estarás harto.

Créeme, no me voy resentida, porque yo, y únicamente yo, soy la responsable del amor que te he profesado, y no me arrepiento. No sufras, no volveré a empezar otra vez con lo mismo, como pasa con algunas películas, que dan vueltas y vueltas y parece que no se tengan que acabar nunca.

Adiós, Toni, ahora sí, cuídate y haz lo que te digo, te estaré eternamente agradecida.

Claudia.

—Claudia murió unos días después de haber escrito su última carta. Lo que sucedió desde aquel día, ya te lo he explicado. Después de leerla, todavía tardé unos meses en localizarte. Llamé a tu casa, no estabas ni tú, ni tu padre, ni tu abuela, también muerta desde hacía un mes. Te dejé mis datos y el mensaje «de parte de tu madre». La muchacha que cogió el encargo no me entendía, tuve que repetirle tres veces. Y esperé y esperé, hasta que me respondiste. Ahora ya sabes quién era tu madre. Ella quiso que te quedaras estas cartas.

»Eres preciosa, tu madre ya lo dice en ellas. Ella también guapísima cuando era más joven. Más que otras que han tenido más suerte. No te debes de acordar de ella, eras tan pequeña cuando te llevaron... Ya estás hecha una mujercita... me alegro de haberte conocido, y te agradezco que me hayas escuchado. Claudia habría querido que fuera yo tu padre... ¿Has sido feliz?

—No sé qué decirle. A mi madre la he echado de menos en algunos momentos, pero no he pensado mucho en ella, porque la abuela me dijo que ella me abandonó, y ¿sabe qué le digo? Creo que si me quería tendría que haber luchado más para recuperarme.

—No se lo reproches, estoy seguro de que hizo todo lo que pudo. Ella sabía que meterían a la policía en medio, y, al fin y al cabo, quería lo mejor para ti. Ahora llévate las cartas y consérvalas, fue su último deseo. Adiós, Vinyet.

—De acuerdo... —respondió; y se hizo el silencio.

La jovencita las cogió y las metió dentro de su bolso. Bajó poco a poco las escaleras. Al salir a la calle y ver una papelería, las sacó y las tiró. La vi desde el balcón, no sé por qué me lo veía venir. Enseguida bajé a la calle y llamé a Vinyet para hacerla entrar en razón, le quería decir que Claudia no se merecía esa respuesta de su hija... pero la perdí de vista. Vinyet caminaba deprisa, y solo conseguí recuperar las cartas. Pasé la mano para limpiarlas y, desde entonces, las conservo dentro de un cajón de la mesita de la cama.

A menudo las releo y me lamento de que todo aquel amor que me había ofrecido Claudia se hubiera perdido por siempre jamás.

Perdónanos, si puedes, a todos los que te hemos herido, de una manera u otra, Claudia; y perdona también tu hija, porque no sabe lo que hace.

Ay, Claudia, un día volveré a estar cerca tuyo y te dejaré que me des pastel de castaña, ya lo verás... Ahora, descansa en paz, ¿me esperarás un poco más?



El libro ya ha terminado.

Ya puedes irte.

Si Claudia hubiese esperado solo un poco más, habría descubierto que la abuela de Vinyet había muerto y podría haberse reencontrado con su hija. El destino es caprichoso. Hay que ser fuertes.

Toni pasó el resto de sus años en Zaragoza con su hermano. Fueron felices bebiendo chocolate y recordando las locuras de Claudia.

Si se reencontraron después de la muerte, nadie lo sabe, yo espero que sí. La muerte es solo estar vivo en otro sitio.

Gracias por acompañarme.